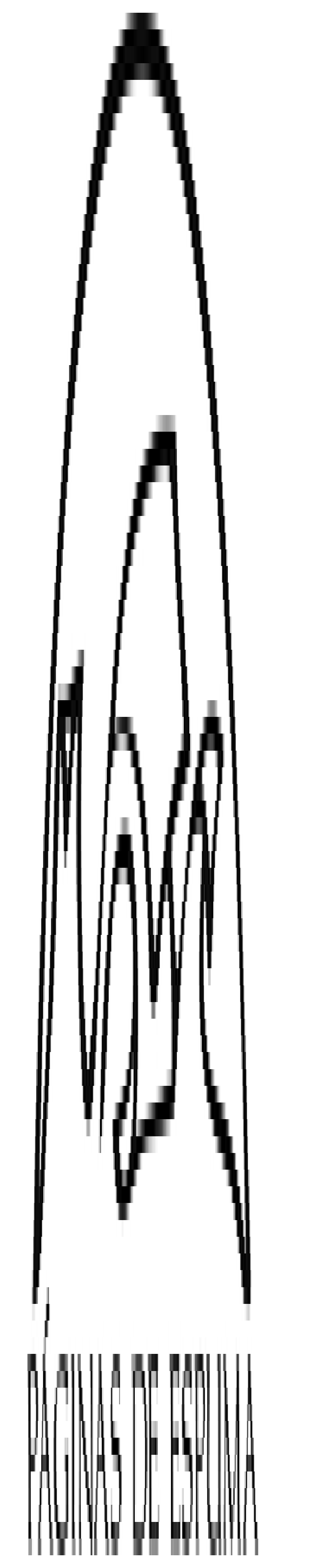
Eloy Tizón

Plegaria para pirómanos



Eloy Tizón

Plegaria para pirómanos


PÁGINAS DE ESPUMA

Eloy Tizón, *Plegaria para pirómanos*
Primera edición digital: septiembre de 2023
ISBN epub: 978-84-8393-698-6

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Colección Voces / Literatura 345

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

a Vanessa Simonka,
el cuidado y la emoción.

Señor, escúchame: no sé cómo encender el fuego,
pero todavía soy capaz de recitar la plegaria.

De un antiguo cuento jasídico

Grafía

a Juan Casamayor

De tu escritor favorito siempre puedes aprender. Y de tu propio diario de tapas de hule, en el que vuelcas esbozos, pálpitos, embriones de ideas y sueños, antes de que se esfumen. Nada es del todo real hasta que lo escribes o lo dibujas. No sabría localizar en qué momento me agarró la obsesión de sumergirme a fondo en la vida y la obra de Xavier Serio, qué esperaba encontrar en sus hondos pasadizos de pistas falsas, posesiones psíquicas bizarras, abismos ontológicos, descripciones botánicas sazonadas con agujeros de gusano y teoría de cuerdas.

Supongo que no tenía nada mejor en que emplear mi tiempo. O serían las hormonas alborotadas de mi sistema endocrino. O equivaldría a una esforzada manera de conjurar el vacío para buscarme (o leerme) a mí mismo, en una época de mi vida en la que me sentía particularmente confuso y todos los zapatos me hacían daño.

Yo era una especie de prófugo de mi propia biografía. Un desertor. Dos o tres veces al mes tomaba el tren hasta la ciudadela de Rotonda, distante unos trescientos kilómetros de mi lugar de residencia. Después de almorzar en la cantina de la estación un bocadillo de fiambre y una cerveza, trotaba por la avenida de tilos, subía la escalinata y traspasaba el jadeante pórtico de la biblioteca pública de Rotonda –columnas salomónicas, amplios ventanales sobre un oleaje crema de madreselvas, una jarra de té helado, variedad de bustos daltónicos– con mi carnet de investigador entre los dientes.

Allí me sentía a salvo. Nadie me importunaba ni me apremiaba. Podía pasar las horas en silencioso trance consultando archivos, descifrando caligrafías antiguas y manuscritos de Xavier Serio, subiendo y bajando escaleras hasta los estantes más altos, girando las muñecas para desentumecerlas, husmeando en su correspondencia con otros novelistas igual de marginales o en las notas de nevera que intercambió con su madre viuda: «Hijo mío, tienes una letra que es como si la estornudases».

Me quedaba embobado mirando su firma: XS. La misma que adornaba su tumba casi secreta en un cementerio del sur de Francia, aireado entre viñedos e higueras, que yo había visitado algunos años atrás en compañía de una novia pecosa de mejillas encendidas que sabía patinar.

Tras leer en la pubertad los dos primeros libros de Xavier Serio, que ella me regaló, nunca había llegado a recuperarme del todo. Aquellas ficciones lisérgicas supusieron una conmoción para mí. Me forzaron a enfrentarme a algo que me rebasaba, que no comprendía por completo y para lo cual no tenía respuesta, y ni siquiera nombre. Para el muchacho dañado que yo era, aquello representaba el arte, la vida, el éxtasis y la verdad. Una

sacudida brutal, equivalente a la primera vez que entras en otro cuerpo y experimentas tu disolución.

Me obcequé con sus huellas. Me empapé de sus enigmas, camuflados a veces bajo la apariencia inocua de «novelas de ciencia ficción», con toda su parafernalia psicodélica de viajes en el tiempo, vehículos siderales, androides, drogas sintéticas y multiversos, que nunca sabías si tomarte en broma o no.

Xavier Serio reventó el mercado con las bombas de racimo de sus historietas *trash* impregnadas del espíritu transgresor de los fanzines, los cómics y las películas de medianoche (invasiones alienígenas, hombres lobo, sectas satánicas, guerreros ninja, karatecas criogenizadas, monjas caníbales, bandas de surfistas nazis), irreverentes y ácratas, con el fin de desacralizar el prestigio social del escritor.

A mí no me engañaba. Subrayé, doblé páginas, hice muescas en los libros de Xavier Serio y enmarqué sus frases con lazos y rectángulos de lápiz. En los márgenes floreció una primavera de signos de admiración, interrogaciones y flechas. Al cabo del tiempo y de nuevas relecturas, volví a subrayar lo ya subrayado. Dibujé esquemas. Aprendí de memoria pasajes enteros de su *Manifiesto cosmológico* –autoeditado bajo el seudónimo de Xan Sativa– y podía recitarlos línea a línea; todavía puedo.

Estaba tan hipnotizado por su prosa que ni siquiera me enteré bien por qué rompí con aquella primera novia pecosa de mejillas encendidas que sabía patinar; luego vinieron otras. Incluso renuncié a una carrera profesional estable, en el campo de las finanzas (¿o eran las telecomunicaciones?), por culpa de aquella adicción pegajosa.

Seguí la línea de puntos de títulos descatalogados, difíciles de conseguir. Rellené formularios, rastreé ferias, direcciones secretas, me carteé con presos, cuchicheé contraseñas en librerías de segunda mano, descendí hasta un inframundo de primeras ediciones y contrabandistas que me recibían con el torso desnudo, la puerta entornada y la cadena puesta: «¿Qué de qué?».

A través de esa rendija regateé precios, discutí, franqueé sus cubiles de paredes purulentas acomodando mis pupilas al cambio de luz, entre altares con vírgenes de plexiglás y sartenes al fuego (la abuela inmóvil, al fondo, disecada o dormida en chándal sobre su bicicleta estática). Guiado por un ciego con su bastón blanco, me interné a tientas a lo largo de un pasillo con un papel pintado de tuercas amarillas sobre fondo negro, hasta desembocar en el dormitorio bajo cuya cama con doseles custodiaba sus tesoros. Activé potencias desconocidas que me condujeron hasta una tribu paralela de traficantes de libros y revistas, ni mejores ni peores que los traficantes de drogas para yonquis, igual de imprevisibles, algo menos feroces. Coleccioné autógrafos, retratos, pujé en una subasta por un remo de piragua que había sido propiedad de Xavier Serio.

Cuando aquel remo llegó a casa, caí en la cuenta de mi error. No

supe qué hacer con él, dónde colocarlo. Era demasiado grande, estorbaba en todas partes. En eso se parecía a la literatura: un raro cachivache precioso pero de complicada ubicación en mi casa y en mi vida.

Fantaseaba con la hermosa idea de que, de habernos llegado a conocer, Serio y yo podríamos haber congeniado, sido amigos e intercambiado confidencias: un espejismo. Inhalar su mismo oxígeno y metabolizarlo en los alvéolos de mis pulmones ya habría sido premio suficiente. Como coincidir en el mismo ascensor con Willy Wonka o estrechar la mano enguantada de la señora Dalloway.

A menos que inventasen pronto una máquina del tiempo capaz de reunirnos, Xavier Serio nunca sabría de mi devoción, y eso me entristecía. Entre mi ídolo y yo se interponía una cuña de sombra: el zarpazo de la muerte. Él había fallecido once años antes de que yo naciese. Reprochaba a mis padres su negligencia a la hora de abordar sus urgencias carnales. Vamos, holgazanes, vamos, un poco más de brío. ¿Queréis daros prisa? Mis padres son jóvenes, están distraídos, de pícnic sobre la hierba campestre, no me oyen. Un escritor muere. Aún no he nacido.

Ahí radica el enigma del tiempo, cuya utilidad, según declaró mi Maestro, «es la de impedir que todo suceda a la vez».

Pasarían siglos, ciudades, imperios volarían en pedazos por los aires, y Xavier Serio y yo nunca nos encontraríamos cara a cara en ningún repliegue espaciotemporal del universo. Mi mente postulaba un pasado alternativo en que él fuese mi Maestro y yo su discípulo. En el castillo de la literatura, erizado (¡atención a esto!) de torreones y oriflamas, ocupábamos extremos incomunicados. Xavier Serio en lo más elevado de la aristocracia del lenguaje, entre las almenas, y yo abajo, postrado de hinojos, junto a los plebeyos, en un cuchitril de las caballerizas forrado de brazadas de heno y el aliento de los bueyes y demás bestias de carga.

El único y frágil nudo de conexión entre nosotros dos, a punto de quebrarse, eran estos mediodías rojizos del presente en Rotonda, extendidos en el suelo como redes de pesca, palpitantes de escamas eléctricas.

De repente algo me arrancó de mi ensoñación en la biblioteca, aquella tarde que recoge mi diario de tapas de hule. Un obstáculo o una amenaza se interpuso entre los ventanales y yo, que me nubló el anillo de luz despatarrada. La tarde había adquirido la consistencia borgoña de algunos licores. Al alzar la vista, me topo con una pareja de desconocidos: él y ella, aquí están, escudriñándome con impertinencia.

Al principio los tomé por testigos de Jehová; ambos con idéntica piel pálida de textura acuosa, los dos ataviados con el mismo uniforme desplanchado de gabán beis con el cinturón flojo y el mismo modelo unisex de anteojos de alambre. Carraspean, los dos a la vez, se presentan y me preguntan en voz baja si pueden, ejem, robarme unos minutos para hablar.

–Usted es Erizo, ¿cierto? Le estábamos buscando.

Me ruboricé. De mala gana asentí, qué remedio me quedaba, resignado ante la evidencia de mi propia e insignificante enanez. Yo era, sí. Tenían, se adelantó la mujer, un negocio que proponerme. Él me preguntó si me interesaba escucharlo.

¿Un negocio? ¿Qué clase de negocio? Extrañado al comienzo, eché un vistazo a mi alrededor, por encima de la sucesión monótona de pupitres medio vacíos y pescuezos sordomudos de la biblioteca de Rotonda, y tras comprobar que nadie nos prestaba atención, pregunté con un resto de cautela en la voz:

–¿Por qué yo?

Se miraron una al otro. Un relámpago de mercurio recorrió sus respectivos anteojos. Su piel palideció un poco más. La temperatura de la biblioteca no justificaba tanta agitación. Se me ocurrió que venían de muscularse con mancuernas.

–Usted –explicó ella al fin– tiene poco que perder.

–Ajá.

Me conocían, era evidente. Tenía treinta y ocho años. Recién separado de mi última pareja, tras nuestra ruptura vivía solo en un pequeño apartamento subarrendado, encima de una lavandería automática y enfrente de un almacén de chollos. No podía aspirar a nada mejor. Estaba a tres mensualidades de tener que mudarme a un camping (mi plan B, por si todo lo demás fallaba). Sobrevivía, es un decir, dando clases particulares de español a inmigrantes que habían suspendido varias o todas las asignaturas y a los que no les quedaba más remedio que repetir curso. Por falta de espacio, la mitad de mis libros los tenía apilados de canto en la bañera, que quedaba así privada de su función original. Los despojos de mis anteriores vidas –incluido aquel remo demasiado grande de Xavier Serio obtenido en la subasta– yacían desmembrados en una treintena de cajas de cartón, repartidas entre un guardamuebles y el garaje prestado de un amigo camarero con chalet al que le iban bien las cosas.

El lugar donde vivía me avergonzaba. Por supuesto, nunca recibía visitas. Si alguien tocaba el timbre, permanecía inmóvil, en silencio, hasta que los pasos se alejaban por el pasillo. Esta calle siempre me había parecido extremadamente jovial en su comienzo, gracias a su alboroto caliente de pájaros y cines, antes de que, una vez pasado el cruce del semáforo, algo en ella, no sé muy bien qué, un contrasentido de la luz, fachadas más dramáticas, andamios rotos, torciese el entusiasmo inicial y dotase a su segundo tramo –donde yo malvivía entonces– de un efecto lúgubre.

La vida, durante unos cuantos años, me retiró el saludo.

Justo antes de que estallase la primavera, en la segunda quincena de febrero, coincidiendo con mi cumpleaños (y también con el de Xavier Serio, con un ligero desfase de una semana), abonaban los jardines de la zona y los cubrían de mantillo, removían las raíces de la tierra con azadas y palas, y

aquel olor agrícola se expandía por el aire hasta invadir mi cubículo con una llamada de la naturaleza: toda la calle se perfumaba con una mezcla ácida de sidra y excremento.

Desde mi minúsculo balcón, enjaulado entre dos tendederos con ropa de los vecinos puesta a secar, recién levantado de la cama, sin duchar y despeinado, masticaba aquel sabor, aquella melaza, en albornoz y chanclas, mientras soplaba mi taza de café moka.

Algunos manguerazos municipales habían encharcado y dejado oscurecidos amplios trechos de acera.

Se cumplían ocho años exactos desde que había publicado mi primer librito, un opúsculo titulado *(r)ictus,* que aspiraba a revolucionar la historia de la literatura debido a su audacia transgresora. Carecía de signos de puntuación y mayúsculas, no tenía final ni comienzo. La numeración era aleatoria: a la página 37 sucedía la 6. Podía ser leído en cualquier orden. En algunas páginas el texto aparecía invertido, cabeza abajo, para obligar al lector a torcer el cuello o dar la vuelta al volumen y perderle el respeto al libro. La portadilla estaba colocada al final.

Me regocijaba al anticipar colas indignadas de lectores ante el mostrador de la librería, agitando mi librito a pocos centímetros de la nariz del dependiente, mientras exigían la devolución del importe o al menos su canje por un ejemplar menos defectuoso, signifique esto lo que signifique.

Corregí las galeradas de *(r)ictus,* me permití la licencia de diseminar a propósito un puñado de estratégicas erratas, me tomé la molestia de mecanografiar mi currículum de principiante (tres líneas escuetas) para la solapa, escogí con todo cuidado la fotografía de cubierta, hecha por mí mismo (un paisaje quemado, en blanco y negro: una invitación nada sutil a prender fuego al libro tras su lectura), hecho lo cual me senté a esperar con ilusión y nervios la llegada de los primeros comentarios, felicitaciones, llamadas telefónicas, sesiones de firmas en grandes almacenes, peticiones de entrevistas y reseñas, cuántas reseñas.

¡Mi primer libro! Vamos, vamos. Mi sueño era que alguien me amase de la misma manera incondicional con que yo amaba a Xavier Serio. ¿Era mucho pedir? Yo no deseaba lectores: deseaba rehenes. ¿Tal vez suena exagerado? Qué ingenuo era. Creía estar mentalizado para las posibles reacciones adversas, las envidias, las trifulcas, los egos faraónicos, los exabruptos de odio, «la ansiedad de la influencia» del doctor Bloom, el juego de vanidades y los navajazos por la espalda que según había oído comentar eran moneda corriente dentro del círculo intelectual y académico, del *far west* de la llamada vida literaria. Pero nadie me había mentalizado para enfrentarme con lo que realmente sucedió.

(…)

Pasó el tiempo. Llovió, nevó, el sol enjugó las manchas oscuras de las aceras. Volvió a llover. Aparecieron nuevas manchas. El teléfono no sonó.

Todas las páginas de mi agenda estaban en blanco. Me aburrí de aguardar alguna respuesta, la que fuese. Mi librito no obtuvo la menor resonancia, ni a favor ni en contra. La indiferencia crítica fue unánime y el no aplauso general. El mundo me dio la espalda; aún no estaba preparado para recibir mi audacia transgresora ni mis erratas voluntarias. La editorial se desentendió. Cumplido un plazo, y en vista de la falta de repercusión, saldó los cien ejemplares de *(r)ictus* o los destruyó en la guillotina e hizo con ellos pasta de papel para imprimir a los nuevos autores que venían empujando y reclamaban su sitio: pase el siguiente.

Me di por aludido. No tardé en recibir la noticia de que había algo mucho más tétrico que la hostilidad dialéctica o el linchamiento de las hienas, con su matonismo ilustrado: el encogimiento de hombros. El vacío. Mi vocación, si es que alguna vez la tuve, se desinfló por sí sola en cuestión de días. Perdió aire con ese chiflido característico de los salvavidas pinchados (pfffff…), cuyo sonido puede confundirse con un abucheo.

Años. Tardé años en recuperarme de esta decepción, de esta inocentada del destino. Lo primero que hice, más adelante, cuando ingresé en la biblioteca pública de Rotonda con mi carnet de investigador, fue correr a buscarme en su fondo bibliográfico compuesto por un océano de fichas y signaturas; corroboré –con tristeza y alivio a partes iguales– que ni mi libro ni mi nombre eran considerados dignos de ser preservados en aquel templo de la excelencia. En cierto sentido, yo seguía sin nacer.

Intento ser optimista. Para infundirme ánimos, me repito: qué importa, Erizo, qué importa. Tú aguanta firme. Hay cosas más relevantes. Esto no es más que un juego, algo que tú has elegido. Otros lo han pasado peor, han sufrido más. Xavier Serio, sin ir más lejos, afirma en su *Autoimagen* (tercera parte, cap. I, pág. 164) que: «A fin de cuentas, nadie te obliga a afrontar la vida desquiciada, llena de dudas, del creador, en lugar de la vida pacífica, sensata, del lector medio de periódicos».

Es cierto que durante días, semanas e incluso meses, me olvido de toda aquella porción de mi pasado y de verdad que no importa. Pero están las noches, ay, el cine bajo los párpados, con sus sobresaltos oníricos que no puedo sofocar, sus chirridos industriales de película de terror y su puñal con hormigas del que empieza a manar sangre negra.

Na-da.

Me refugio de nuevo en mi diario de tapas de hule, que jamás me traiciona, que jamás miente. Lo hago para reconstruir con la ayuda de mis anotaciones de entonces la crónica de aquella tarde en la biblioteca pública de Rotonda, en que dos desconocidos me abordaron para proponerme un negocio.

Así puedo constatar que la pareja que me interpeló en la sala de lectura, con sus gabanes gemelos de color topo y sus anteojos unisex de fibra de carbono, con su transpiración de gimnasio, parecía estar informada de mis

circunstancias y tribulaciones. Nunca supe cómo. Ellos volvieron a la carga:

–¿Conoce usted la obra de Halma Tigredi?

No me esperaba esta pregunta. Titubeé un instante. Sonreí con afectación y suficiencia:

–Claro que sí –declaré–, es imposible desconocerla. Ese nombre…

Mis dos examinadores asintieron, complacidos.

Halma Tigredi era la novelista de nuestra década, la que había sabido abducir a millones de mentes adolescentes, al parecer dándoles algo –un perfume, una aceleración, una música– que hicieron suyo al instante, a pesar de que ellos mismos no sabían que necesitaban leer hasta que lo leyeron.

Los soldados destinados a combatir en la línea del frente del Golfo Pérsico («La madre de todas las batallas») cargaban sus novelas en el macuto. Las devorarían, supongo, bajo el decorado apocalíptico de los pozos petrolíferos en llamas y los nubarrones de ceniza tóxica sobrevolando el cielo del desierto y los informativos. También el terrorista que atentó contra el Presidente de la República con ántrax se declaró fanático de la autora; durante el juicio se justificó ante el tribunal alegando que había actuado inspirado por sus libros, excusa que no le libró de ser condenado a trabajos forzados por magnicidio en grado de tentativa.

Halma Tigredi había acertado al susurrarles a todos en su propio dialecto emocional; gracias a ello, sus chillonas cubiertas en tapa dura, en formación de acueductos y precipicios, saludaban en su idioma, cualquiera que este fuese, a los turistas en todos los aeropuertos del mundo, en todas las librerías y en buena parte de los centros comerciales de los suburbios, entre un cine de superhéroes en 3D y una bolera. Para qué insistir. Allí donde viajaras, aunque se tratase de una aldea remota de la Selva Negra o de Burkina Faso, desde Kuala Lumpur hasta la República de Kubeï (capital: Rivertown), tarde o temprano te tropezarías con alguno de los volúmenes de la saga interminable que buceaba en las angustias, necesidades, adicciones, imágenes y vicios, salpimentados con ráfagas mordaces de sátira social, de un grupo de cinco amigas menores de edad y de su suricata adiestrada.

–¿Que si conozco a Halma Tigredi? –añadí–. Quién no.

Lo único que faltaba, detrás de esos gruesos tomos de tipografía epidural, era algún rostro humano reconocible. Por inteligencia, timidez o fobia social, Halma Tigredi había dado un paso atrás y se había ocultado de los focos, alérgica a las cámaras, los micros y los flashes.

Igual que una renacida Fedora atrincherada detrás de sus gafas negras y sus turbantes en su isla griega, entre el mundo y ella había interpuesto un parapeto. No concedía entrevistas. Había prohibido las fotos, decía, para no distraer a los lectores de lo importante, que era el contacto directo y sin intermediarios con su alimento espiritual. En este tiempo de vallas publicitarias y sobreexposición pública de egos, esa casilla vacía había espoleado el morbo periodístico y aumentado las especulaciones y apuestas

sobre su identidad.

¿Quién era Halma Tigredi? Podría ser cualquiera. Tu vecina de asiento en el suburbano, o tú mismo. Con banalidad detectivesca y un programa informático todavía en fase de experimentación que relacionaba patrones de escritura con rasgos faciales, primero se atribuyó la autoría de la saga a una pitonisa televisiva, después a una estrella de cine X retirada, a continuación a un político de la Unión Europea aficionado al sadomaso, por último al secretario de un cardenal del Vaticano de manos extremadamente suaves. Sospechas, todas ellas, sin fundamento alguno. Las tiradas aumentaron y su popularidad creció y disminuyó y volvió a hincharse. Así hasta ahora.

Se estaba preparando la adaptación cinematográfica del primer tomo, sin reparar en gastos.

Mis dos interlocutores calculaban que el ciclo completo constaría de veinticinco volúmenes. Íbamos por el cuarto. El quinto estaba ya en imprenta, a punto de aparecer. En el sexto, por alguna razón, Halma Tigredi había insistido a sus editores en su deseo de incluir un prólogo (o epílogo, no estaba claro), donde la autora de *Todos los soldados* y *Las rotaciones* desvelaría su posición con respecto a la literatura, compartiría sus hábitos de trabajo, reconocería sus influencias y maestros y se explayaría viviseccionando sin piedad a sus coetáneos y desenmascarando a los impostores.

Y aquí entraba yo, Erizo.

–Su cometido –explicó la mujer– consistiría en rastrear por hemerotecas, en viejas entrevistas televisadas de otros autores y conservadas en cintas de vhs. ¿Con qué fin?, se preguntará usted. Pues con el fin de rescatar frases ajenas, ocurrencias olvidadas, declaraciones teóricas, titulares provocativos que pudieran servir a la autora para aportar consistencia y esplendor a su discurso.

–Usted, Erizo –completó el hombre–, sería el encargado de redactar la primera versión de este texto, que sería sopesada, cepillada y restaurada por otras manos (y después por otras), hasta que la perfeccionista Halma Tigredi quede satisfecha y otorgue su conformidad. No es una autora sencilla de contentar, ya se lo advertimos.

–Por razones obvias –intervino la mujer–, su nombre no figuraría en parte alguna. Tampoco estará usted autorizado a ponerse en contacto con ella por ningún medio.

–¿Se atreve? –dijo el hombre.

–¿Sería capaz? –dijo la mujer.

Por descontado, señalaron con pesadumbre, ya íbamos mal de tiempo, muy retrasados. Estábamos, por así decirlo, fuera de órbita. Si yo aceptaba el encargo, me comunicaron aquellos dos falsos y deportistas testigos de Jehová, tendría que firmar cuanto antes un contrato de confidencialidad y renuncia, con severas consecuencias legales si lo

incumplía. No bromeaban. Me aseguraron que disponían de un batallón de choque formado por bufetes de abogados y agentes literarios (quienes a su vez contaban con su propia infantería de letrados), que no dudarían en litigar con tal de defender los intereses de su protegida favorita.

–Usted se compromete –explicó el hombre– a mantener la boca grapada y a no desvelar nada del contenido de nuestros acuerdos, lo que se dice *nada,* presentes o futuros, ni en privado ni en público.

–Le pedimos que nos consagre nueve meses de su vida, un año a lo sumo –especificó la mujer, entrecerrando los párpados.

–No es tanto –terció el hombre, abanicándose–. ¿Cierto? A cambio, por las molestias, procuraremos recompensarle con una retribución adecuada.

A continuación añadieron una cifra: era una cantidad bastante vertiginosa, lo reconozco, aunque sin llegar a lo obsceno, que me hubiese hecho desconfiar. Bien administrada, significaba comprar varios años de libertad. Dinero más que suficiente, en todo caso, para un expoeta divorciado de treinta y ocho años que malvivía encima de una lavandería automática y enfrente de un almacén de chollos, a tres mensualidades de tener que mudarse a un camping (mi plan B, si todo lo demás fallaba), y que tenía la mitad de sus libros apilados de canto en la bañera.

–No sé, *mon cher ami* –aclaró el hombre pálido–, si es consciente del desafío. No es fácil, no es fácil. Usted tendrá que familiarizarse con el estilo de Halma Tigredi hasta hacerlo suyo y mimetizarse con él. Con ella. Adaptarse a sus maneras, sus giros, su forma de puntuar, de razonar, de «pellizcar» (¿se dice así?) el párrafo.

–No se trata de imitarla –puntualizó la mujer–, sino de vivirla. Quien escribe es ella, pero en usted.

–Por el momento –dijo él–, barajamos como título provisional «Nada tiene tanto éxito como el éxito». ¿Qué le parece?

–Muy bueno –reconocí.

–Es de Ursula K. Le Guin –dijo la mujer.

Me quedé pensativo. No hacía falta ser muy listo. Todos los indicios apuntaban a que Halma Tigredi no era un solo autor, o autora, sino varios, ¿quizá docenas?, espolvoreados por medio mundo. Qué revelación tan sabrosa. De modo que la artista visionaria idolatrada por adolescentes de todo el planeta, desde Sidney a Pekín, que organizaban *performances* en los puentes caracterizados de personajes de ficción con sus nombres tatuados en la frente con henna; que morían de amor por su «singularidad», su «franqueza» y su olfato casi paranormal –reconocido incluso por sus detractores– para sintonizar el *Zeitgeist,* las líneas de fuerza de la sociedad contemporánea y adelantarse a ellas un minuto antes de que ocurriesen; su capacidad para transformar en vino de alta calidad el sucedáneo de refresco sin gas con que otros obreros del folio más vulgares se conformaban y vanagloriaban, en realidad no existía.

Halma Tigredi no era más que una invención, un golem, un avatar, un holograma, un algoritmo, una base de datos, una orquesta de redactores dirigidos por una batuta invisible, detrás de la cual habría otra batuta, y otra más, y otra, cada vez más alejadas, en una *mise-en-abyme* de espejos, hasta perderse de vista y desintegrarse como reflejos en un ojo dorado.

–¿No es eso plagio? –aventuré.

–Nosotros –zanjó ella, lanzándome una mirada exhausta de pupilas sobreactuadas– preferimos llamarlo simbiosis.

Me reafirmé en mi idea: Halma Tigredi era una catedral. Un puzle. Un relato colectivo y polisémico erigido piedra a piedra con los esfuerzos mancomunados de una pandilla de mercenarios dispersos. Y el negocio que me estaban proponiendo aquella tarde, en aquel gabinete de lectura de la biblioteca pública de Rotonda, con toda la pujanza de las madreselvas, los atardeceres malvas y las armaduras metálicas, no era otro que entrar a formar parte de esta nueva masonería, o logia, consagrada a santificar a su diosa. Había algo feudal en todo ello; incluso artúrico o templario. Con un escalofrío presentí que pretendían convertirme en una gárgola, un púlpito o una pila bautismal del tiempo de las Cruzadas.

–Por supuesto –me tranquilizó la mujer–, no estará solo. Pierda cuidado, Erizo. Atornillada a su mesa tendrá en todo momento a una supervisora que nosotros le asignaremos y que será su sombra y su guía.

–Ella –prosiguió el hombre– será la encargada de vigilarle, orientarle en cada paso, resolver sus dudas, controlarle para que se atenga al calendario y reciba su asignación semanal a tiempo, todos contentos y santas pascuas, y eso que llevamos adelantado. Cómodo, ¿no es cierto?

Mi diario de tapas de hule me confirma que mientras los tres cuchicheábamos, sin darnos cuenta, la claridad había menguado y estábamos casi a oscuras chapoteando en un chocolate de turbiedades. La policromía de los vitrales había cedido paso a un barniz monocorde de pintura sintética barata.

La sala de lectura había ido vaciándose. Hacía ya un buen rato que no se oían toses. Éramos los últimos maniquíes en el escaparate de una tienda color canela. Costaba trabajo distinguir los rostros, los ojos y los lóbulos de nuestras orejas. En cierto sentido, formábamos parte del bosque o del mito sagrado. La guardia pretoriana de los árboles se desdibujaba al fondo.

La misma noche en que mi abuela Catalina murió en el hospital, víctima de un derrame pleural que se complicó, hasta el punto de provocar un fallo multiorgánico y la consiguiente parada cardiorrespiratoria, a esa misma hora, en mi cama del otro lado de la ciudad, me desperté sobresaltado con un picor inexplicable por todo el cuerpo, y sobre todo en el pelo, que parecía estar relacionado con el reflejo naranja de dos discos luminosos que surcaron el cielo y resbalaron por la pared de mi cuarto; y de inmediato, sin darme tiempo a reaccionar, se produjo un repiqueteo de nudillos que golpeaban con

insistencia en el cristal de mi ventana. Una voz me apremió, quizá en sueños: «Despierta, Erizo, despierta». ¿Sería una señal? Con el corazón de puntillas me levanté y asomé, pero no había nadie. Nada. Tan solo era una rama movida por el viento.

Me sentía sobrado de fuerzas para acometerlo. Capaz de suplantar la identidad de otro, sí, por qué no. No dejaba de tener su lado atractivo y novelesco. Todo lo clandestino me atrae. *And yet, and yet…* ¿Y si rechazaba su oferta? ¿Qué consecuencias tendría? Entonces, al levantar la vista, del otro lado de los ventanales de la biblioteca de Rotonda, flotando a unos pocos centímetros del suelo, distinguí entre los arbustos el holograma tembloroso de Xavier Serio (o de su doble: Xan Sativa), encorvado, solo entre sus papeles en la mesa de un café, medio demente, desconocido para el gran público, lloroso de soledad, vestido con chaquetas deportivas de tweed y pajarita al borde de una piscina con un cóctel en la mano, con un casco de vikingo, disfrazado de *drag queen* en una fiesta con globos, con guantes de boxeo en un cabaret de provincias, guiñándome el ojo, sacándome la lengua, cortándose las uñas de los pies, saltando en marcha de un tranvía lisboeta o reservando un asiento en el hidroavión que cubre el trayecto que va de Octubre a Gabriola.

Vi sus noches de insomnio, sus carcajadas, su debilidad por las regatas, su coquetería de Dorian Gray, su pavor a envejecer y morir, su ataúd adornado con una sola corona fúnebre no muy grande, su aparente despreocupación por el dinero y la fama («La moda muere joven. Es lo que hace tan grave su ligereza»), sus desintoxicaciones fallidas en una clínica u otra, su cuerpo blanco y desnudo de cintura para abajo tendido en la morgue, con el racimo del sexo compacto, aplastado por la iluminación fluorescente, su desesperación final con su última amante, su amor genuino por la justicia, ciertos árboles de su infancia «leves como la sombra de una sombra», la pureza de los gatos, el olor de la goma de borrar, algunos niños.

La literatura era una piedra o un grito. Un guijarro solitario arrojado a un estanque, que provocaba una serie de convulsiones perturbadoras que se expandían en ondas concéntricas cada vez más amplias, más lentas, más serenas y susurrantes, hasta alcanzar la victoria sobre el tiempo y derrotar a la muerte. Así debía ser, al menos para mí. En cambio, yo era poco partidario de esos libros que nos agreden como calamidades o son un hacha que quiebra el mar helado de nuestro interior, para afectarnos como la muerte de un ser querido. Eso no.

Tampoco consideraba imprescindible fracasar otra vez ni fracasar mejor. Para qué. Encontraba disuasorio aquello de hallar algo a lo que amar y dejarte matar por ello, que más bien me parece el marketing de alguna funeraria.

Siempre me ha faltado disciplina para el malditismo o la degradación, lo admito. Nunca me he pasado de la raya. Ni un solo día he conducido borracho ni triplicado la tasa permitida de alcoholemia. No he

maltratado a una lagartija, ni humillado a un jefe de estación, ni vejado a un mendigo, ni mordido a un elfo.

La alquimia sucedía a otro nivel más profundo y a la vez más inmediato. En otra esfera de la intimidad y los huesos. Halma Tigredi frente a Xavier Serio. Ambos iconos representaban lo contrario. Cara y cruz. El circo y el convento. Dos respiraciones antagónicas.

El estruendo del mar frente al silencio del mar.

En su última fotografía, tomada un par de años antes de morir, a los sesenta y seis años, sin descendencia ni discípulos, se ve a Xavier Serio en pie sobre una tarima, bastante animado, delante del encerado de un aula en el que se distingue una única palabra rodeada por un círculo de tiza: *Dios*.

Su anciana madre viuda, impensadamente, le sobrevivió. En su nota final de nevera le advierte: «Cuídate, hijo mío, que ayer noté que te faltaba una pestaña».

Xavier Serio no tuvo necesidad de esconderse, puesto que nadie lo reclamó, ni se interesó por él ni lo atosigó con demandas. Su obra aún está a la espera de ser traducida. Me consta que nunca se rindió ni rebajó su exigencia. Pese a las dificultades, siguió componiendo con determinación, coraje, lucidez y alegría (fue, por lo que sabemos, un escritor alegre) sus espectrales alegorías de trasfondo metafísico y arquitecturas bizantinas hasta el final, casi sin energías, o por lo menos hasta ese instante en que su sistema nervioso dijo basta y colapsó, ya al borde de la demencia y la camisa de fuerza.

Xavier Serio cayó en semejante estado de postración y dejadez, de locura blanda, de cáncer blancuzco, que se negó a hablar, a lavarse, a ingerir alimentos (pensaba que estaban envenenados) y perdió la facultad de reconocer caras.

Antes de eso, mientras pudo y supo y quiso, la ambición de XS fue siempre la misma: la de diseminarse en largos y elegantes versículos, que reflejasen sus propias y contradictorias circunvoluciones cerebrales. Buscaba el chispazo de gracia divina que encandilase al lector gracias al sortilegio de sus notas de flautista de Hamelín o encantador de serpientes, un hito alcanzado, tal como señaló una estudiosa de su obra, «por el milagro de su enfoque sutil y su prosa jaspeada».

No todo fueron halagos, claro está. También existió el otro crítico –es innecesario señalar con el dedo, todos sabemos a quién me refiero– que le reprochó con acidez haber rebajado su prometedor talento hasta degradarlo a «un conjunto amorfo de repelentes barricadas de corchetes y jirones de palabras depravadas». Y remató su sentencia propinándole el siguiente mandoble: «Xavier Serio tiene por la literatura un gran y obsesivo amor que no es correspondido».

Ay.

(Con el tiempo he aprendido que, pasado cierto límite en la descalificación o el elogio, el crítico ya no está hablando del libro, sino de sí

mismo).

Por fortuna, los libros de Xavier Serio no eran perfectos. No pretendía agradar. Había en todos ellos una desmesura, un reborde, flecos sueltos, asimetrías, incoherencias, emulsiones de palabras mal batidas, greguerías, digresiones combinadas con tonterías de baja intensidad, relojes enterrados en la arena, una pierna ortopédica, un ombligo de estatua, arquitecturas blandas, ciudades con helipuertos, cierta carnosidad sobrante que impedía que fuesen deglutidos por los censores del Antiguo Régimen y sus academias del buen gusto –con su meñique estirado– como modelos de moderación o equilibrio.

Lejos de ello, lo suyo era martillear el lenguaje en la fragua hasta forjar o «cristalizar» (verbo típico en su obra, que se repite a menudo) oraciones indestructibles, trenes de frases ramificadas, vapores de metáforas (la famosa hipotaxis) que, parafraseando a un tercer crítico menos marxista y más benévolo que el anterior, «se estiraban durante páginas enteras, repletas de callejones laberínticos y de senderos sintácticos que empujaban el significado a través de un paisaje atormentado de cerradas curvas gramaticales».

Xavier Serio ya no escribe desde el pupitre de una biblioteca, como hacen unos, ni desde el confort de una cátedra universitaria, como hacen otros, sino desde la intemperie de la cultura de masas. No es un escritor inocente, eso sin duda, sino un europeo culto que prefiere el caos al museo. Contemporáneo de las grandes «instalaciones artísticas», Xavier Serio apostó por lo contrario: «desinstalar» del sistema literario determinadas prácticas que él consideraba coercitivas. Gracias a ello, su obra –dispersa y fantasmagórica– y su actitud de mohicano han ejercido un efecto liberador en las nuevas generaciones ante el peligro de escribir *demasiado bien.*

Hace ocho años publiqué un opúsculo titulado *(r)ictus,* predestinado a revolucionar la historia de la literatura debido a su audacia transgresora, sin mayúsculas ni signos de puntuación, que nadie consideró necesario adquirir ni leer ni comentar. Acabó convertido en pasta de celulosa. Después de eso, nada: cayó el telón. Me dediqué a otras actividades más lucrativas, asuntos profanos, me embarqué en nuevos proyectos. Olvidé, viajé. Crecí. Leí cuanto cayó en mis manos: antropología, arte, ciencia, biografías, historia de las religiones. Mis prioridades cambiaron. La literatura de ficción quedó lejos, allá arriba, encastillada en su orgullo indomable de Kilimanjaro, custodiada por el frío vertical de la niebla.

¿No es eso lo propio de la literatura? ¿Dejarnos levemente insatisfechos?

No sé por qué, desde que tengo conciencia (o conciencia de tenerla), siempre había fantaseado con la idea de que algún día un desconocido con un portafolios de piel me abordaría en el rincón de una u otra biblioteca pública para tentarme con una oferta extravagante.

Aquel desconocido procedente del futuro sacaría del portafolios a la manera de un mago y me entregaría sonriente, qué sé yo, una llave, una flor, un puñal, un clip, un termómetro, un juguete infantil, una lágrima artificial, un bastoncillo para los oídos, la biografía de Confucio, una ampolla de arsénico etiquetada con la calavera y los dos fémures cruzados, la canción del verano, o el cosito ese de plástico blanco en forma de mesa diminuta que colocan encima de las pizzas a domicilio.

Ese sería el amuleto de la suerte, el que decidiría mi destino, la aurora de un tiempo triunfal a partir del cual se abriría de golpe la compuerta mágica a una vida verdadera (la actual era solo un simulacro torpe de aficionados, entre tendales y deudas), desparramada de aventuras, conspiraciones, romances, disipación y riesgo.

Es decir, todo lo contrario a rebobinar cintas de vhs, subrayar entrecomillados o resetear un equipo informático en cualquiera sabe qué sótano taladrado por cables.

Horas más tarde, ya de vuelta en casa, recordaría el instante en que la mujer me clavó las uñas en el brazo hasta hacerme daño mientras decía:

–No le vemos muy convencido, Erizo. Bueno, mejor medítelo con calma esta noche.

Y repitió: –Con calma.

–Alegre esa cara, *mon cher ami* –apuntaló el hombre–. Es una oportunidad única. Única de verdad. Usted es la persona ideal, Erizo. Todos saldremos ganando. Será un éxito garantizado: como el café.

Aquella analogía me descolocó.

–¿Torrefacto? –vacilé.

–No, hombre, no. ¡Instantáneo!

No podía pensar con claridad. Las bombillas de la sala me estorbaban. Necesitaba ganar tiempo, como fuese. Con mejor intención que puntería, el hombre del gabán procuraba infundirme ánimos mediante aquella palmadita en el hombro; esto, aunque loable, no resultaba empresa fácil, porque no me sentía desmoralizado en absoluto. Era otra cosa.

Yo sabía muy bien cómo debía actuar. Mi decisión ya estaba tomada, tras un breve forcejeo interno. Quería hacerlo, pero no quería que ellos quisieran que yo lo hiciese. Pero entonces, ¿por qué no me sentía pletórico? ¿A qué venía tanta vergüenza? Eso era lo único que no entendía y que me mantenía en ascuas.

–Tiene veinticuatro horas para pensarlo. Dos cuatro. Mañana, sin falta –recalcó la mujer–, necesitamos saber su respuesta. Sin falta.

Sus uñas aflojaron la presión. Me liberó el brazo. Consultó la hora en la esfera desnuda de su reloj de pulsera, sin dígitos ni manecillas: un vacío negro. No había más que añadir. Podían irse a tentar a otra parte, con sus anteojos gimnásticos.

Nos despedimos hasta mañana con cortesía y desprecio. Sus manos

desprendían una humedad caliente y fofa de sauna.

Una vez que sus dos gabanes beis fueron dos borrones que se perdieron de vista en la lejanía de los anaqueles, lo primero que hice fue secarme la palma de la mano en la pernera del pantalón. Llené mis carrillos de oxígeno y resoplé.

Me obligué a ir expulsando el aire muy despacio, en pequeñas exhalaciones. Tomé asiento bajo el busto del historiador Tito Livio. Permanecí largo rato en silencio, cabizbajo, dándole vueltas a la tarjeta de plástico que habían depositado en mis manos, con un número de teléfono, tratando de reordenar mis pensamientos y entender lo que acababa de ocurrir, absorto, hasta que un par de ujieres consideraron que había llegado el momento de encender y apagar lámparas, arrastrar sillas y mesas sin motivo alguno y comenzaron a comunicarse entre ellos de una punta a otra de la sala por medio de graznidos avícolas que más bien parecían una incitación al apareamiento entre tórtolas o urogallos; solo les faltó trinchar un pavo.

Recogí mis bultos y carpetas. Ya era tarde, me dirigí a la salida con pasos nerviosos. Debía darme prisa, si no quería perder el último tren de regreso.

Recorrí en sentido inverso los corredores insonorizados de aquella institución, la biblioteca pública de Rotonda, a unos trescientos kilómetros de mi casa, bajo una especie de ensoñación, bajo una especie de hechizo, que se prolongó hasta el mediodía siguiente. Atravesé los pasillos con sus cúpulas de estuco y querubines de purpurina postizos, con sus perspectivas muertas, con sus tapices de unicornios y doncellas, con sus aparatosas arañas palaciegas como bancos de medusas propias de un Hermitage de saldo, con el ánimo alterado.

Atravesé el jardín furioso conmigo mismo, quizá por última vez.

– F i n –

Con la frase anterior concluyen las anotaciones de aquella tarde en mi diario de tapas de hule. Fin.

(Al llegar a este punto, el editor tuerce el gesto, la profesora resopla, el librero suspira, la lectora se remueve en su sillón: quietos todos).

Hay ciertas líneas, legales y extra legales, que por prudencia no debo traspasar. Me permito señalar que un diario es también sus interrupciones, los espacios mudos, las páginas o semanas en blanco, lo que uno rumia y esconde y prefiere no confesar por pudor o malicia, por falta de tiempo o por falta de ganas. Un diario registra acontecimientos, por supuesto que sí, pero también debe dar cabida a las discontinuidades y fisuras, a los desplazamientos, arritmias e intervalos. Esas grietas por las que se escapa el amor son siempre elocuentes y dicen tanto o más que lo que se consigna en él.

Una tumba casi secreta al sur de Francia. Un par de manos

pequeñas. Una melena pajiza, suelta. Desde el fondo del tiempo, unos ojos que se entrecierran ante la inminencia del miedo a la muerte o el placer del orgasmo.

La mirada irrecuperable de una novia pecosa de mejillas encendidas que sabía patinar. Ella me regaló sus libros, ella me inoculó el virus. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Estará casada? ¿Tendrá hijos? No he vuelto a tener noticias suyas. A lo lejos, la dulce arcada estival del olor de los naranjos. Ven, túmbate aquí, a mi lado. Su voz, como una mano, me tocó la cara.

Pinos, laureles, cipreses, un cementerio discreto, recostado en una ladera al abrigo del mistral y las mareas, pespunteado de cruces celtas, ángeles de granito, velas latinas, lápidas de muchas nacionalidades distintas y sin jerarquías, barajadas en una entropía de fósforo y memoria.

Allí yacen los huesos del novelista XS, sin más compañía que el ruido del motor de los aviones militares F-15 Eagle del campo de maniobras vecino. Una rosa en un jarrón colocado en el alféizar de mi ventana, junto al escritorio, que va deshojándose poco a poco, en un reguero de pétalos, mientras escribo o leo.

Uno trata de decir la última palabra, pero la última palabra es esquiva y antojadiza, se escapa de nuestros labios y no se deja decir. La última palabra corresponde siempre al otro, a los otros. O jamás será pronunciada.

A su manera este libro es muchos libros; pero sobre todo es dos libros. Una ambivalencia.

Desde aquel encuentro en la biblioteca pública de Rotonda, han transcurrido varios años que quizá merezca la pena anotar. Halma Tigredi ha seguido facturando volumen tras volumen (ya suman nueve), sin aflojar su ritmo de producción, con parecido éxito, con parecida angustia. No ha perdido su pulsión narrativa ni su paladar para conectar con la sensibilidad de la tribu de los jóvenes, muchos de los cuales hacen cola y pernoctan en la acera, a la entrada de las librerías, la noche entera, ansiosos por ser los primeros en saborear su nueva entrega en cuanto abran.

El comité sueco del premio Nobel, encerrado en un discreto balneario de Bratislava, sopesa su candidatura. La tercera película del ciclo está a punto de estrenarse y la cuarta acaba de entrar en fase de preproducción. Los preparativos para la adaptación teatral están muy adelantados. Un equipo de compositores, arreglistas, cantantes, escenógrafos y directores de escena trabaja sin reposo en el libreto de la ópera. Y yo, de un modo que no acertaría a explicar, me alegro tanto por ella.

Xavier Serio continúa colonizando mis desvelos. En un sueño (hecho con retales reciclados de otros sueños) se me acerca; va escoltado por un conejo gigante de orejas dobladas y me cuchichea algo íntimo al oído en plazas desiertas con soportales, en una ciudad en ruinas que figura ser la antigua Roma, o me muestra en la palma de su mano un guisante radioactivo. Todo está alumbrado con velas, resulta muy convincente. Yo empuño unas

pequeñas tijeras de podar. He extraviado una maleta con sus libros, pero decido no preocuparme por ello porque sé que estoy soñando «y ya aparecerán, ya», cuando me despierte.

Por todas partes había números, había letras, había olas. El conejo se encogió de hombros. Yo mastiqué un nenúfar.

Ya estoy despierto. La noticia de que en breve reeditarán las obras completas de Xavier Serio, incluyendo abundante material inédito, ha reavivado mi fe y mi júbilo de coleccionista. Quizá no todo, al fin y al cabo, esté perdido. Puede que aún quede un resquicio para lo raro. Y en cuanto a mí, aunque yo soy una anécdota y no importo, bastará saber que mi vida, si bien está lejos de solucionarse, ha virado hacia una zona menos azarosa, más soleada, en la que nuevos encargos profesionales han permitido mudarme a un barrio mejor, he reunificado todas mis cajas dispersas –con el remo de la subasta incluido, al que sigo sin saber qué uso dar– y los zapatos han dejado de hacerme tanto daño.

He vuelto, tímidamente, a escribir. No es nada. De momento es solo ilusión, el borboteo de un cuento. Esa tos de palabras que anteceden a un cuento; el carraspeo de la mente antes de romper a cantar.

Más que un relato al uso, aspiro a que sea una carta (¿de despedida?).

El cierre para un futuro libro.

Empiezo por el final y voy retrocediendo hasta el principio. Escribo de espaldas, marcha atrás.

Me conformo con hacer pruebas, garabateos, muecas ante el espejo, gárgaras para calentar la voz, por mero disfrute, sin la menor pretensión, más allá de entretener con mis historias el ocio de mi nueva amiga Mirka, a quien estos cuadernos de caligrafía parecen alegrar y conmover.

Tacho. Escribo. Tacho. Escribo.

Estoy muy desentrenado. Con una salvedad: en el caso del entrenamiento deportivo, suele hacerse con el pensamiento volcado hacia algún objetivo concreto, ya sea participar en una competición, vencer a un equipo rival o batir un récord. La práctica literaria, en cambio, carece de metas externas, se agota en sí misma; ella es su propia finalidad. ¿A quién derroto cuando escribo? ¿Dónde está la meta? Esta misma línea que estoy trazando ahora, ¿me acerca o me aleja de la meta? ¿Cómo saberlo? No hay rivales ni se compite contra nadie, ni se gana ni se pierde, no hay vencedores ni vencidos. El entrenamiento literario no tiene utilidad. La escritura es una modalidad de entrenamiento que solo sirve para entrenarse más.

Escribir un libro es perseguir el fantasma de un libro. Cercenar las casi infinitas posibilidades de lo real, hasta reducir la complejidad del bosque a una sola rama, a una sola hoja, a un solo tallo. Una tarea agotadora, quizá anacrónica. Algo ridículamente grandioso, comparable a patentar un nuevo aliño para ensaladas.

Tal vez escribir un libro, después de todo, no tenga tanta importancia.

Todas las historias, al final, cuentan lo mismo: la fiesta ha terminado.

La presencia cálida de mi nueva amiga Mirka me ayuda a tener paciencia, a sobreponerme ante las dificultades propias de la vida, a no desesperar cuando las cosas se tuercen o se demoran o se presentan feas o apelmazadas en un enjambre o todo encaja demasiado bien desde el principio y yo me pongo a desconfiar con mi típica actitud suspicaz. También aprendo junto a Mirka a ser justo y leal y valiente y cómo escoger la talla correcta de mis camisas.

Cuando los economistas fracasan, llega la hora de recurrir a los magos y a los ilusionistas.

Aquella tarde en Rotonda, una bandada de garzas levantó el vuelo con majestuosidad por encima de mi cabeza. Las vi cruzar el firmamento en formación de uve y perderse hacia las rutas de África, absorbidas por la magnificencia y el esplendor de esa escenografía azul y rosa y oro. Estaba a punto de empujar la verja del jardín de la biblioteca cuando me detuve. Algo en el aire fresco de la noche otoñal me frenó. Un escalofrío o una advertencia. En el último momento lo pensé mejor y volví sobre mis pasos. Antes de regresar a casa, sentí la urgente necesidad de enjabonarme las manos.

Nota de E.: Como el lector avispado ya habrá advertido, este texto es un mosaico (o llovizna, si se prefiere) de citas, literales o mínimamente retocadas, de los siguientes autores; por orden de entrecomillada aparición: Juan Benet, Malcolm Lowry, Janet Malcolm, Harold Bloom, Ursula K. Le Guin, Jean Cocteau, Paul Morand, Franz Kafka, Samuel Beckett, Charles Bukowski, la madre de Alfredo Castellón, Vladimir Nabokov (dos veces seguidas), Pedro Crespo, Terry Eagleton y Julio Cortázar.

En segundo plano, apenas entrevistos, rápidos reflejos tras el cristal rajado de la ventanilla de un tren sin frenos, por un momento vemos asomarse los rostros desencajados de Roald Dahl, Virginia Woolf, Carson McCullers, Bruno Schulz, Oscar Wilde, ¿Fernando Pessoa? y Malcolm Lowry a punto de desvanecerse en la niebla de su ferry que va de Octubre a Gabriola.

Por lo demás, todos los caracteres son ficticios, o casi. Por si cupiese alguna duda, invoco aquí el lema de la Orden de la Jarretera, fundada en 1348 por el rey Eduardo III Plantagenet, tras la caída por accidente de la liga de su compañera de baile, que mi Maestro adoptó como divisa: *Honni soit qui mal y pense*[1].

---

1. Sea tenido por vil quien piense mal.

El fango que suspira

Un perro ladrará. Llegará agosto. Y tu primer día de vacaciones, tan anheladas. Y por la tarde, al volver a tu apartamento de guionista soltero cargado con las bolsas de provisiones, para llenar la nevera, zas, te chocarás en la entrada con un parapeto formado por un coche patrulla de la policía nacional, un camión de bomberos que obstaculizará el paso y una ambulancia aparcada en doble fila con su panel de luces que diseminarán por la fachada un puñado de estrellas fugaces.

Sobre la camilla, un bulto humano envuelto en papel de aluminio.

Un cónclave de vecinos y curiosos arremolinados en la calzada formarán un gabinete de crisis, cuchichearán en actitud conspiratoria. Y nada más verte, te asaltará el portero, que responde al imaginativo nombre de Porfirio:

–Se llevan a una vecina: la del 6.º F.

–¿Y eso?

–Era mayor. Vivía sola. Ha fallecido.

–Ah.

–Fue hace unos cuantos días. Seis o siete por lo menos. Al menos una semana, quizá más. Aquí las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado han tenido que intervenir y forzar la cerradura para levantar el cadáver. La han encontrado tirada en el suelo del baño. Llevaba un calcetín de cada color, desparejados.

–A lo mejor convendría hacerle un torniquete –interrumpirá una vecina despeinada, con voz de alcoba–. Por probar.

–Que estuviese enferma, pase –dirá otro–. Pero eso de morirse así, tan sin necesidad.

–Un fatal desenlace –zanjará el portero, impávido–. El cuerpo ya había entrado en des-com-po-si-ción. –Porfirio se dará una serie de golpecitos nerviosos con el índice en el puente de la nariz, a modo de tamborileo, para subrayar las pausas dramáticas–. Por eso el olor.

–La mano de Dios –exclamará uno de camisa de selva–. Ya podía haber elegido otro momento para morirse, qué inoportuna. Con tal de que esto no nos amargue las vacaciones. Lo que nos faltaba. Siempre nos toca a los mismos pagar el pato. Qué culpa tendremos nosotros.

–Ninguna –puntualizará la mujer del torniquete, al tiempo que mirará con suspicacia a ambos lados de la calle. E insistirá–: Ninguna ninguna ninguna.

–A ver si ahora va a pasarnos algo o algo. –El de la camisa de selva.

Las asas de las bolsas se te clavarán en las palmas, dejando surcos rojizos. Nadie te impedirá que te abras paso entre los murmullos, con tus bolsas del súper. Las láminas de vidrio abatibles de la puerta del portal estarán

abiertas, inclinadas en diferentes ángulos, para facilitar el tránsito del aire y la ventilación del edificio. En el suelo se dibujarán arabescos de serrín, de caprichosos diseños.

Pisarás esa playa crujiente mientras avanzas por el vestíbulo en dirección a tu apartamento, y en ese instante te agredirá un tufo nauseabundo y lácteo, gastrointestinal, como de cuajada rancia.

¿Así moriremos todos un día? ¿Víctimas del tedio o de una parada cardiovascular, sin asistencia, la noche en que nos falle la conexión telemática? ¿Solitarios en nuestros cubiles, con los calcetines mal emparejados (uno de cada color), hasta que la edad nos empuje hasta el límite y al final la fetidez nos delate una semana más tarde?

¿Seremos eso, un pequeño espectáculo involuntario ofrendado al aburrimiento de los dioses, un racimo de chismosos al atardecer, en plena calle, antes de preparar la cena, algo liviano para distraer el diente, con abrir unas latas de conserva basta, que con semejante calorazo a quién le apetece encerrarse en la cocina?

Que responda el azul por tanto crimen.

Seremos nada, un suelto del periódico en la sección local, una cifra para engordar la estadística de ancianos fallecidos durante el verano o ni siquiera eso, una ocurrencia para mojar pan al día siguiente con nuestros amigos y con las parejas de nuestros amigos, durante el rito del vermut del mediodía, entre dos chapuzones en la piscina.

–¿Sabes? Ayer encontraron muerta a una vieja de mi edificio. El fiambre llevaba allí lo menos una semana. Menuda peste. Casi vomito.

–¡Puaj! ¿Más mejillones al vapor?

Mejor no pensar en ello. Los vivos provisionales seguiremos con nuestros juegos al aire libre, secándonos el pelo con la toalla, sol en la piel de los hombros, gotas de luz en las pestañas, ojos guiñados debido al escozor del cloro y al latido menta del césped, sobre la hoguera de agosto y la anarquía de los críos persiguiéndose con pistolas de agua bajo el chorro de las duchas, ¡ya verás cuando te agarre, acusica!, ¡lo pagarás caro!, mientras los planetas se alinean en sus nuevas órbitas y nosotros soñamos planes para esta noche, siempre a la cacería de placeres culpables (todo placer digno de tal nombre lo es), a ver si hay suerte y se levanta brisa y refresca.

–¿Te marchas ya, Erizo? ¿Tan pronto? ¿Ahora que está a punto de aparecer el capitán Gkoutnoudi? No te entiendo.

Nos frotaremos con loción el cuerpo, no hay prisa. Paladearemos una segunda ronda de cervezas, hmmm, todavía más espumosas y heladas que las anteriores, yo invito.

–Las cervezas, quieras que no, siempre son jóvenes.

Será gozoso aferrarse, para mantener cierta cordura, al asa de la jarra. Eso nos pondrá de buen humor. Aguardaremos expectantes, con los bañadores pesados e hinchados por la humedad del agua, la promesa de la

noche que, lo anticipamos ya, olerá a rímel. Nos acordaremos, cualquiera sabe por qué asociación de ideas, de aquella película lejana en que una novelista bisexual asesinaba a sus amantes con un picahielo, chac chac, uno tras otro, mantis religiosa, imitando el argumento de sus propios libros.

–¿Por qué los socorristas llamarán, a la piscina, «lámina de agua»? ¿No os encanta esa expresión, «lámina de agua»?

–A mí sí. «Lámina de agua». Es como: ¡uf!

–No sé vosotros, pero yo en estos momentos siempre me acuerdo de la frase de Pavese: «No hay nada que sepa tanto a muerte como el sol del verano, de la gran luz, de la naturaleza exuberante».

–Te digo una cosa: tú no estás bien.

–El arte siempre será arte.

–A ver, repítemelo, para que pueda grabarlo de saludo en mi buzón de voz.

Discutiremos sobre la posibilidad de conquistar (o no), y cómo, el corazón antílope de las muchachas, de una muchacha en concreto. Una novia sonriente que nos dará los buenos días mientras desayuna con una huella de bigote de espuma. Charlaremos de esto y de lo otro. Olvidaremos el incidente, será como si nunca hubiese ocurrido. ¿Qué incidente? ¿Quién?

Uno de nosotros preguntará:

–¿Vosotros sabíais que doña Hortensia ha publicado una biografía de Robespierre?

Nubes como cromosomas. El cielo alto y fornido, de colores digitales. Este cielo dará la impresión de que lo han obtenido retorciendo un trapo añil hasta chorrear la pintura. Después, para disimular un poco las calvas, repintarán con brocha insuficiente los costados, aquí y allá, a bulto, sin fe en el resultado ni calidez, a base de escobazos de purpurina. La distribución no quedará uniforme. Dejará mucho que desear. Escasez de materiales.

Alguien.

Un día.

Alguien un día romperá las tiras policiales amarillas y negras que precintan por orden judicial la entrada al 6.º F, donde una tarde se encontró el cadáver de la vecina con los calcetines desparejados.

Alguien iluminará con una linterna esa cámara funeraria, hollará el corazón de Mordor protegido con guantes de látex hasta el codo y escafandra quirúrgica como de apicultor, botas altas de pocero en guerra bacteriológica, y lo rociará todo con una bruma perfumada de descontaminante químico, que irritará los ojos.

Alguien vaciará los armarios y volcará el contenido entero de los cajones sobre la alfombra (¿para qué acumularía esta mujer cinco pares de gafas en sus estuches, todas idénticas?), alguien distribuirá la casa en bolsas, revolverá sin pudor entre su ropa íntima aquello que no debe verse, descolgará sus lámparas, relojes, espejos y visillos, dejando rebordes vacíos en las

paredes y fantasmas de cercos del mobiliario, desatornillará sus apliques, desclavará el crucifijo del dormitorio y Cristo será expulsado de la vivienda.

Alguien desmontará la mesilla de noche con su dentadura postiza en el vaso de agua, muerta de risa.

El cuarto de baño. Con su tulipa temblona, lleno de geles, lociones y linimentos alineados por jerarquía de altura en la repisa. Un frasquito de mermelada reutilizado para conservar monedas o un pegote duro de cera depilatoria.

Qué horror de casa. Cuánto trasto. La gente acumula adefesios tóxicos. Solo faltará tropezar con una mesa ratona desequilibrada de adornos: cajas de cuero repujado, ceniceros de cristal de roca, un pistolón tipo bandolero que en realidad será un encendedor (estropeado desde hace décadas) y la omnipresente figurita kitsch del voceador de periódicos agarrado a un semáforo a cuyos pies un perrito levantará la pata para orinar, de un mal gusto indestructible.

Alguien malvenderá sus despojos, triturará sus pastores de porcelana decorativos, apartará de un manotazo del aparador sus portarretratos con fotos (amigas del internado, una excursión al zoológico, un caniche rosa recortado de una revista, ella con cara de pavor subida a un burro-taxi de Benalmádena), sus cuatro muebles de colores célibes se repartirán entre sobrinos gaseosos o se donarán sin su consentimiento a una ong o serán arrojados al fondo de un contenedor, allá van, entre escombros y neumáticos pinchados.

(Hijos no. En estos casos nunca hay hijos, o si los hay, están lejos o no sirven).

Fuera, todo fuera. A la calle con todo. Se parecerá mucho a un robo, a una profanación de morada, a un exorcismo antisatánico. Alguien retirará del frigorífico los restos de comida momificada de su último almuerzo, carne mechada y puré seco. Sus cartones de leche sin caducar se verterán por el fregadero, correrán alegremente por las cañerías en una celebración del derroche e irán a parar a la red de alcantarillado. Alguien desmontará su cama, troceará su cabecero emperifollado con volutas versallescas, desnudará su somier.

A la vista de todo el mundo, en lenta procesión por los rellanos y patios del edificio, para no perder detalle, se exhibirá su colchón de muelles, el desorden de su carne, con su impúdica orografía de zumos íntimos y mapamundi de insomnios.

Alguien apartará un pelo de un cojín, que le tocó en una tómbola.

De una percha colgará un vestido de volantes nuevo, fucsia, reservado para alguna ocasión especial, aún con la etiqueta puesta, que no llegó a estrenar, para no estropearlo.

Al mismo tiempo, los engranajes administrativos pondrán en funcionamiento su sistema de ruedas dentadas con total eficacia y puntualidad de mecanismo bien lubricado. A una señal, se activarán las antenas y vibrarán

las pinzas, que irán trasladando la información de departamento en departamento.

La base de datos será actualizada sin margen de error. Alguien tendrá que hacerse cargo de todo el papeleo burocrático de negociar la baja de los contratos con las compañías suministradoras de electricidad y agua. Se anularán las domiciliaciones bancarias. Se desconectará su línea telefónica; a partir de ahora, cada vez que alguien marque por equivocación, saltará el mensaje automático de una voz robotizada: «El teléfono al que usted llama no está operativo el teléfono al que usted llama no está operativo el teléfono al que ust…», seguido de un pitido formidable, seguido de una chundarata latina de estribillo pegadizo, compuesta para las pistas de baile y las verbenas veraniegas de los pueblos en fiesta –azúcar quemado, castillos de fuegos artificiales, primeros amores–, en bucle, sin comienzo ni fin.

Cancelarán su cartilla de ahorros, con su mínimo saldo casi dulce que se invertirá en sufragar la propia comisión de cierre: todo en orden. Se procederá a la liquidación inmediata de su plan de pensiones privado, si lo hubiera, con la firma aseguradora. En los registros del universo se difuminará su nombre, se perderá para siempre. En lo que a nosotros respecta, usted nunca ha existido. Una mano caritativa hará desaparecer la tarjeta del casillero de su buzón con su caligrafía elemental y en su lugar se abrirá un rectángulo negro y vacío, festoneado de polvo, feo de mirar.

Con el paso de los días, el hedor a cadaverina del descansillo se irá enfriando hora tras hora a golpe de ozonopino hasta disiparse del todo o confundirse con otros efluvios más mundanos de las zonas comunes, de tabaco afrutado o guisos.

Vendrán barbudos de frac, castigados por la vida, sanguíneos, con coleta y un pinganillo en la oreja, hablando a gritos y repartiendo trípticos de propaganda –que también sirven para abanicarse: mira qué práctico–, en representación de la firma funeraria que la incinerará, un lunes a primera hora de la mañana, sin testigos. Hay quien vive de la muerte ajena y prospera con la desdicha del prójimo.

En el centro del edifico levantarán un pueblo o un Arca de Noé: martillearán, serrarán, taladrarán. Tacharán ventanas con andamios. Modificarán el curso del agua y rectificarán la lógica del cobre.

Una cuadrilla de forzudos arrancará a tirones el empapelado color orín de las paredes del 6.º F, saneará lo que haya que sanear, adecentará la grifería, las llaves de paso, sellará las junturas con un inyector de silicona a presión marca Kopacsa, reiniciará los contadores de consumo para ponerlos a cero, verificará los electrodomésticos no vaya a ser que, colocará un aparato de aire acondicionado monumental con capacidad de 3000 frigorías, y el piso de la muerta sin nombre del 6.º F, con una capa todavía fresca de Titanlux, quedará como nuevo, claro y alegre.

Será un ejemplo de remodelación realizada con buen gusto,

primeras calidades y presupuesto ajustado. Solo permanecerá sin resolver, ay, el enigma de ese interruptor del pasillo, a media altura, que no enciende ni apaga nada ni se sabe qué función cumple.

Del balcón colgará un letrero: *Se vende.* Comenzarán a visitarlo curiosos, alguna pareja joven de enamorados, avales y nómina, financiación a su medida, ofertas y contraofertas con la agencia inmobiliaria.

Y entonces.

Un camión de mudanzas frenará junto a la acera. Se armará el consabido alboroto de curiosos, con Porfirio capitaneando el comité de bienvenida, entusiasmado. Saldrá de su garita de portero dotada de monitores de vigilancia con nieve sucia en las pantallas. Descenderán bultos, tresillos, una lámpara de pie. Cajas con libros. Cosas envueltas en mantas militares.

Alguien comentará:

–¿Te has fijado en los nuevos? Simpáticos, ¿verdad?

–Más o menos.

Nada más instalarse, los nuevos organizarán una fiesta en el 6.º F a la que nos invitarán a todos. Habrá música y chupitos de tequila y bandejas de comida tex-mex. Un ambiente lunar, con muchas velas. El placer de tonificarse bajo la brisa melódica del aire acondicionado, ah, qué bien se está aquí.

No parará de entrar gente, de salir gente. Por momentos parecerá la cantina de Mos Eisley en el planeta Tatooine; en cualquier momento podría hacer acto de presencia el cazarrecompensas Greedo.

Sin apenas darnos cuenta, en mitad del salón, nos quedaremos un momento ausentes, pensativos. En ese instante alguien nos pellizcará el codo y nos preguntará: «¿En qué estás pensando, Erizo?». Y nosotros nos encogeremos de hombros y negaremos, sin saber qué responder.

Mejor no pensar en nada. Alguien iniciará una conversación, pero se callará en seguida. La frase quedará a medias, en suspenso. Comenzará a sonar un estribillo de rap violento, que se interrumpirá de golpe tras las primeras notas. Habrá un atisbo de baile, apenas unos pasos insinuados, sin desarrollo. Nada. Un corte de luz. Volverá pronto. Otro propondrá salir a, cenar en, reunirnos con. O mejor, en lugar de eso también podríamos… Alguien estará a punto de sufrir una lipotimia o una angina de pecho. Un hombre hará ademán de sentarse, pero no llegará a la silla y se quedará indeciso sin completar el movimiento, con el culo en el aire, a unos pocos centímetros del asiento, en esa postura ridícula de gallina ponedora.

Disimulará lo mejor que pueda, se irá al otro extremo del cuarto, él solo, a rumiar en un rincón, masticando chicle, y hará como si no pasase nada. Lo cual, en cierto sentido, empeorará su incomodidad y la de todos nosotros.

Alguien (¿quizá yo mismo?) propondrá un brindis y brindaremos todos, a la salud de no sé quién. Cada brindis nuestro supondrá una paletada de tierra más en su cara.

¿Qué fue de Baby Jane? Nadie contesta, está en venta el jardín de los cerezos, Alicia ya no vive aquí, Peggy Sue se casó.

Esa anciana de pelo blanco en forma de bulbo. Que un día habría sido una muchacha reidora con su vestido amarillo, despeinada entre sus primas, junto a los pinos, feliz como un golpe de viento.

Con una alegría de ardilla viva entre las manos. Pasimisí, pasimisá. Y ahora. Calcetines desparejados, de diferentes colores, qué mal. Olor a cuajada rancia. Al menos una semana, quizá más. Parada cardiovascular. Serrín en las baldosas. Tirada en el suelo del baño. Nieve sucia. Desconexión telemática

–¿Te marchas ya, Erizo? ¿Qué prisa tienes? Si ahora empieza lo mejor. De un momento a otro aparecerá el capitán Gkoutnoudi. Ya verás, ya, cuando llegue.

Su vida. Sus penas y alegrías. La frugalidad de su cena consistente en un huevo duro y un par de nueces. Su paciencia al atender a los vendedores a puerta fría del Club de Lectores que insisten en ofrecerle algo a las cuatro de la tarde, encima del felpudo, con la punta del zapato haciendo cuña para impedir que cerrase, señora, no sea usted terca, señora, no deje pasar esta oportunidad única. Todavía escucha el eco de sus voces en la escalera, una vez echado el cerrojo:

–Si domicilia los pagos con su nómina o pensión, recibirá gratis un robot de cocina.

Sus veraneos como de otro siglo, de paseo en barca de remos y parasol, con soles moribundos y gracia lenta de velocípedo. El aroma seco de los jacarandás y el latido de su corazón verde. El gran baile del Casino, tan iluminado que parece arder. Chorros de fuego por las ventanas, y todos tan elegantes, tan guapos. Subidas y bajadas a la sierra, oscilaciones en el precio del carburante, tambores de guerra a lo lejos, no olvides llevarte una rebequita, por si refresca de noche. Sus visitas regulares al peluquero, al otorrino, al oftalmólogo (cinco pares de gafas, todas idénticas). Sus citas en el hospital, inyecciones de heparina para evitar los coágulos, infiltraciones de corticoides para la osteoartrosis de cadera, ¿tengo algo malo, doctor?, nada, que el líquido sinovial pierde ácido hialurónico, ah bueno, siendo así.

Tan joven, tan crédula. Nunca supo el significado de las siglas nato. Se llevó un disgusto el día en que se enteró de que el cuerpo humano no es perfectamente simétrico. Le explicaron que hay ligeros desajustes entre la mitad derecha y la izquierda, un hombro un poco más alto, un brazo algo más largo que el otro, los ojos desnivelados, nada es perfecto, lástima, qué decepción.

De vez en cuando, una excursión a la nieve con sus cuatro amigas del internado enmarcadas en el portarretratos: María Turina, María Yébenes, María Escuadra y María Cometa.

El tren asciende entre vacas de sombra. El aire pálido de la sierra,

todo salud, las casitas puntiagudas de madera o piedra, con tejados de tela asfáltica. La pequeña estación de esquí, con su aire de aldea tirolesa. Restos de nieve en los parques, aquí y allá, como pizarras mal borradas. La tartera con tortilla y fiambre. Un mundo pausado de funiculares, chimeneas y ventisqueros.

El regreso a la ciudad, al anochecer, en el último tren del domingo, entre una multitud somnolienta. La tartera vacía, con un tenedor solo rebotando dentro. Bostezos, toses, susurros. Viajeros derrengados en el suelo de cualquier manera, sin compostura, hechos ovillos, una dulce muchacha con hipo, sentada en las rodillas de su novio, enlazada a él, un gigante enfrente, roncando entre sobresaltos que le hacen rodar la cabeza por la ventanilla… La humanidad cabizbaja de regreso a sus pupitres, oficinas y colas del paro. La luz cambia y se derrite. Afuera, el paisaje prosigue su monólogo.

El 6.º F. Sus días transcurridos en la penumbra, calladamente, accidentalmente, de puntillas, sin molestar a nadie ni meter ruido, con pinchazos en la rótula y diarreas, cualquiera sabe, la digestión siempre alterada por culpa de los nervios, preocupada por algo hasta que encontraba otra preocupación mayor que se solapaba a la primera.

Acidez de estómago, escoliosis, tabique nasal desviado, síndrome del intestino permeable, molestias en la vesícula, un peso justo aquí en el costado, como plomo, doctor, ¿serán gases?, secretos inconfesables en la soledad alicatada del inodoro, regar las plantas de la terraza con un pulverizador, pff pff, este geranio está mustio, pff pff, qué hojas tan tiesas, tender y destender los peinadores, el dedo flamígero del sol abrasando las baldosas, ¿qué hora es? Ni idea.

Su soledad entre cestos de mimbre, mejunje bucodental y sábana bajera bien remetida. Sentarse sin compañía en el sofá los sábados por la tarde envuelta en una batamanta a contemplar los concursos gastronómicos de la tele o el show de los Picapiedra. Quedarse atónita mirando el techo con el mando a distancia en la mano, abstraída, la mente en blanco, durante mucho rato, media hora o más, hablar consigo misma, alguna risita por lo bajo de vez en cuando, ella sola en su comedor, acordándose de aquello tan divertido que sucedió aquella vez.

–¿Te lo dije o no te lo dije?

–Claro que me lo dijiste. Qué confusión tan cómica.

¿El sentido de la vida? ¿La luz al final del túnel? Uno discurre su vida al lado de figurantes. Caminamos en círculos. Decimos esto y hacemos lo contrario.

Entramos y salimos de quirófanos, con nuestro bordado de sangre en punto de cruz y una canción en los labios. Vivimos y morimos por encima de nuestras posibilidades. Cierras los ojos y ves un conjunto movedizo de fosfenos amarillos estallando en el interior de tus párpados. El nervio óptico conecta la retina con la bóveda craneal, donde las imágenes se precipitan en

una especie de danza subacuática y nutren la vida del espíritu.

¿Y ella? ¿Te observaría a ti alguna vez, Erizo? ¿Sabría de tu existencia de guionista soltero? ¿Te soñaría, solo en tu apartamento simétrico al suyo, pared con pared, mientras escribes o corriges guiones de fantasía épica por encargo de la productora (guerreros, dragones, princesas, elfos, licántropos), despierto o dormido, igual que ahora la estás soñando tú a ella?

Te preguntas con qué moraleja se pueden rematar estas páginas, si ni siquiera recuerdas su cara. Ni tampoco su voz. Ni su figura. Nada, imposible. Por más esfuerzos que haces, no hay personaje. Ni historia que valga. No hay trama. Ningún giro imprevisto. Ningún arco emocional ni epifanía transformadora. Su vida no daría ni para el episodio piloto de una miniserie de bajo presupuesto, emitida para rellenar la programación entre videntes y teletienda.

No hay nada, nadie. ¿Y después? Más nadie.

Su apartamento vacío. El 6.º F. El silencio abovedado de una energía ciega. Una interrogación sin respuesta. Tu boca se mueve sin emitir sonido alguno. Las hileras de letras brotan y desaparecen solas de la pantalla de tu ordenador. Nadie está escribiendo esto.

Odias los finales abiertos.

Era casi nada, todo el rato. Ella, ella, ella. El murmullo de la cisterna al vaciarse, el chirrido de sus cubiertos al gemir contra el plato de loza, un poco de tos, medio estornudo. Poco más. Su muerte no ha entristecido a nadie, no ha interrumpido nada, no ha ensombrecido –tranquilícese, señor de camisa de selva– el sol del verano. Importa ser feliz, ser desgraciado, al menos un rato cada día.

La vida no era buena ni mala: era imposible. Un jeroglífico hecho todo de semanas, renovación de papeles, alergias, cortes de digestión, razones equivocadas para vivir o morir, muestras de orina, sensatez a destiempo.

Pero sobre todo la vida era antihigiénica, Dios nos asista, qué cantidad de gérmenes, bacterias, polución, cualquier cosa que toques está forrada de porquería, rebosante de mocos y pelo, una ola de inmundicia recubre todo el planeta, de los polos al desierto, cercos de grasa, podredumbre, churretes por todos lados, imposible limpiarlo todo, de nada sirve frotar: nada, que no sale.

Ella. Era morena. Era rubia. O sería una de esas criaturas miopes de las que alguien comenta:

–Sinnombre no era guapa, porque no era guapa, pero tenía un pelo.

Nunca la conoceremos. Ni nos interesará conocerla. Y ahora es tarde. Nos rozaríamos con ella por casualidad, alguna vez, seguro que sí, es inevitable al vivir en comunidad, en el instante de entrar o salir de los espejos de acuario del ascensor. Buenos días, buenos días.

El paraguas en la mano, empuñado con diligencia por unas falanges estrechas, la muñeca esquelética emergiendo de un puñito de encaje, la boca

dramática, el rasponazo de carmín mal repartido (darán ganas de sacar una torunda de algodón y despintarla), ella no sospecha aún lo que sucederá dentro de poco con su vivienda, con su vida, tirarlo todo a la alcantarilla, mucha repostería sobrante, crema pastelera, tarta de San Marcos, bocaditos de nata, dulces de malvavisco, todo fuera, lejos, roto, más de una semana muerta apestosa con los calcetines erróneos y los ojos abiertos y los dos solos en el ascensor, tú y ella, durante un minuto cromado, eterno, un tintineo de llaves, un pastillero, tenía un pelo, ha sido la mano de Dios, pasimisí pasimisá, parece que va a llover, el tiempo se ha vuelto loco de repente, ya no sabe una ni qué ponerse para atinar, es cierto, diga usted que sí.

Las pestañas bajas, por timidez y decoro social. Esa brizna final de coquetería, mientras cae el telón, que es lo último que pierde la calavera humana antes de desembocar en cuidados paliativos e instalarse en el columbario.

No hay mucho más que añadir. Solo cabe rendirse ante la materialidad de los cuerpos, a su carnalidad cruda. Es locura pretender que algún día la humanidad se sacuda de encima la indiferencia, igual que el león su melena.

No.

De madrugada, la voz de nuestro anfitrión del 6.º F se elevará alegre sobre el estruendo festivo y los vasos de cartón volcados:

–¿Alguien quiere más muerte? Queda más muerte en la cocina. En el frigorífico, en la encimera. Id y servíos, si queréis. Con toda confianza. Tenemos muerte de sobra.

Si nada lo impide, el bochorno remitirá poco a poco y nos concederá una tregua. No tardarán mucho en acortarse los días y en alargarse las sombras. Aparecerá una nube oscura en el horizonte. Dos nubes.

Se apagará el oro de los insectos.

–¿Te marchas ya, Erizo? ¿Qué prisa tienes? Si te quedas un poco más te presentaré al capitán Gkoutnoudi. Está deseando conocerte. Es fan tuyo.

–¿Ese es uno que va siempre a todas partes con una lata de gasolina?

–No. Ese es su hermano, Renzo, que vive con la obsesión de incendiarlo todo.

En algún punto de la ciudad arderá una fiesta y tú no habrás sido invitado. En algún lugar alguien se descalzará y bailará sin zapatos encima de una mesa, festejará un empleo o su despedida de soltero, sonará un timbrazo a deshoras. Sin darnos cuenta nos curaremos solos de cosas de las que no sabíamos que estábamos enfermos. Dios te amará, pero no mucho.

La hierba de los días será segada bajo tus pies. Pagarán justos y pecadores por igual. Con toda probabilidad llegará septiembre, con sus botas manchadas de sacrificar animales lentos. Llegará octubre con su olor incestuoso de dinero manoseado y muestrario de guantes. Llegará noviembre,

y será una puerta abierta al misterio del océano, plateado de redes de pesca. Llegará diciembre y será una partida de ajedrez disputada en un gimnasio. A lo lejos despuntará enero como una moto de agua en el centro del desierto.

Agudeza

En vista de lo cual me largué sin despedirme. No me quedó más remedio. Me puse mi chaqueta verde musgo con coderas y partí. Nadie me vio. Salí esquivando otras mesas, sillas, el horizonte azul de un acuario lleno de ranas, la mirada impasible del maître del barco-restaurante, con sus condecoraciones de almirante postizo. No hacía falta decir nada, ni hacer nada más, puesto que no me echaría en falta. Ni ella, ni quizá nadie. Puede que apenas reparase en mi ausencia, o muy poco.

Bajé por la pasarela de tablas. Una vez en tierra firme, me recompuse la ropa. Así soy. Cuando empiezo, no puedo parar de elucubrar. Tengo un grifo mental que no se cierra nunca. Una inquietud en la yema de los dedos. Antes yo no era así. Hace diez, quince años, lo juro, no era así. Y es que ahora, aparte de todo lo demás, soy así.

O a lo mejor no soy yo. A lo mejor es ella. Qué sabrá nadie. No, no, seguro que soy yo. Ella no tiene culpa de nada. No tiene nada raro. O tal vez sí. O tal vez no. O puede que sea el mundo, que no está bien de los nervios. Esa impresión da.

Eché a andar en la noche.

La culpa, siempre la culpa. Por qué. En el colegio, una vez, hice llorar a una niña de tercero de egb. La niña llevaba gafas y yo me reí de ella llamándola cuatroojos. Se quedó tan desconsolada que se lo contó a su madre que se lo contó a la mía y la noticia terminó saltando hasta oídos de mi padre, quien suspiró, se enfadó mucho conmigo, me llamó aparte y me abroncó:

–No hay que burlarse nunca de los defectos físicos de los demás, me oyes. Eso está muy feo, Erizo. Tú qué sabes si de mayor también necesitarás llevar gafas o un audífono o prótesis o algo. ¿Te gustaría que se rieran de ti? Piensa un poco antes de hablar. Mañana vas y le pides perdón.

La profecía se cumplió. Hoy llevo gafas a todas horas –de cerca y de lejos– y es posible que muchos se rían de mí, por ser cegato o afeminado o algo peor o por mi pelo obtuso o mi acento raro o por otro motivo igual de peregrino o sin motivo, qué más da. Nunca faltan inquisidores para burlarse de alguien o acusarlo de brujería. De ahí a montarle un auto de fe y arrastrarlo hasta la pira llameante hay un solo paso. Todos, en un momento u otro, haremos el ridículo en público, nos cagará una paloma en la frente, cometeremos alguna pifia o varias, pisaremos sin querer una caca de perro en una boda, yo os declaro marido y mujer, y tendremos que arrastrar durante todo el día esa suela apestosa y rebozada, ya perdida la dignidad, a la que con el paso de las horas se le irán quedando adheridas migas de pan, briznas de confeti y plumas de pájaro, mientras los demás invitados nos señalan con el dedo y se ríen de nosotros a carcajadas en mitad del convite nupcial o nos abuchean haciendo embudo con las manos, y qué.

No pasará nada. O pasará todo. El río del tiempo avanza, retrocede, las nubes descorren su lluvia y sus arco iris y las bromas, infinitas o no, se difuminan y olvidan.

Cuatroojos. Lo que no me olvido es de haber provocado las lágrimas miopes de aquella niña de tercero de egb.

¿Por qué lo dije? Desde el fondo del tiempo una niña me señala con su dedo acusador: tú, fuiste tú. Hice mal, lo reconozco. No recuerdo si al día siguiente me acerqué a ella en la fila del recreo para pedirle perdón, ojalá haya sido así, y si ella me perdonó o no, saberlo me ayudaría a reconciliarme en parte con mi pasado. Cosas de niños, sí, pero cosas importantes.

Pedir perdón, pedir perdón, pedir perdón.

Por tantos fallos. Por haber sido mal hijo, mal hermano, mal novio, mal copiloto, mal marido, mal padre, mal amigo, mal compañero de trabajo. Por haber sido demasiado estricto con las leyes. Nunca me he saltado un semáforo en rojo. Nadie, en mi presencia, se ha quejado de mí. Por tantas ocasiones desaprovechadas, momentos de indecisión en los que no me atreví a dar el paso, apretar el acelerador o merecer ese beso apasionado. Por llegar siempre puntual, antes de la hora, y quedarme un rato esperando. Por haber contado a mis padres que iba a salir con mis amigos de juerga un viernes por la tarde cuando en realidad me quedé en la biblioteca a estudiar para un examen de Sociales.

Aquel otro día del robo en la papelería. Nervios, uñas mordidas, qué tentación. Estuve a punto. El dependiente se demoró en la trastienda y yo me dispuse a aprovechar su ausencia para birlar unas cuantas gomas de borrar, unas tijeras, aquel transportador de ángulos, esta máscara de Spiderman, con cuánta fuerza lo deseé, se me estiraron los dedos, rápido, rápido, ya casi estaba hecho.

En la trastienda, de espaldas, los hombros del dependiente joven subían y bajaban como dromedarios, ajenos a todo. Nadie me habría visto (pero yo sí me habría visto). ¿Qué hacer? Guardarlo todo con precipitación en la mochila y salir pitando de allí a la carrera, antes de la vuelta del dependiente, que se quedaría con cara de fieltro al ver lo sucedido, mientras Spiderman volaba calle abajo, sin apenas rozar el suelo, alterado por una taquicardia emocionante –el corazón patalea– que me quedé sin saborear.

Cómo eché de menos el triunfo de al menos una mísera aventura inocua de portafolios y sudor de manos, algo para fardar, una bravuconería de fuera-de-la-ley para presumir en grupo, con mis amigos, entre latas de cerveza estrujadas y una partida de dardos. Pero nada. En lugar de eso, petrificado de miedo, le di las buenas tardes al dependiente, me giré y emprendí cabizbajo el crudo exilio hacia el resplandor de la calle, ridículamente virtuoso, mientras contaba monedas. Abrí la puerta y salí. El tintinear de la campana de viento, al entrechocar sus tubos, me sonó a risa burlona. Bye bye, Spiderman.

El examen de Sociales lo aprobé con buena nota.

He seguido los consejos de mis mayores, siempre los sigo. No escupas, Erizo, no blasfemes, bebe con moderación, cede tu asiento en los transportes públicos, no faltes al respeto a nadie, ayuda a esa anciana a cruzar la calle, Erizo.

Y Erizo no ha escupido, no ha blasfemado, ha bebido con moderación siempre que ha sido posible, ha cedido su asiento en los transportes públicos a la abuela reumática, no ha faltado al respeto a nadie, ha trasvasado de una acera a otra a docenas de ancianitas temblorosas, pese a lo cual no he notado el menor signo de mejoría, ni en mi cuerpo ni en mi espíritu.

Nada. Me ha faltado disciplina para el malditismo, eso sí es cierto. Yo soy más de numismática y agua tónica. Y ahora he cumplido una edad en que ya es tarde para cambiar de novela. Aunque odio mi trabajo (odiar no es la palabra), sigo varado en el mismo Banco Becerra desde hace más de una década porque así lo ha dispuesto el destino y esto es lo que hay, hijo, así son las cosas, lo tomas o lo dejas. Entré por casualidad en BB, con un contrato temporal, para cubrir una vacante por un período de prueba, seis meses, un año a lo sumo, algo provisional hasta que surgiera algo mejor, más acorde con mis gustos y capacidades, y aquí sigo, fichando en silencio cada mañana por no decepcionar a la persona que me recomendó: una traductora amiga de mi madre que apuraba con expresión de asco un cigarrillo tras otro y que se llamaba –y se sigue llamando, si la información no me falla– Virucha Trigales.

Tan congelado como mi sueldo BB, mi libreta de ahorros BB y mi plan de pensiones BB. Viendo pasar con la cadencia de las estaciones –frío, ventisca, sol, lluvia racheada, otra vez un golpe de viento– a los jóvenes emprendedores que en seguida logran levitar hasta un cielo añil de ascensos, traslados, bonificaciones, alfileres de corbata, palos de golf, y se largan raudos y sonrientes hacia sus piscinas privadas a bordo de sus descapotables de melena rubia mirándome de reojo.

Yo, mientras tanto, conectado a la toma de tierra, me arrodillo para comprobar si la impresora tiene suficiente nivel de tóner, no vaya a ser que se acabe en mitad de un documento. Es molesto cuando el folio sale rayado, mitad negro mitad blanco.

Encadenado a la misma ventanilla de siempre, divisas y domiciliaciones, subrogaciones y renta per cápita, volcado de datos y fluctuaciones del euríbor, ahora sube ahora baja una décima, acordándome de mi recomendadora Virucha Trigales y su mueca de asco y sus traducciones fumadas, aislado en mi burbuja con ficus, aparte, entre dos columnas, tú a lo tuyo, Erizo, ajeno a chismorreos y conspiraciones de máquina del café, porque vivir también es eso: vivir es no enterarse.

Aunque no lo parezca, voy acercándome a la cena en que me largué sin despedirme de aquel barco-restaurante, todo a su debido tiempo. Tengo un

grifo mental que no se cierra nunca. Una inquietud de nacimiento. Chaqueta verde musgo con coderas. Maître con condecoraciones de almirante postizo. Una decoración marinera de redes, anclas y remos y un acuario lleno de ranas.

Pero antes debo dar un rodeo por nuestra historia para resaltar que hubo una época, no hace tanto, en que todos éramos tímidos. Timidísimos. Como que había vallas publicitarias y anuncios en televisión consagrados a nosotros, los tímidos. «¿Es usted tímido?». «Supere su timidez YA». «Cómo vencer la timidez en diez sencillos pasos».

El actor que nos representaba en las pausas para la publicidad –gafitas redondas de carey y balbuceo, puesto que era «el hombre de la tónica»– estaba siempre en la inopia y nosotros éramos ese actor.

Apresado en la pequeña celda de la parrilla televisiva, sin poder escaparse de ahí dentro, constreñido entre un anuncio de muslos de pollo frito y otro de galletas Fontaneda enriquecidas con calcio, aparecía ese actor, aparecíamos todos nosotros, los tímidos. Los campeones del titubeo. *Marie Claire Marie Claire un panti para cada mujer.* Nos parecía un suplicio hablar en público y terminar nuestras frases, peor que si nos desollasen, nos ruborizábamos con cierta facilidad y si alguien nos llevaba la contraria en una discusión nos azorábamos, cambiábamos de bando de inmediato y nos poníamos de parte del contrincante, sí sí sí, cuánta razón llevas, estoy de acuerdo contigo, solo por ahorrarnos el mal trago de un enfrentamiento.

Si alguien nos confortaba diciéndonos: «No te preocupes por nada», nosotros lo interpretábamos como: «Preocúpate por todo». Y echábamos a correr.

Hace unas cuantas navidades, mi segundo mejor amigo de la adolescencia se vio involucrado en un percance. Un policía le dio el alto por la calle cuando sospechó de él, al verle dando tumbos de borracho y con las pupilas dilatadas. Se había olvidado el dni en casa y no pudo identificarse, lo siento mucho, señor agente. Le cacheó en busca de alguna sustancia prohibida.

–Haga el favor de acompañarme.

Se lo llevó detenido a la comisaría. No sirvió de nada que por el camino mi segundo mejor amigo protestase en tono conciliador que no era eso, señor agente, es todo un malentendido, ya lo verá, se va a reír cuando se lo aclare, no estoy borracho ni drogado ni nada, se lo juro, hay una explicación sencillísima.

A ver cómo se lo cuento, me da un poco de vergüenza. Vamos allá. Que lo que pasaba era que hoy se estaba probando lentillas por primera vez en su vida, dijo mi segundo mejor amigo. Que el oculista se las puso y le aconsejó que se diera un paseo corto por el barrio, para irse aclimatando a ellas poco a poco, poco a poco, ¿comprende usted, señor policía?, ¡poco a poco!, y que no veía bien. Podía distinguir bultos y cosas y nada más. Que tenía que volver en seguida a la óptica para sacarse aquella intromisión en el

ojo, aquel picor incipiente, como arenilla triste, que empezaba a removerse y a provocar un escozor de cebolla, incluso a quemar en el iris, parecía el chorro ardiente de un limón exprimido.

Que él no sabía cómo había que quitárselas, por eso necesitaba la ayuda profesional del oculista, ¿comprende usted?, para desprenderse de las lentes de contacto. Ellos conocen el modo de manipular nuestros ojos sin dañarlos. Era su primera vez, su debut podríamos decir, tenía gracia. Estamos en Navidad, hágase cargo, señor policía. Que no podía llevar las microlentillas puestas más de una hora seguida, eso advirtió el oculista, corría el riesgo de que se le pegaran e infectaran, podía ser peligroso.

–Ya, ya. Espere su turno aquí.

Mi segundo mejor amigo relataría varias veces, en reuniones sociales, paseos en barca, pícnics junto al río y excursiones a caballo, la misma historia, repetida con obstinación y sin apenas variaciones en sus detalles: que lo retuvieron durante toda la tarde en un calabozo de tránsito, entre manchas desenfocadas de yonquis y fulanas que desafinaban villancicos, *Noche de paz, noche de amor*, pelos cardados y crestas punk, e incluso un monje tibetano con su túnica azafrán, para darle un escarmiento o, quién sabe, por mera diversión. Le parecía arriesgado pedirle a aquella gente que le hurgaran las pupilas con sus dedazos llenos de microbios o saliva o lo que fuese, no se atrevió a tanto. A cualquiera puede ocurrirnos, incluso al monje tibetano. El tiempo no pasaba, o quizá sucedía que ser asiático era una de las posibles formas de la lentitud.

Las tardes en la comisaría suelen ser aburridas. Las paredes pintadas de yodo deprimen el ánimo, contribuyen al descreimiento y fomentan el ateísmo. Pósters con la foto de los delincuentes más buscados, jetas brutales de narcotraficantes, mafiosos, pirómanos, ladrones de tumbas, pederastas y terroristas. Gente en su peor hora, cazados en actos de canibalismo y necrofilia.

De banda sonora mi segundo mejor amigo distinguía, eso contó, el percutir de samba del carro de las máquinas de escribir, con su ritmo voluble de granizada o tartamudeo, mientras roían denuncias y huellas dactilares, pase el siguiente.

A veces se escuchaba el calambre de un timbrazo, o un silencio prolongado más de la cuenta (¿qué estarán haciendo ahí dentro?), o el llanto de un bebé (¿hay bebés encarcelados? ¿Es legal eso?), o la calma extraterrestre de una rubia platino a la que habían robado el bolso de un tirón en la boca del metro con toda su documentación y el dinero para regalos, menuda pifia, llevaba el dinero en un sobre, la rubia platino ya ni lloraba, qué voy a hacer yo ahora, los patines de mis hijos, en un sobre, aquí dentro, cómo saldré adelante, qué asco de país, lo he perdido todo, encima mi marido cuando se entere, esto es mi ruina, en un sobre, los patines de mis hijos, aquí dentro, me va a matar, esta vez sí, aquí termina todo. Y recitaba aquella

retahíla de carrerilla, tranquila, sin una lágrima.

Hubo un cambio de turno entre el personal. Se fueron los antiguos agentes y entraron policías de refresco. Uno de ellos mostró a su compañero una piña de tamaño considerable y la guardó en un cajón del fichero con expresión paternalista. Alguien, en un rincón, hacía gimnasia sueca. Otro, según todos los indicios, rezaba: una larga plegaria sin comienzo ni final, una melopea donde se repetían nombres de santos y mártires, ánimas del purgatorio, propósitos de enmienda y golpes de pecho.

Mi segundo mejor amigo cada vez se sentía peor, con sinusitis, su jaqueca iba en aumento. Notaba que un alien le succionaba las órbitas oculares, podía sentir cómo hervían las lentillas en una salsa cítrica.

Tras una eternidad le permitieron hacer una llamada, una sola; ciego de escozor, se precipitó sobre el teléfono de disco y marcó de memoria el número de su casa, para que su padre viniese a la comisaría, certificara su identidad y le sacase de allí cuanto antes. Estaba rabioso, no podía más de irritación.

–Date prisa, papá, te lo suplico.

A esas alturas, sus ojos eran dos fósforos chamuscados. Tenía pimienta en los párpados y electricidad en las pestañas. Le parecía haberse zambullido en un tanque de buceo de agua contaminada; veía borroso, leía jorobas y deformidades, oía un canto en un idioma desconocido. Un retardo, un acople, un pitido en el tímpano. Los sonidos y las conversaciones le llegaban filtrados a través de ondas, burbujas, sombras de cloro. Por todas partes había asas de taza flotando. Olía a ternera asada. Al fondo, un pozo blanco.

Apenas distinguía un puré de frases y monólogos entremezclados: «Cinco días. Eso es todo lo que te estoy pidiendo: ni más más ni más menos: cinco días». «A María le encanta el pescado; pero las setas, ¡eso es locura!». «Tú siempre con tus cosas, Alfredo, eres de lo que no hay». «Tanto maquillaje es vulgar, si lo sabré yo, te hablo como *esthéticienne* diplomada». «Eso es lo que no soporto, que venga nadie a mi casa a tocarme las cosas. Sobre todo la fuente. Llega alguien y me descoloca la fuente. Pues no señor. Deja la fuente en paz. A santo de qué tienes que tocarla. ¿Voy yo a tu casa a tocarte tus cosas? Pues entonces». «Le diagnosticaron un lupus y ahora qué». «París es mejor con niebla».

Las fulanas y los yonquis se despidieron de él al salir con una palmada en el hombro; a mi segundo mejor amigo le dejaron para el final. A su alrededor, entradas y partidas, llamadas y traslados, porque incluso los calabozos disponen de un siguiente calabozo más hondo y secreto.

¿Le obligarían a desnudarse, le explorarían el recto con un dedo enguantado? Entre brumas imaginó que el monje tibetano estiraba los brazos imitando al Cristo de Corcovado, le miraba con sorna desde su altura, antes de darle la espalda y desaparecer en dirección a sus mantras y sus gongs de

meditación y nirvana. La puerta se cerró tras él.

A esas horas la gente corriente estaría empezando a servir la cena, o a consumirla, o a retirar los platos y cubiertos del mantel, o a hacer los preparativos para congelar cantidades exageradas de manjares destinados a producir acidez estomacal a lo largo de los próximos días, o semanas, bandejas de embutido, pinzas de marisco, huevas de esturión, pavo relleno de ciruelas y bacon, lubina en escabeche gratinada al horno, figuritas de mazapán en forma de cisne, turrón del duro y del blando, un brindis y parecía que viviríamos siempre, para toda la eternidad, frente a la chimenea encendida de leños ceceantes, de cuya repisa colgaban bastones de caramelo, surtidores de cava con su alegre taponazo que lanza hacia las estrellas entre vítores una salva de espuma que la mala suerte quiere que vaya a salpicarte precisamente a ti en pleno ojo, también es puntería.

Una brecha entre dos soles: su casa. ¿Dónde quedaba la casa de mi segundo mejor amigo? A millones de kilómetros de distancia, en una galaxia remota. Cuánto echaría de menos su dulzura. Con su luz hecha de tiempo, sus armarios empotrados con todo ordenadito, su lámpara de lava –suaves formas celulares de movimientos lisérgicos– y en la mesilla de noche aquella novela interrumpida en la página 260 que lucía en la cubierta el dibujo de un tiburón flechado hacia una bañista.

Por alguna razón sin especificar el padre de mi segundo mejor amigo se presentó en la comisaría ataviado con un poncho andino.

Él nunca había visto a su padre ataviado con un poncho andino y le extrañó, de modo que –aunque el padre nunca reconoció haber vestido esa prenda; al contrario: negó los hechos– su rescate nació bajo un signo inesperado.

Cuando cumplimentaron toda la batería de firmas y chanzas –llevó su tiempo– y mi segundo mejor amigo obtuvo el permiso para salir libre con una multa («falta leve por alteración del orden») al viento helado de la calle y al sueño invernal de los polvorones y mantecados, todo oscuro, sin ver nada, a tientas, del brazo de su padre, cuidado con ese bolardo, era de noche y la óptica ya había cerrado sus puertas, con la persiana metálica bajada.

Se acabó. Ni rastro de actividad, el callejón sin salida, un gato a lo lejos, al pie de una cabina telefónica, miau. ¿Voy a quedarme ciego?

Mi segundo mejor amigo de la adolescencia no podía más, le pitaban los oídos y se notaba cada vez más existencialista. Combate pugilístico en su cabeza: un puñetazo de boxeador y otro y otro y otro. El gato encendió un puro y empezó a fumarlo despacio, expulsando voluptuosas bocanadas de humo por el hocico; sostenía el puro entre dos patas calientes y entrecerraba los ojos de placer.

El dolor se le había extendido hasta las raíces del pelo y le palpitaban las muelas del juicio, contaba mi segundo mejor amigo a la menor ocasión, siempre que podía, con obstinación y sin apenas variaciones, en

reuniones sociales, paseos en barca, pícnics junto al río y excursiones a caballo. Tenía sabor a sangre en las encías, un sabor antiguo, como a caldo de berberechos.

Un inciso. Congela este fotograma. No importa que los personajes oscilen un poco a causa del temblorcillo de la imagen detenida.

Al llegar a este punto de la historia, conviene hacer una pausa. El respiro suficiente para que alguien de nuestro grupo de senderismo interrumpa a mi segundo mejor amigo para preguntarle por qué no había recurrido a los servicios médicos de la Casa de Socorro si tanto lo necesitaba, era lo más sensato, no lo entendíamos.

–Tu historia está llena de agujeros –acusó ese alguien.

Mi segundo mejor amigo se quedaba unos segundos perplejo y sin respuesta. Su padre tampoco hablaba. Los dos dudaban, incómodos, evitaban mirarse entre ellos y desviaban la vista hacia algún lugar misterioso del horizonte o aprovechaban para vaciar sus cantimploras, qué sed. Carraspeaban. Parecían querer ocultarnos algo y esto nos hacía sospechar. ¿No sería todo un montaje? ¿Y con qué propósito? La respuesta quedaba en suspenso, a mitad de pícnic, en la tarde tibia de finales de mayo o principios de junio, enredada y flotante entre las copas más altas de los pinos piñoneros.

–No es tan sencillo como parece, sin embargo, ese es un tema que… –mascullaba mi segundo mejor amigo mediante un susurro apenas audible, en aquel tiempo en que todavía éramos tímidos, nos costaba terminar las frases y nos ruborizábamos con cierta facilidad. Había vallas publicitarias y anuncios en televisión consagrados a nosotros, los tímidos. Nos representaba un actor en la inopia –gafas redondas, coderas– que era el hombre de la tónica.

Ah, la timidez. Por fin vamos llegando. ¡Si al menos se pudiera operar y extirpar, como las amígdalas o el duodeno! Qué alivio sentiría uno, liberado del peso de ese órgano improductivo que solo genera trastornos.

Veamos qué ocurre el día en que pretendes declararle tu amor a alguien, llamémosla Jelen, después de muchas dudas y noches de insomnio, qué pasará ese día, pregunto, durante la cena imperial iluminada con velas, la atmósfera propicia en un barco-restaurante anclado en el puerto, el acuario lleno de ranas, la música apropiada para tan alta ocasión, ahora o nunca, todo perfecto y Jelen.

Incluso habías planeado, tú, Erizo, si nada se estropeaba –¿qué podía salir mal?–, acompañarla hasta su casa después de la cena, visualizas por anticipado ese paseo nocturno, íntimo, voz del río, ojos del puente, dedos del viento, ella y yo, llamémosla Jelen, los dos solos, qué momento, la hora de las confidencias.

Ella se llevaría la mano a la cara, se apartaría el pelo de los labios, habría luna, pulseras, canciones a lo lejos, cierta sensación de irrealidad pero era una irrealidad buena, que no sangraba.

Aún no hemos llegado allí, no corras tanto, Erizo, todavía estamos

en el barco-restaurante, rebobina, date prisa, conviene decir algo.

Carraspeas, te aclaras la garganta, dispuesto.

Entonces, cuando estás a punto de superar tu azoramiento y reunir el coraje suficiente para confesarle lo que sientes a la cara de la persona amada, llamémosla Jelen, justo en ese instante te muerdes la lengua al masticar y el dolor que te traspasa es tan agudo e insolente que ya no puedes proseguir, ni terminar tu confesión, que ya no viene a cuento, ni nada; pierdes las ganas, te abandona el valor y renuncias. No terminas tu frase.

La carne interna de la mejilla te arde, parece cartón caliente, sientes cómo se inflama tu lengua en la cavidad aborigen de la boca. Masticas aire.

En ese momento Jelen está contando algo alegre y divertido sobre las vacaciones de verano, si es preferible la playa o la montaña.

A ti te recorre un deseo de gritar o de encerrarte en el baño, primero lo uno y después lo otro. En lugar de eso, asientes allí plantado, hierático, definitivamente soltero, muerto por dentro, sin perder la compostura, mientras notas cómo dentro de tus zapatos envejecen los dedos de tus pies, uña por uña, tú a lo tuyo, Erizo, sigue ensartando con tus palillos una pequeña tira de pescado crudo, eso es, muy bien, que a continuación aderezas en salsa de soja con wasabi.

Playa o montaña. En aquel momento no te venía bien ponerte a discutir, con todas aquellas ranas observándote desde el acuario.

Quieto, paralizado de amor. Su pelo. Sus ojos. Su frente. Sus manos. Su lunar junto a la boca, por qué. Su aliento. Sus gestos. El perfume de sus brazos. Su voz. Su media sonrisa y no. Cómo me duele. Allí enfrente, todo junto, llamémosla Jelen, acumulado a la vez. Demasiado. Mejor otro día, piensas. Pero ya no habrá otro día.

He olvidado los detalles sobre cómo mi segundo mejor amigo de la adolescencia se las ingenió para conseguir las señas del domicilio particular del oculista, calculo que no debió de ser fácil. Requeriría llamadas, gestiones diplomáticas, movilizaciones de amigos de amigos, capacidad de improvisación y astucia, quizá la ayuda extra de mi primer mejor amigo, que siempre estaba ahí cuando se le necesitaba.

Funcionó. Ocuparon un taxi los dos, uno de aquellos Seat 1430 negros con una franja roja horizontal, su padre con cuidado de no pillarse el faldón del poncho andino al cerrar la portezuela (¡y dale!, ¡que no vestía un poncho!), que los alejó del centro de la ciudad y los catapultó a través de un chaparrón de fotones por un laberinto de barrios oxidados y laboratorios químicos parduzcos debido a las restricciones eléctricas y al toque de queda y al cierre de fronteras, negocios en quiebra, se vende, se alquila, se traspasa.

El conductor, casi un niño de nuestra edad:

–Oiga, ¿les importa si recogemos de camino a otro pasajero? Es que tengo que parar porque si no…

No terminó su frase. Otro tímido. Volantazo y marcha atrás. El taxi

se detiene en un plaza en sombras, dos calles más adelante. La portezuela se abre y una oscuridad jadeante invade la cabina. Una mujer enorme cargada de bolsas se les echa encima como un desprendimiento de tierra, un alud, un cerro de mujer, hagan sitio, no empuje, me está usted clavando el, perdón, codo, haga el favor de, no me oprima, tranquilos, tranquilos, que no cunda el pánico, si será solo un momento, yo les agradezco su paciencia, que llegamos en seguida, ya estamos todos.

En marcha. Maquinaria pesada, rotondas y desviaciones, surtidores de diésel, radares de tráfico, rodamientos Ercilla, Gráficas Muñoz, por aquí, por allá, ¿dónde estamos?, no tengo ni idea, túneles de autolavado de plumaje multicolor, como guacamayos enormes, dársenas desiertas del intercambiador de autobuses con su resplandor endurecido de Gotham City, la fantasmagoría del extrarradio.

Todo aquello parecía haber sido arrojado, o vomitado con violencia, tras una gastroenteritis urbana: estos eran los restos imposibles de digerir para la ciudad, las toxinas excedentes, las sílabas del mal.

Salivazos de lluvia en el parabrisas. Cuatro gotas gordas. El taxista dio la vuelta a la cinta del radiocasete para que alguien pudiese seguir amando a alguien locamente. Al partir, un beso y una flor. Están clavadas dos cruces en el monte del Olvido.

Nadie hablaba, nadie lloraba tampoco, la giganta no pronunció ni media palabra, parecía haberse quedado dormida de inmediato, con la cabeza caída sobre el pecho; emitía un hipido nasal propio de un artículo de broma o del vapor chistoso del radiador de los dibujos animados.

Quedaban restos de nieve en algunas cornisas y piltrafas de adornos en los balcones, el taxímetro bombeaba su hemorragia de dinero hasta desbordar nuestro presupuesto, tralarí tralará, es ligero equipaje para tan largo viaje, entre unas cosas y otras pasaba de medianoche, qué va a ser de ti lejos de casa nena qué va a ser de ti. Oiga, ¿falta mucho para llegar? No se puede respirar, nos falta oxígeno, nos estamos ahogando. No, aquí es. Menos mal. Vamos, vamos.

Aquel taxi negro con su noche discográfica y su mujer avalancha desparramada sobre la tapicería.

En la mesa de enfrente del barco-restaurante había un hombre que cenaba solo. Alguien se le acercó por la espalda, le propinó un golpe en el cuello, a consecuencia del cual la cabeza se le volcó hacia delante, las gafas se le cayeron y se le mancharon de salsa mayonesa. Esto te recordó algo.

No sabes qué te pone más nervioso: si la posibilidad de que ella te rechace o la posibilidad de que ella te acepte.

–¿Me disculpas un momento? –preguntas.

Ella te dirá que sí, llamémosla Jelen, un poco sorprendida, con una inclinación de cabeza, y tú en ese momento te levantarás de la silla del barco-restaurante sin hacer ruido, muy muy muy despacio. Voy a alinear la servilleta

junto al plato cuadrado, que queden paralelos. Eso voy a hacer. Voy a alejarme de ella, llamémosla Jelen, a través de las redes de pesca, las anclas y los acuarios llenos de ranas que me observan, para acercarme a la caja registradora. Voy a pagar la cuenta sin que me vea Jelen, dejando en el platillo una propina subrepticia. Voy a recoger del guardarropa mi chaqueta verde musgo con coderas, gracias, de nada, voy a ponérmela con toda calma, alisando bien las mangas, así, lo estás haciendo todo fenomenal, Erizo, con extrema parsimonia, te felicito, nadie que en este momento te vigile podrá poner en duda tu cordura o acusarte de improvisación. Voy a dirigirme a la puerta de salida poco a poco, sin levantar sospechas, pegado a la pared, sin volver la vista atrás ni mirar a los camareros ni al maître con sus condecoraciones de almirante postizo, así, Erizo, muy bien, como un caballero acostumbrado a abandonar restaurantes en medio de la cena, nada que declarar, soy el hombre de la tónica.

¿Qué podía salir mal? Sin portazos, ni lo sueñes. Voy a hacer como que no me entero del extintor. Voy a largarme sin despedirme, dejándola allí sola en su mesa para dos, plantada y hermosa, llamémosla Jelen. En el fondo, reconócelo, tampoco te gustaba tanto. Voy a atravesar la pasarela que conecta el agua con la tierra firme. Voy cruzar la calle con cuidado respetando las señales de tráfico a propósito para no morir atropellado, eso es. Voy a alejarme de ella, echaré a andar en una especie de ensueño. Caminaré solo por las calles bullentes de animación, noche del sábado, cuerpos perfumados, dispuestos a seducir y a ser seducidos, ya sabes, nubes de polución, estatuas desnarigadas, niños portando en sus manos una extraña criatura verde o una caracola marina que hace sonido de tragaperras o una hucha del Domund.

No todo estaba perdido, al volver a casa podría escribirle una carta. Eso haría, nada más volver a casa le escribiría una carta justificando mi huida, querida Jelen te pido perdón por.

Tratas de hacerte el engañado, el decepcionado, el ofendido, el triste, pero no te sale. Tú estás bien. Has perdido una posible pareja y estás bien. Tranquilo. Lúcido. Inhumano.

Mírame, estoy caminando sonámbulo y no sangro, un pie tras otro, llegaré a casa temprano y me sentaré a oscuras frente a mi escritorio, ya estoy sentado, en vista de que no sangro encenderé y apagaré el interruptor del flexo, incontables veces, qué bien, aplastaré la palma de la mano contra la oreja para escuchar el hormigueo de la humanidad –saqueos, revoluciones– y así me quedaré, pasaré la noche en vela sin moverme de la silla, con la chaqueta puesta, verde musgo con coderas, el cuello alzado, toda la noche por delante, llamémosla Jelen, hasta el calambre muscular y el amanecer, en mi habitación sin ranas.

Yo no sangro. ¿Quién sangra?

No escribí aquella carta, ni ninguna otra.

No sé qué pensar de mí.

–Aquí es. Fin del trayecto.

El ensanche de un barrio nuevo, recién inaugurado. Olor a vaca. El retumbar ferroviario de un trueno. Montones de hierros tirados en el lodo, con marcas de rodadas que chupan las suelas de los zapatos de un ciego y de su padre, quienes van cojeando a tientas por los solares. Una zona de columpios hechos a base de cadenas y neumáticos. Obras de ampliación de la variante sur, disculpen las molestias.

Construcciones disciplinadas, una cuadrícula de bloques soviéticos de viviendas clónicas, perspectivas rectas y cámaras de videovigilancia en circuito cerrado. Esto es la realidad en crudo, sin más. Una planificación futurista y aerodinámica, señores, aquí no perdemos el tiempo con curvas. Nos gusta el diseño marcial y varonil, con verjas marcando el paso. Sector M, portal 8.

Timbrazos a deshoras, ladridos, más ladridos, escarbar de cerrojos y cadenas, se puede saber quién. Si es una broma no tiene gracia, menudos energúmenos. Depravados, vayan a molestar a otra parte, aquí vive gente honrada que mañana madruga. Ay de quiénes se atrevan a perturbar el descanso de los justos, pagarán las consecuencias con su hacienda y con su honor.

Sacaron de la cama al oculista. Hace su aparición en escena un hombre escaso, en pijama, todo despeinado, con la escolta de una esposa que chancletea por el recibidor, una máscara de crema blanca en la cara y un yorkshire terrier en brazos, anudándose el batín, asoma un poco el encaje negro del sostén, qué quieren, no son horas, a qué viene tanto escándalo, maleducados, han despertado a Sukucho que lleva todo el día lánguido con unas décimas de fiebre y en su estado Sukucho necesita descansar, descansar y descansar, estarán contentos, ¿cómo dicen?, ¿qué lentillas?, mejor pasen al salón a que les atienda.

Al final del pasillo, a mano derecha, el chorro vertical de un abeto iluminado, una cascada verde y amarilla, con reflejos de gasoil, engordada con sogas de espumillón y unicornios de colores.

Jingle Bells, Jingle Bells, jingle all the way, el nacimiento de corcho sobre un río de papel de plata, el buey y la mula a ambos lados del pesebre, los tres magos de Oriente con turbantes y coronas hartos de peregrinar sin rumbo tras el reguero de una estrella de metacrilato que jugaba al escondite con ellos. Ahora está, ahora no está. Brilla y se apaga.

En una mesita ratona, la batalla congelada de una partida de Stratego a medias, junto a una novela interrumpida en la página 65 que lucía en la cubierta, lo que son las casualidades, el dibujo de un tiburón flechado hacia una bañista.

–Ustedes dirán.

El oculista (Fleck era su nombre: acabo de acordarme) abrió el aparador de las bebidas mientras escuchaba este mismo relato en silencio, se

rascó los cañones de la barba de la mejilla, sonrió al llegar al episodio del gato que fumaba un puro al pie de una cabina telefónica, le hizo gracia, no pareció extrañarse.

Escogió una botella, desenroscó la tapa, la olfateó, sirvió dos dedales de vodka a sus visitantes, beban, beban, a estas horas un chispazo entona el cuerpo y aleja las preocupaciones, anima lo suyo, ya lo creo que sí, no era tonto el oculista Fleck, él bebió a morro de la botella, con su permiso.

Lo saboreó apreciativamente, masticándolo casi, aquel mejunje vasodilatador de procedencia eslava, ¿qué habrá sido de Dimitri?, se limpió la barbilla con la manga del pijama, leyó la composición de la etiqueta, meneó la cabeza canosa como pensando: qué cosas pasan.

Se desinfectó las manos con algodones durante un buen rato mientras tarareaba el estribillo de «Happy Together», se remangó y se dispuso a librarse cuanto antes de ese engorro que se interponía entre él y su almohada.

Ahora sí, con buen pulso y delicadeza, animado por el alcohol destilado, el oculista llamado Fleck le desincrustó de las córneas a mi segundo mejor amigo de la adolescencia aquellas sanguijuelas furiosas que le sorbían el humor vítreo, le aplicó un colirio de imidazolina que sacó del botiquín, una gota en cada ojo, y solo entonces mi segundo mejor amigo, derrengado en el tresillo de esa casa lejana del extrarradio, delante de su progenitor ataviado con un poncho andino (¿de verdad?, ¿todavía seguimos con eso?) y aquella pareja desteñida de ancianos que le vigilaban con un cruce entre aprensión navideña y collar de perro, la esposa con la cara pringosa de crema, estalló y pudo soltar toda su soledad y cólera.

Aliviado, empezó a plantearse si no habría sido víctima de un intento de secuestro o algo parecido. Le entró la risa nerviosa y durante un buen rato no pudo parar de reírse, era graciosísimo, ¡una piña en la comisaría!, ¡un monje budista!, menuda farsa, con convulsiones de estómago y arcadas, hasta caer rendido en la alfombra, entre toses y estornudos, se quedó allí inmóvil, acurrucado, ¿inconsciente?, dejadme todos en paz.

«Happy Together». Nunca perdonó al policía o falso policía ni olvidó el incidente, que le marcó para el resto de su existencia, así acabó de contar su odisea mi segundo mejor amigo una tarde de excursión entre los pinos.

Guardó silencio como quien dobla en cuatro una carta y la devuelve a su sobre, fue la última vez, ya no volvimos a vernos, se volvió reacio a la gente, desconfiaba de todo el mundo, salía de casa a escondidas en contadas ocasiones y evitaba nuestra compañía, la de los tímidos.

La vida tenía otros planes para nosotros y nos separó, llamémosla Jelen. Esto te lo cuento a ti, por ser tú, y a nadie más. Al fin liberado, solo entonces mi segundo mejor amigo de la adolescencia consiguió aflojar las mandíbulas, que sin darse cuenta llevaba atornilladas desde hacía horas.

Oh felicidad.

Dichosos los ojos

En todo arte, incluso en el de la ficción,
siempre hay alguien mirando.
Siri Hustvedt, *Una súplica para Eros*

¿Qué me falta a mí por ver? Si ya he visto la Gioconda en el Louvre iluminada por velas, los trigales aturdidos de Van Gogh en el momento de cabecear y rendirse bajo la majestuosidad del sol, el diván neurótico de Sigmund Freud encallado en su consultorio de la Berggasse 19 de Viena a la espera de pacientes, la cama enana de Rembrandt en forma de estuche con cortinas, las paredes desnudas del apartamento secreto de Ana Frank ocultas detrás de una librería falsa, los pasillos borrachos de moqueta del hotel Chelsea, la tumba alegre de Borges en el *Cimetière de Plainpalais de Ginebra con su lápida templaria, en pecaminosa vecindad con los restos de la prostituta Grisélidis Réal, los altos vasos facetados del balneario de Valparaíso, idénticos a los altos vasos facetados del balneario de Gstaad, un trozo del muro de Berlín empleado como pisapapeles en un despacho de inversores de Wall Street, la lluvia de ranas sobre Los Ángeles en la escena final de Magnolia, el robot Perseverance explorando el vacío rojizo de Marte y recogiendo con sus pinzas articuladas muestras de polvo, de pelo, de rocas, de sombras, quién sabe qué más, un agujero en el calcetín derecho del Papa al bajarse del papamóvil, las gafas espesas de pasta negra de Onetti en la mesilla junto a su cama de Avenida de América, de donde no se levantó en quince años, escoltado por un cenicero repleto, una botella de whisky de malta y una pila de novelas policíacas, el Partenón a través del ojo de una cerradura, la belleza sonámbula de las drag queens en la noche gelatinosa de Tokio con sus sonrisas de talco y acuarela, el guante largo hasta el codo de Gilda y su forma sensual de desprenderse de esa segunda piel, a pequeños tirones de pájaro, igual que si se deshojase, la huella del pintalabios en el último vaso de agua que bebió mi abuela Catalina en su lecho de muerte, la casa azul eléctrico de Frida Kahlo en Coyoacán con su jardín exótico y sus útiles de pintar, y unas calles más allá la casa húmeda de su vecino Trotski, árida como una oficina de telégrafos siberiana, el jardín descuidado con un gallinero al fondo en el que el viejo bolchevique se relajaba cebando a sus gallinas, pitas pitas, hasta que el piolet de Ramón Mercader le abrió la cabeza de un golpe, lo que no deja de ser paradójico si tenemos en cuenta que la muerte le sobrevino en forma de pico de gallina enorme.*

Si ya he visto una torre medieval, herida por la hiedra, al atardecer: un círculo de cuervos graznaba sobre sus almenas y en ese instante se oyó un disparo. La pierna artificial de mi segunda novia. Un melón cuadrado obtenido por modificación genética. Las cicatrices de Andy Warhol, después

de que Valerie Solanas le descerrajara tres tiros en The Factory. Una góndola negra con cortinas negras y lámparas portando un ataúd en las aguas sombrías del Cannaregio. Dos ajedrecistas húngaros impávidos, sumergidos en agua hasta la cintura, en los baños termales *de Lukács, Budapest, envueltos en el típico efluvio a huevo podrido debido a la alta concentración de sulfuro de hidrógeno. El número 221B de Baker Street adonde siguen llegando miles de cartas desde todos los lugares del mundo, con peticiones de auxilio, consejos o préstamos de dinero, dirigidas a nombre de Sherlock Holmes.*

El desnudo turbador de un maniquí con tacones altos, en medio de la soledad cromada de un escaparate nocturno.

Un acuario con peces exóticos dentro de la caja hueca de un televisor.

El mar en invierno, palmeras polvorientas sacudiendo sus crines, la larga capa de superhéroe de Superman usada como mantel en un pícnic, una calle peatonal de Praga tan larga y oscura y estrecha que se requiere de un semáforo para saber si tienes luz verde para internarte en ella o no, un orangután presidiendo un consejo de administración vestido con levita y chistera, a Papá Noel en la cola del paro (el trineo fuera, aparcado en la acera), los libros dedicados a mano por amigos escritores que han muerto suicidados, la butaca en la que me siento a esperar, sencillamente a esperar, viendo pasar el tiempo sin hacer nada, en el Country Club de Miraflores, en Lima, sobre esa luz, sobre esa infancia de Julius y su caserón con un ala para la servidumbre y el temblor por la hermana débil de corazón, que puede morir en cualquier momento, y de su mamá Susan que era linda.

He visto un año en que no hubo primavera y otro año en que solo hubo primavera.

Si ya he visto las piedras pintadas de Agustín Ibarrola en la Dehesa de Garoza, en Ávila, en donde el artista vasco se refugió asqueado de los patriotas con pasamontaña que quemaban libros y asesinaban niños de un tiro en la nuca, y allí creó al aire libre, sobre las rocas, entre las voces, trazos de colores primarios, manchas cromáticas usando como lienzo el campo entero, la lentitud de los pinares y hasta las nubes, aprovechando los descuidos de la naturaleza o tal vez desmintiéndola.

Si ya he visto, desde mi terraza, en el cielo nocturno, una familia de luces circulares moviéndose en racimo, alejándose y acercándose, ejecutando una especie de danza aérea, durante varias horas, incansables e hipnóticas. No eran aviones, ni tampoco estrellas fugaces, de modo que a mi yo materialista y racional no le queda más remedio que admitir que sí, que yo también los he avistado.

Si ya he visto cómo un coche, a pocos metros de mí, atropelló a una muchacha. El golpe, la conmoción, los gritos. El cuerpo de la muchacha tendido sobre un charco de sangre. Todas las pertenencias de su bolso dispersas por el asfalto, su teléfono móvil, sus llaves, sus pequeñas sandalias

plateadas.

Poco a poco la muchacha fue recuperando el conocimiento. Se tocaba la frente, se apartaba de los ojos grumos de sangre pegoteada y añicos de cristales.

Si ya he paseado por la playa gallega de Las Catedrales, en Ribadeo, sembrada de gigantescas formaciones rocosas allí plantadas como arcos de triunfo de la naturaleza, horadadas por cuevas, pozos de luz, calas donde se agita y patalea la vida innumerable de los infusorios. Lo más misterioso, con todo, es que cuando sube la marea quedan sumergidas y desaparecen de la vista bajo las aguas cantábricas, con su inmensa fatiga de olas. De noche no existen. Cada mañana las catedrales emergen de las profundidades, recientes, perfectamente reconstruidas.

Que sí, que sí, que ya he visto mi saldo bancario, las comisiones por todo, el calendario anual de impuestos, cómo no voy a verlo si toda mi vida adulta ha transcurrido entre crisis energéticas, una recesión económica tras otra (¿o era siempre la misma?), congelación de salarios, llamadas telefónicas al asesor fiscal para hacerle una consulta, ahora no puede ponerse, está reunido, ¿le importa llamarle más tarde?

Que sí, que sí, que sí, pero que no.

Si ya he visto el malecón de La Habana, con sus tambaleantes palacios, donde se arraciman jineteras y balseros adolescentes ansiosos por dejar atrás el paraíso castrista, jugándose la vida a bordo de cualquier embarcación precaria: cuatro tablones unidos con clavos oxidados y sogas viejas, o incluso un neumático con parches, cualquier cosa que sirva para surcar las aguas.

Si ya he visto los guerreros de terracota de Xi'an, ejército silencioso que marcha con disciplina hacia la nada.

Si ya he visto muertos, escaleras (y un muerto sentado en una escalera), flores, incendios, las lágrimas de Nuestro Señor crucificado en el sótano de un teatro de vanguardia. Judas Iscariote se ocupaba de venderte la entrada, cortarte la entrada y también se encargaba del guardarropa. Poncio Pilatos te señalaba tu asiento con una linterna. Durante una redada en los camerinos, a Jesucristo lo arrestaron con nueve gramos de cocaína; y no era el que más llevaba. Un apóstol sufrió un ataque de ansiedad. María Magdalena contrató al mejor abogado.

Una perra recién parida gimiendo por sus cachorros arrebatados, como si hubiese amor en el mundo, o algo.

Terribles tormentas de granizo sobre una piscina portátil. La mano lenta, anillada de pedruscos, de una enferma terminal conectada al respirador. Un piano en una sauna. Una puerta en medio del campo, entornada, dividiendo una nada de otra, no fuesen a confundirse. La palabra Silencio tatuada en una nalga. Las páginas en blanco de mi diario secreto. Los juguetes esparcidos por el suelo en la planta de oncología. La lápida de mi hermana en

el cementerio de la Almudena. Nada que decir, nada que objetar, ninguna queja. Lugares tristes en los que fui inmensamente feliz. El espectáculo vacío de una pared de cemento en la que hubo algo que no recuerdo, pero que espero descifrar algún día, cuando al fin empiece a ver.

Mi vida entre caníbales

Ensayábamos una obra de teatro teológico titulada *Los infortunios de la Virtud.* Todo era alegórico, recargadamente piadoso.

Vestidas con pesadas túnicas confeccionadas por nosotras mismas en una máquina de coser prestada a partir de cortinas viejas, sobre el escenario aparecían representadas en aparatosas mayúsculas la Pureza en conflicto contra la Tentación, rodeadas de columnas de cartón entre las que pululaban el Vicio, la Codicia, los Celos, la Bondad y, cómo no, en el clímax final, el Sacrificio tocado con una corona de purpurina.

Éramos un puñado de alumnas jóvenes, ocho o diez, el Club de las Amazonas. Las monjas accedieron a cedernos un sótano sin uso, deficiente de luz, con unos pocos trastos amontonados en un ángulo, macetas sin tierra, botes de pintura alineados contra la pared y unas cuantas brochas resecas o muy resecas.

Allí nos congregábamos para debatir todos los mediodías de tres a cinco, saltándonos las horas de estudio gracias a un permiso firmado por la directora, con nuestro disfraz de cortinas.

Nos pintábamos las caras con hollín: nuestra pintura de guerra. Fumábamos con encarnizamiento, pese a la prohibición. Defendíamos con ferocidad intransigente nuestros puntos de vista irreconciliables sobre *Los infortunios de la Virtud*, nos gritábamos, nos empujábamos, no cedíamos, ridiculizábamos las opiniones ajenas… El arte no era cosa de broma, era un sacerdocio, una brutalidad: algo que justificaba ese paréntesis entre dos muertes al que llamamos vida.

–¡La Forma determina el Contenido! Según Platón…

–No, no, no. De eso nada. Es justo lo contrario. ¡El Contenido prefigura la Forma!

–Pero la métrica…

Las palabras rebotaban contra el muro de hormigón. Cualquiera que hubiese escuchado las voces procedentes de aquel sótano intoxicado de humo, se habría preguntado de qué podían estar discutiendo aquel grupo de internas de un colegio religioso con semejante grado de violencia.

*

Nos lo tomábamos tan a pecho que pedimos prestada una cámara de vídeo para grabar los ensayos; por ahí deben de andar las cintas, custodiadas en algún almacén judicial; no imaginábamos que a la larga se convertirían en prueba acusatoria contra nosotras.

Pronto nos dimos cuenta de que había demasiados personajes en escena; era un caos bochornoso. Entre discusiones y peleas, decidimos simplificar el libreto, librándonos de la Templanza y de la Prudencia, que lo

único que hacían eran estorbar. Arrancamos las páginas y arrojamos al aire el confeti de sus trozos. Fundimos en un solo personaje a la Envidia y la Incompetencia, que para mí son lo mismo.

*

Durante cuatro tardes seguidas se presentó a ver los ensayos aquel señor insignificante, de lentes sin montura. Todas supusimos que era conocido o familia de alguna de las otras chicas, pero no. A ninguna se nos ocurrió preguntarle quién era, qué hacía aquí, qué quería.

Se sentaba en el rincón más apartado con las piernas cruzadas y el elástico de los calcetines flojo, los ojos medio guiñados, a punto de gimotear, haciendo ruidos de papel de caramelo, sin pronunciar palabra.

De repente, mirabas y ya no estaba. Quedaban, en su lugar, unos cuantos envoltorios esparcidos por el suelo. Meses después, cuando nos llevaron detenidas a todas en un furgón policial blindado para interrogarnos, supimos bien quién era semejante demonio de los caramelos. Más nos habría valido haber seguido en la inopia.

*

Una vez alguien me explicó cómo se amaestra una pulga. Se atrapa a la pulga, se la introduce en un tubo vertical, sobre el que se coloca una tapa. La pulga salta, siempre salta, para eso es pulga. Se golpea con la tapa. Poco a poco, a base de encontronazos, la pulga –que será pulga pero no tonta– va aprendiendo a medir su impulso para no chocarse contra la tapa.

Tras unos días de entrenamiento a base de saltos y golpes, y más saltos y más golpes, horas enteras, la pulga aprende por sí misma a calcular cuánto tiene que saltar para no golpearse. Se queda a unos milímetros de la tapa. Ya va entendiendo.

Cuando se retira la tapa del tubo, la pulga ya no se escapa. Podría, si quisiera, fugarse con toda facilidad; nada se lo impide; es libre. Sin embargo, durante esos días cruciales de sufrimiento, la pulga ya ha interiorizado la enseñanza de que conviene ajustar su salto a la medida precisa para no golpearse y ni siquiera rozarse con la tapa.

Pase lo que pase, ya nunca más, en su vida, la pulga saltará por encima de ese límite. Se quedará siempre un poco más corta. Toda su vida. Jamás se escapará. Y así es como se amaestran las pulgas.

*

La que más gritaba de nosotras solía ser Sacramento. Me sorprende no haberme fijado antes en ella. Esa distracción, creo, revela mucho de mi carácter. Sacramento fumaba y se desgañitaba y se marchaba gesticulando y

volvía sobre sus pasos con su cara de payasa manchada de hollín, el cuello estirado sobresaliendo por encima de la cortina desangelada, fea hasta decir basta. Su risa era cruel, medio artística.

El amor siempre me ataca con la guardia baja, mientras estoy distraída mirando una mota de polvo en la hoja de una planta o atragantándome con mi propia saliva, cuando se me va por el otro lado.

Pierdo el apetito. Me veo mirando una palmera de chocolate en la amplitud del comedor apuntalado por anchos haces de sol, que hacían las veces de vigas, en medio de mi soledad de tira cómica.

La belleza no es una fuerza inocente ni agradable, sino perturbadora e hiriente. Cuando la belleza te ha tocado de verdad, ¿cómo podemos seguir tolerando el mundo? ¿Cómo podemos continuar viviendo como si nada? ¿Con qué derecho?

Esa era la pregunta que yo me hacía, en el comedor casi desierto, mientras miraba derretirse mi palmera de chocolate.

*

Nunca he sabido tener pelo, ni uñas, ni caderas. Mi vida es una colección de accidentes, sin la menor relación unos con otros. No sé qué esperaba yo de aquellos ensayos de *Los infortunios de la Virtud,* el imposible de un milagro, una cirugía, que la lluvia no me mojase, el poder de respirar debajo del agua o que los árboles estirasen sus hojas hacia abajo, tierra adentro, hasta envolver el corazón del cuarzo.

Y me comparo con otras, sí, me comparo mucho, me comparo todo el tiempo. Yo no quepo en mi vida.

*

Sacramento propuso, entre otros rituales bárbaros, inyectarnos en el escenario, frente al público, el suero de la verdad.

Yo apoyé su propuesta, con exceso de entusiasmo, me temo, pese al terror que me infundía la posibilidad de quedarme expuesta delante de todo el mundo, sin escudo, con la verdad en los labios. A merced de aquella sustancia opalina, repartida en ampollas, de aspecto inofensivo, incluso alegre, lo cual me daba más miedo y agravaba mis pesadillas.

*

No sé qué ocurrió con *Los infortunios de la Virtud,* algo falla, se tuerce, de repente la actriz que interpreta Amor sufre un desvanecimiento en escena. Se queda blanca, inconsciente, no reacciona. Algo que le sentaría mal.

Amor lo pasa fatal, entre sudorosos retorcimientos. Su indisposición obliga a suspender ensayos, plantear sustituciones y desprogramar todo el

calendario de estrenos. Llega a oídos de la directora la indisciplina del sótano. Tiene sus informadores. Una de nosotras nos traicionó, nos vendió a cambio de algo.

*

Yo flaqueé. Sacramento flaqueó. Todas nosotras flaqueamos. Coincide con la época de exámenes y nuestras prioridades cambian. El Club de las Amazonas entra en declive y se deshace solo, sin necesidad de que nadie lo remate. Nos precintan el local de ensayo. Todo queda en el aire, sin concretarse, hasta que se aplaque por completo aquella diarrea de amor.

*

La vida es así, viene y va, sube y baja, entra y sale. Ya sé que puedo ser cualquier cosa que desee: un lápiz, una ciudad o este silencio. Poco a poco nos vamos vaciando, cada vez menos posesiones, más solas, de manera que al final no tienes nada, absolutamente nada, pero tienes el cuento.

Ni siquiera monstruos

a Andrés, Erika y Telmo

En otra foto salgo con la mirada perdida, allá a lo lejos. Distingo un ruido de motores, frenazos, politonos de móviles. Un perro blanco cruza la calle negra como un montón de lana o sueño o periódicos. Aquí dentro: noticias de actualidad, teletipos de última hora, y en medio de todo este nerviosismo, bang, salta la imagen de un niño. Hoy.

Es un niño soldado, africano, de unos siete u ocho años, no más, que posa vestido con uniforme de guerrillero, pantalones de camuflaje que le quedan anchísimos y se le escurren, boina ladeada, botas marciales, con actitud desafiante ante la cámara, ¿y tú quién te crees que eres?, un cigarrillo colgado del labio, va armado con un lanzallamas casi más grande que él, dispuesto a quemarlo todo, a arrasar con todo: la aldea, la escuela, su familia, el planeta entero, la República de Kubeï, un tenedor que ha llegado hasta sus pies, empujado por el río.

Sus ojos, sin embargo, y es lo terrible de la instantánea, siguen siendo inocentes, de una pureza sedosa.

Oh boy.

Mientras su cuerpo asesina, sus ojos siguen jugando con muñecos y peonzas. Da miedo, no por lo que pueda hacer, sino por lo que antes le han hecho a él. Para que este chaval sea capaz de matar, han tenido que matarle a él primero. Estrujarle el corazón. Extirparle la sonrisa. Desviarle el curso de la sangre y colocarle, en su lugar, una bolita de plomo.

Es el mundo en que vivimos. Hoy. Siete u ocho años. República de Kubeï. No hay otro.

Quemarlo todo. Y después sentarse a fumar un cigarrillo, dos cigarrillos, ¿quieres uno?, con toda parsimonia, sobre los escombros calientes de Buckingham Palace o del Vaticano.

Tal vez sin pretenderlo, el fotógrafo que disparó esa instantánea ha puesto precio a la cabeza de un crío. ¿Podrá dormir tranquilo? Alrededor de su cuello ha dibujado un collar de ceniza, un círculo rojo de remordimiento satinado y World Press Photo.

Esa imagen es una sentencia segura. No tardarán en salir de cacería humana a por él. Los de un bando o los del otro, los dos son igual de bestias.

Un trofeo para el despacho. El miedo tiene una ventaja sobre el valor: que siempre es sincero.

Detroit. Hoy toca hablar de Detroit, acordarse de Detroit, en el estado de Michigan. Detroit está en bancarrota. Es una ciudad fantasma, un urbanismo de huecos, en el que apenas vive nadie, aparte de unas cuantas hordas de policías sin control, asolada por los chillidos de ratas. Las calles son

túneles de una mina de carbón a cielo abierto, el Chernóbil del capitalismo.

El gobierno, si te instalas en aquel vertedero de almas, te regala una casa. Cuatro paredes ruinosas, imagino, un charco tóxico de césped, todo roto, negro, traumatizado. Cochambre por todas partes. Cañerías retorcidas. Un tablero de ajedrez, con agujeros de bala, empotrado entre las dos gruesas ramas de un árbol en forma de tirachinas gigante.

En el aire flotan centenares de plumas diminutas, parece un exterminio de aves a gran escala. Puedes respirar en Detroit todo el oxígeno que desees, eso sí, sin restricciones. El gobierno te permite atascarte los pulmones con todas aquellas plumas.

En Detroit llueven gallinas.

Detroit no es una metáfora, sino una realidad palpable. Algo que suda y sangra y vomita, acurrucado en un portal, con tiritona y una aguja clavada en el antebrazo. Quizá un destino, una posibilidad, una sobredosis del mundo moderno o un lugar de vacaciones ideal para enfermos terminales o desempleados de larga duración, véngase usted una temporada a Detroit y tráigase a su familia, todos los gastos pagados, ya verá qué genial, nosotros le invitamos.

¿Nosotros? ¿Quiénes somos nosotros?

Nosotros, ya sabe usted, la Marca, la única que existe, para la que todos trabajamos de un modo u otro. Usted y yo, por ejemplo. Todos somos parte del negocio. Marca Única. Las nuevas religiones son tan fanáticas como las antiguas, pero con conexión a internet.

Por lo demás, en Detroit la metáfora no existe, todo es atrozmente literal.

Un tren. Acaba de pasar un tren, arrastrado por un largo y agónico silbido. Noto la onda vibratoria que sube por los testículos, hasta mis sienes, coquetea con la tapa de la tetera, con las hojas del té ya tibias, la carpeta con mis anotaciones, recortes de periódicos, informes médicos, dibujos y mensajes enviados por mis hijos desde tan lejos, ahora en otro continente, con su caligrafía oronda de colorear monstruos y flores.

Llevamos separados más de dos años. Una barrera de hostilidad me impide visitarlos. Mis hijos hablan mucho de monstruos, de cómo son los monstruos, daddy, de si los monstruos planean atacarnos o no, daddy, y cuándo, con sus naves espaciales y sus caras que lanzan por los ojos rayos de pasta de dientes.

Están en esa edad. Otras veces, de los globos oculares de los monstruos brotan patas de crustáceo terminadas en pinzas que manejan peines, lápices y pinceles.

Su nueva casa les gusta, dicen mis hijos, porque desde un rincón del piso de arriba pueden atisbar un triángulo de arena en el que hacen caca los perros, y eso les entusiasma a mis hijos.

Que un perro haga caca en la vía pública, a la vista de todos, eso es

algo fabuloso.

Ellos dos solos se han inventado un personaje, que se llama Tom Fato, con superpoderes para volar y atravesar paredes y respirar bajo el agua.

Su enemigo mortal, que no necesita lavarse nunca los dientes, se llama Rob Tuna.

Las peleas entre Tom Fato y Rob Tuna con espadas láser por los tejados ocupan la mayor parte de la carta. Y al final, en letra casi ilegible, me cuentan que mi exmujer va a casarse de nuevo.

Eso dice su carta. Ellos tendrán pronto –o tienen ya, no estoy seguro– un nuevo daddy. Two Daddies. Un padre duplicado. El otro Erizo y tú. No me lo esperaba, soy reportero gráfico, cazador de fotos, carezco de perseverancia para inventar en serio.

Ni siquiera monstruos.

Detroit y yo. Tan parecidos. Una foto. Demasiado reales, diría. Existimos aquí y ahora, en este punto concreto del universo. Desde el espacio un dron nos podría fotografiar, retransmitirnos en directo a cualquier rincón del globo. Todos estamos en todos lados, ahora, sin necesidad de movernos de nuestra silla; milagros del yo tecnológico. Todos estamos en parte tristes, en parte alegres, en parte sobrios. Otra foto. Y otra más. Esta es mi colección:

Un avión desovando bombas.

Un bebé dormido encima de un neumático en un campo de amapolas.

Una pareja discute en el interior de un coche aparcado.

Estatuas gigantes de Buda en medio de la selva en llamas.

Una muchacha bellísima justo debajo del rótulo de una tienda de ropa que dice: *Venus.*

En Kazajistán, dos menores de edad arrestados por conducción temeraria: una policía se los lleva esposados.

Un féretro lleno de estrellas de mar.

Cientos de rostros, de manos, de eyaculaciones, de historias, una orla humana que se expande y palpita, con su cenefa de espuma sucia, hasta desbordarse.

Una calle de Bangladesh con bicicletas y mariposas.

La posibilidad de ser feliz o desgraciado de repente, a cualquier hora, en cualquier sitio, sin razones, la voluntad del trigo, la soledad de la viuda, los ojos cerrados del muerto con una moneda en cada párpado, sus zapatos de muerto colocados con todo cuidado encima del ataúd.

Alguien (pero ¿quién?) tuvo la deferencia de abrillantarlos hasta el mareo, se tomó la molestia de anudar los cordones en lazadas virtuosas, medir la distancia exacta desde las punteras hasta los bordes del féretro (¿con una cinta métrica?), para que quedasen perfectos, todo tan calculado que casi entraban ganas de gritar.

Y allí quedó expuesta, en el centro de la capilla ardiente, entre

gimoteos de plañideras, aquella obra maestra de la ciencia funeraria: los zapatos de un hombre muerto encima de su ataúd.

Un titular: las autoridades chinas han decretado de manera oficial que los baños públicos de Pekín no podrán tener más de dos moscas.

Hasta dos moscas es legal. Una más, y a partir de ahí se extiende el territorio convulso de la ilegalidad, los sobornos, las delaciones, el crimen.

Raro.

Se enciende. Se apaga. Se enciende. Se apaga. Así, durante cerca de media hora, o más. Vaya, los vecinos de enfrente deben de estar practicando (se enciende) alguna clase de juego (¿erótico?) con los interruptores de la luz que (se) desconozco (apaga).

Se enciende.

En el colegio, una vez, a los once o doce años, me hicieron repetir curso, porque dijeron que mi edad adelantaba a la de mi clase. Adelantado, yo.

Lo dijo el supervisor enviado por el ministerio de Educación y Ciencia, un funcionario calvo, con gafas de miopía de pasta y media sonrisa manchada de café con leche, traje de pana de bolsillos abultados, pantalón teja, semibarba semisucia, labios libidinosos, después de inspectorear un rato mi expediente y merodear por allí, olfateándolo todo, abriendo y cerrando archivadores, como un lobo pálido.

Nada más verlo, tuve un mal pálpito.

Se seca el sudor de la frente con un pañuelo tímido, encoge un hombro, se rasca una rótula (la derecha, si mal no recuerdo) y a continuación no cede. Se mantiene firme, rocoso, anacreóntico, tras negarse a firmar aquel acta: no y no. Yo no. No firmo eso. Que no. Yo no dicto las leyes, sino que me limito a cumplirlas: las leyes me dictan a mí. No es culpa mía, ni de nadie, el marco legal es el marco legal y uno no puede saltárselo. ¿Cómo podríamos vivir en un mundo sin marco legal, quiere explicármelo usted? Yo no podría, ni nadie.

Pañuelo secasudores. Fija en mí sus ojos de color ladrillo. Aparta el papel con asco. No es nada personal, no me juzga él, que es un simple delegado, sino la Educación y la Ciencia.

Tampoco era una metáfora, claro. La Educación y la Ciencia me apuntaron con sus índices majestuosos y dictaron su sentencia: tú no.

Flotaba en el aire una sensación ambigua, no supe identificarla. Se confirmó mi mal pálpito. El cosmos giró y me dio la espalda, dejándome abandonado en aquella esquina precisa. El supervisor me dio, al salir, un cachete místico en la mejilla, de falsa complicidad, y eso fue lo peor de todo. Lo más humillante. Un paso atrás. Una mancha en mi expediente. La huella inoportuna de un pulgar en la tarta de cumpleaños.

Conclusión: repito curso.

(Se apaga).

Hubo, pues, que retrasar los relojes y volver al pasado, a la Edad Media, vivir o revivir de nuevo lo que ya había vivido o casi vivido antes. Me obligaron a camuflarme de repetidor para aprobar de nuevo un curso que ya tenía aprobado. Entré en la noria de las repeticiones, las duplicidades y los simulacros.

Otra foto.

Aburridísimo, entre alumnos desconocidos que confundían mi nombre y me llamaban Eric, Fido o tú, ese de ahí.

Ni me molestaba en corregirlos, llámame como quieras. Lejos de mis amigos de la ruta escolar, a los que tuve que renunciar a la fuerza, separarme de ellos y no volví a ver, solo de lejos, de vez en cuando, en el recreo, con pena y bocadillos, ya éramos otros.

En el aula: bostezos lacrimógenos, el tedio hecho migraña, los techos cada vez más bajos, los suelos cada vez más altos, hormigueo en las piernas, la misma solución al mismo problema de álgebra o religión, las sempiternas batallas perdidas o ganadas por los mismos reyezuelos borrosos a lomos de corceles con crines de óleo, cuánta monotonía, qué horror, el Tigris y el Éufrates siempre ahí, al acecho, la duplicación arbórea de las monocotiledóneas, el ácido desoxirribonucleico.

El mundo está lleno de raíz cuadrada y quebrados. Pizarras atiborradas de fórmulas que cobran vida, saltan de la pared y vuelan amenazadoras como guillotinas horizontales. Matemática con sed de sangre, cálculo diferencial, trigonometría, resuelve las siguientes ecuaciones por el método del producto nulo que se callen los del fondo.

Mientras tanto, fuera, en el patio, ocurrió algo: estalló la primavera. Floreció un almendro. Poco después otro almendro, contagiado, relajó con suavidad su puño y nos ofreció un guante blanco. Otros árboles le imitaron. Asisto al espectáculo asombroso de esa nevada inversa, fuera de temporada, en que las bolas de nieve brotan desde el interior de los cuerpos.

La pelota de baloncesto se quedó congelada en el aire, en la duda eterna de encestar o no en la canasta. Y allí sigue.

Quién sabe qué hubiese sido de mí si no hubiese repetido aquel curso. Ahora podría ser abogado. O politólogo. O cobrador del frac. O teniente coronel. O controlador aéreo. O jugador de curling, empeñado en barrer la pista de hielo. O escritor. O escritora con una mano biónica. O padecer agorafobia y estar soltero y sin hijos. Me perdí un montón de cosas, algunas interesantes y otras no tanto.

Siempre es así. Una nimiedad lo altera todo, un detalle del tamaño de un guisante es suficiente para mostrar las discontinuidades en el tejido de la realidad.

Algo chirría, un breve corte de luz, nada, una recolocación de las moléculas de ozono, una uña rota, un cambio de billetes de avión de última hora, un malentendido ridículo, una broma calamitosa a nuestro jefe en la que

no medimos las palabras (aquel martes nos levantamos pastosos), parece que no tiene importancia y sin embargo ahí comienza el primer peaje que nos conducirá, andando el tiempo, tras una larga cadena de tropezones, nuevos errores y falsificaciones de pruebas, a no levantar cabeza, a terminar empuñando una pistola en una sucursal bancaria con una media en la cara, publicando una novela o voceando kleenex en los semáforos.

A partir de cierto punto, todo es caída.

En los últimos tiempos ella y yo ni siquiera convivíamos, demasiada intimidad, vivíamos en casas separadas, disimulando por los niños, fingiendo que todo iba bien a pesar de que. No recuerdo de quién de los dos fue la idea.

Yo madrugaba para estar a la hora del desayuno, todos juntos en la mesa, abría de puntillas, me deslizaba por el pasillo, me desvestía a escondidas y me ponía la chaqueta del pijama para que pareciese que papá había pasado allí la noche con mamá, todos juntos bajo el mismo techo, ignoro si los niños llegaron a sospechar algo aunque lo más probable es que sí, los niños son observadores.

Su madre y yo desplegamos una amabilidad extrema, ¿te exprimo más zumo de pomelo?, ¿me pasas las tostadas?

Quizá habría sido preferible, no sé, un estallido de cólera, gritarnos todo a la cara, con insultos incluidos, hasta vaciarnos de odio, antes de aquella especie de pantomima post mortem. Éramos como Tom Fato y Rob Tuna, siempre a la defensiva, pero sin superpoderes y sin atacarnos por los tejados con espadas láser.

Todo va mal. En medio de la catástrofe, uno se levanta para enderezar un cuadrito colgado en la pared, que estaba ligerísimamente torcido. Tras lo cual, vuelve a tomar asiento.

Los niños nos miran, intrigados, con sus ojos de batido y sus pies de colacao. Adivinan que entre su madre y su padre algo no marcha. Todos estamos repeinados, incluso las sillas lo están. Desviamos la mirada hacia lugares de la cocina que no tienen nada interesante que ofrecernos: un rectángulo de aire.

Ella frunció su melena (¿se puede fruncir la melena?).

Una vida pequeña, sin sobresaltos, de cotizaciones sociales y arroz hervido con pollo, sostenida por la argamasa del ahorro y la moderación en las costumbres. Un destino previsible, de pasaporte sellado, de cuando en cuando un zarandeo interior, una señal de alarma, apenas un zumbido en las arterias, ¿hay alguien ahí?

Cuando los niños se iban al colegio, yo me desprendía de aquel disfraz de pijama y superhéroe invertido, me ponía mi ropa de paisano y me marchaba a llorar a otra parte.

Hasta la mañana siguiente.

Entonces me ofrecieron un encargo profesional, algo breve y africano, un viaje relámpago, ir y volver, poco esfuerzo y buena paga. Estuve

a punto de no aceptarlo. Sospeché algo turbio.

Cambié de opinión. Si te lo han ofrecido a ti, Erizo, pensé, será por algo. Me informé bien del destino: República de Kubeï, ni idea. Hice mis averiguaciones. La rutina de los viajes de trabajo, la acreditación en regla y la cartilla de vacunaciones al día.

En la consulta de la médico, me llama la atención todo este protocolo bien engrasado de entrega y extracción, papeleos, sellos y tubos de gomas al amanecer, nuestra sangre repartida como un pájaro rojo, todo este comercio casi clandestino de probetas de hemoglobina, dolor, enfermedad, ciencia y achaques.

Se bisbisea, se habla en susurros, aguardamos nuestro turno con educación y miedo, entre un hilo musical de toses y carraspeos. De fondo: la lucha contra el Maligno.

Durante algunas semanas no pasa nada, los días se escurren, formales y estridentes. Cuando de repente, una mañana… Te levantas de la cama y… No, no fue así. Cuéntalo bien. Lo intentaré, pero no prometo nada. Una noche, antes de acostarte, pasadas las doce… No, tampoco vale. Fue otra cosa distinta.

¿Cómo se cuenta un desvelo?

Lo que ocurre es que algo no funciona como es debido, eso es. Todas tus estrategias trabajosamente elaboradas, que durante tantos años te habían servido de coartada para ocultarte, para desconocerte, para no vivir, dejan de ser útiles, se desmoronan y te ves abocado a la intemperie de un mundo nuevo y rugiente, cuyas claves ignoras.

Avanzas a tientas. Te gustaría palpar las paredes, pero no hay paredes. Ha ocurrido una calamidad que desestabiliza el cuadro y raja los interruptores de la luz.

No eres tú, son los otros. Una mujer –la esposa de otro fotógrafo– se arranca el sostén frente a ti en una caseta de baño. Al mover los hombros sus pechos desnudos bailan a escasos centímetros de tu cara.

Te ofrece sus pechos tiernos, sus pezones insurgentes, se deja acariciar y besar por todo el cuerpo. Penetras esa otra carne que se abre y fluye y te responde y es como suero y campanas.

La fruta estalla en el paladar. El aire huele a tormenta y a listones de madera recién barnizada. El mundo es un pellizco en la nalga. El verano dura diez meses o medio segundo. Cuando queremos darnos cuenta, ya estamos vestidos de nuevo y hemos renegado de lo anterior. Estamos hablando solos, en una habitación vacía, a muchos kilómetros de tu casa, sin poder ver a tus hijos. Un escritor debe hacerse cargo de su propio relato. Tus padres en contra, tu pareja en contra, tus hijos en contra, tus amigos en contra, el Estado en contra.

Tom Fato contra Rob Tuna. Tú sigues adelante, no puedes hacer otra cosa. Has llegado a un punto de tu vida en el que no se trata ya de

realizarte, sino de desrealizarte. Aceptas ese trabajo. Vendes tu coche. Con el dinero que obtienes compras un billete de avión para la República de Kubeï.

Hay ciertas regiones de la mente a las que solo se puede acceder haciendo escala en el cuerpo. Necesitas un poema que te ilumine la boca.

Una noche en que le preparé la cena a mi hija de tres años, al servirle las patatas le advertí:

–Cuidado, no te quemes.

La niña se quedó mirando el plato de patatas y observó:

–El humo las ha puesto calientes.

Me pareció una inversión tan genial que no podía decirse mejor. Así quisiera yo mirar el mundo.

A veces lleva toda la vida encontrar una respuesta y, cuando al fin lo consigues, ya ha cambiado la pregunta.

No estoy loco, solo un poco acatarrado. Hace por lo menos quinientos trenes que estoy aquí, abandonado por Dios. Dios nos ha abandonado. ¿Alguien ha visto mis pantalones? Esos no, los otros. Bueno, ya aparecerán.

Yo, por si acaso, he dejado de fumar y de hacer fotos.

Estoy en un paréntesis laboral; ya veremos. *Cerrado por reformas.* No deseo multiplicar más muertes. No más humo en los pulmones, no más imágenes en el visor de mi cámara, eso se ha terminado.

Todo lo que se pone delante de mi objetivo se marchita y muere. Estoy cansado de sobornar a las mafias locales y demás puercos para enfocar caras difuntas y macetas que se degradan. Busco otro vicio al que aferrarme. El hambre de gozar no se me acaba nunca. No hay razón para dormir mal, lo sabes. Te repites que no es culpa tuya; que si no hubieses sido tú, otro te habría sustituido en aquel viaje a la República de Kubeï y habría apretado el disparador.

Un gesto tan simple. Una obscenidad tan perfecta.

Vendí el coche. Compré el billete de avión a la República de Kubeï. Me planté en la capital, Rivertown. Aprovechaste el momento, eso es todo. El instante decisivo, como dijo aquel otro. Cualquier aventurero habría hecho lo mismo en mi lugar. Era demasiado tentador.

El don de la oportunidad.

Una instantánea cegadora, de póster. Un trofeo para el despacho. Sin retoques, sin filtros, no hizo falta, la luz hermafrodita del desierto y el cielo de mercurio derramado sobre la cabeza de aquel chaval con lanzallamas, ahora o nunca.

Una foto y a casa, te mereces un respiro. Yo no maté a nadie, que conste, fueron las circunstancias.

Esa noche, en el único hotel abierto de Rivertown, por primera vez en mucho tiempo dormí bien, de un tirón, sin somníferos ni sueños, olvidado de todo, con el deber cumplido y las contraventanas abiertas.

Acunado por el zumbido robótico del ventilador del techo y el frescor malva del amanecer que ascendía en oleadas a través de la gasa del mosquitero y la sombra de una única palmera, un nuevo día, otro más, qué hambre de café y huevos fritos en aceite de oliva con su puntilla dorada, mojar el pan en la yema, la promesa de dinero fresco para pagar facturas y poder enviar a mis hijos a un campamento de verano, que también tienen derecho.

Aquella leyenda en la cabeza que decía que algunas noches las jirafas sedientas bajaban a beber del agua de la piscina de los complejos turísticos.

Una jirafa bebiendo en una piscina.

Ni siquiera sé de qué me acusan, o si me acusan de algo. No pueden probar nada. No hiciste nada malo, tú. No mentiste. No estafaste, como otros. No mataste a nadie. No comprometiste la integridad física ni mental de ningún crío. Si me apuras, desempeñaste bien tu trabajo, ¿ese fue tu delito? ¿Fue ese? ¿Cumplir tu vocación? Una foto y a casa.

No seamos hipócritas, por favor. Todos estamos manchados de la misma grasa culpable.

Por si acaso, salí pitando de allí. Un jeep me condujo al aeropuerto. Me gusta que el avión esté ya en la pista, preparado para lo que venga. Me gusta que sea grande, grande, grande. Todo lo grande es bueno.

El comandante y toda la tripulación les damos la bienvenida. Abróchense los cinturones, vamos a iniciar la maniobra de despegue. El ala del avión temblaba un poco.

La bandeja con el whisky de malta y una piedra de hielo, la manga de la azafata, una pizca de su labio superior, todo tenía tembleque y se sacudía, aquella mañana en que me tocó asiento de ventanilla. Me asomo. El espectáculo siempre afrodisíaco del mundo. Nubes como carne blanca.

Ya en el aeropuerto, entre la multitud expectante ante la llegada de familiares y amigos, a lo lejos distingo a un hombre solo, pequeño, quien sostiene un cartelito entre las manos con un nombre que reza: «Milos Nasio».

Al final, de un modo u otro, todos recibimos lo que merecemos. Premios y castigos, tabla de pérdidas y ganancias, alabanzas e injurias, justos y pecadores, víctimas y verdugos, todo se va nivelando en el fiel de esa balanza formidable que algunos llaman universo.

Puede que yo no sea del todo inocente, vamos a admitirlo, pero culpable tampoco soy.

No tengo cara de asesino, ni manos de asesino, ni voz de asesino. Mi conciencia está limpia. Vendí mi coche para ir.

¿Dónde los habré dejado? No los encuentro. Por eso nunca sueño con él, sino con el otro. Con ese sí. Aquel supervisor del ministerio de Educación y Ciencia que me obligó a repetir curso, quién sabe, también tendría su cuota de razones, su cuenta corriente en el banco, su cobardía y su

lucidez.

Lleva varias noches visitándome, con su calva y su media sonrisa manchada de café con leche, miopía destellante de las gafas, encogimiento de hombros, semibarba semisucia, picor en la rótula (derecha).

No hace nada. No me habla. Se sienta a los pies de la cama y me mira, con las piernas cruzadas. Sus ojos, tristísimos, me dedican una mirada de lástima. Un mal pálpito. Me dio, antes de irse, un cachete en la mejilla, tras lo cual pidió permiso para retirarse un momento a otro cuarto, a solas, porque según dijo:

–Me siento indispuesto.

Fueron sus últimas palabras. El funeral se celebró una semana más tarde.

Te visten con traje y corbata negros, te ajustan el cuello de la camisa, te peinan duro y apretado, hoy vas a ver a tu primer muerto real.

Aprendes una nueva palabra: sepelio. En la boca, cuando la pronuncias, tiene la textura carnosa y ligeramente grasa de una patata cocida, pelada.

Sepelio.

Estaba muerto. Muerto del todo. Metido en un cajón de madera y muerto. Eso quería decir que el supervisor tenía la espalda muerta, las manos muertas, los ojos muertos y los labios muertos, fruncidos en una línea muy fina. Todo muerto.

Tenía cara de enfado, el supervisor, como si a la muerte se le hubiese pasado por alto adjuntar alguna póliza al expediente de su defunción.

Un descuido imperdonable.

Pudo suceder así, o de cualquier otra manera. Justo antes de un atropello, el aire se crispa. Un ruido feo, torcido.

Pudo cruzar la calle sin mirar a los lados ni ver la furgoneta de reparto, sin tiempo para evitar la colisión, que aquella montaña de dolor y hierros se abalanzase sobre él, aplastándolo.

Olor a neumático quemado, cristales en el pelo, gafas rebotadas y gomosas estirándose hasta el límite, o eso parece.

El plano del suelo se inclinó y rozó su frente casi con delicadeza.

El pavimento se partió en dos como un puente levadizo o una barra de pan quebrada.

Puede que tratase de gritar: «Ah ah ah ah», pero eso nadie lo sabe, era demasiado tarde. Lo último que vio sería la ascensión de los árboles y un papel que flotaba, ondulante, en mitad de un sol negro, mientras el conductor de la furgoneta de reparto gesticulaba tras el cristal. Su madre se inclinó a darle un beso de buenas noches:

–Hijo.

El beso de una nube contra un ojo. Diamantes, polvo suspendido, fantasmagorías. Todos los crepúsculos graciosamente ordenados en fila india,

uno tras otro. Así me lo represento.

Sobre el asfalto llovieron pañales de bebé.

No fue culpa de nadie. Fue culpa de todo el mundo. Más tarde alguien (pero ¿quién?) le cerró los ojos, le puso una moneda en cada párpado, colocó sus zapatos encima del ataúd. Simétricos. Dos pequeñas jaulas de tiempo y pasos.

Esa fue mi primera foto.

Gané un premio con ella. Me entregaron un diploma y una pequeña suma de dinero, que invertí en comprar material y en mejorar mi equipo. Una foto lleva a otra foto. Una nimiedad lo cambia todo. Casas separadas.

No es por nada, pero tu primera foto fue un muerto.

O puede que falleciese por causas naturales, el supervisor, mucho más tarde, de puro viejo, en una residencia de ancianos, sin acordarse de nada, atragantado con un hueso de cereza.

Murió sin molestar a nadie, a una hora conveniente para todo el mundo.

O lo asesinaron disparándole con una pistola de clavos.

En otra versión de la historia, todavía vive. Yo, que ya no hago fotos ni expulso humo ni puedo ver a mis hijos ni encuentro mis pantalones, le permito seguir viviendo un poco más.

Consigo que salga de su tumba, tambaleándose, con su hueso de cereza bailándole en la mejilla, y recupere el aliento, el lenguaje es capaz de eso, de lo imposible, levántate y anda. Aprovecha la ocasión y huye, sal corriendo, supervisor, no te detengas. Vive. Cambia de profesión, de país, de sexo, hazte músico callejero o madre superiora de un convento.

Venga, te regalo más vida. Aquí la tienes, atrápala: un puñado de arena luminosa.

¿No sería Dios, aquel hombre? O al menos una especie de subdios de tercera categoría que vino a visitarme, enviado para ocuparse de todo el papeleo pendiente.

Aquel funcionario tenía la exclusividad de las palabras, era el dueño del diccionario. Podía conseguir que el reloj detuviese sus manecillas con solo chasquear los dedos. Podía duplicar, si así se le antojaba, los cursos. Podía separar amigos, disolver familias, alborotar calendarios.

Podía enviar niños al pasado (y quizá también al futuro), en misiones delirantes, como astronautas del tiempo.

Un niño es demasiado tiempo.

Tres moscas chinas en un aseo público son demasiadas. Sobra una.

Quemarlo todo.

Oh boy oh boy oh boy.

Se enciende se apaga se enciende.

Ahora tengo casa propia en Detroit, cedida por el gobierno.

Una casa amarilla, regular, sin agua corriente ni calefacción. La

bomba de calor está en el sótano, pero no conviene encenderla por precaución. *Just in case.* No es tan malo como puede parecer.

Me distraigo oyendo pasar el sonido antiguo de los trenes, ese latigazo procedente de la hondura del pasado, del soul y las plantaciones, ninguno de los cuales se detiene.

Los trenes que uno oye pasar a lo lejos nunca son los que paran; solo paran los otros.

Toso y expectoro plumas, que flotan en el aire dulzón. Siguen lloviendo gallinas.

En el buzón del patio, atragantado con la hojarasca propagandística de clínicas de desintoxicación y control de plagas, figura un nombre medio ilegible, el del anterior inquilino de la casa, que no logro descifrar pese a mis esfuerzos. No es asunto mío, y quizá no sea el de nadie.

Me levanto y salgo al patio en calzoncillos. Con la llamita de un mechero de bolsillo, en cuclillas bajo la claridad de barniz lechoso de las cuatro de la tarde, forzando mucho la vista, me parece deletrear unas cuantas sílabas sueltas que quizá digan Eric, Fido o cualquier otro nombre.

Así y todo, no deja de ser una casa, una victoria parcial hasta que escampe. Cuatro paredes. De momento no puedo aspirar a nada mejor. Estoy en Detroit. El firmamento me ampara. Somos basura, de acuerdo, pero basura bellísima.

Anisópteros

–Todos los hombres tienen tu voz.
Nastassja Kinski a Harry Dean Stanton, en *Paris, Texas*

Eso es un poco como cuando estás metida en la cama y te rugen las tripas, de madrugada te entra hambre, te levantas a tientas para comer un bocado, medio dormida aún, con la cabeza embotada, no sabes ni lo que haces, recorres el pasillo en sombras sin querer despertarte del todo, entras en la cocina descalza, con tu apetito, y al abrir la puerta del frigorífico, de pronto ocurre: te quedas con el tirador en la mano.

¿Conoces la sensación? El tirador estaba flojo y se ha desprendido, arrancado de la puerta, y tú lo estás sosteniendo entre tus dedos, como un muñón, sin comprenderlo, ahí estás tú, sosteniendo el tirador, sin puerta, al amanecer, cuando debían ir juntos, es lo que una espera del tirador y la puerta.

*

Es algo parecido a eso. ¿Me escuchas? ¿Por qué no hablas? Vamos, di algo. Háblame. Necesito oír tu voz. Anímate. ¿Eh? No sé, lo primero que se te ocurra; cualquier frase que te cruce la mente al azar. Elige un tema de conversación y desarróllalo a fondo. ¿Eh?

A mí no se me ocurre nada ahora mismo. No me vienen las palabras. Improvisa algo, entonces. No sé qué decir. No entiendo nada de todo esto. Estos días son confusos, vivimos tiempos confusos. Por eso mismo, cuando no se entiende algo lo mejor es hablar hablar hablar. O cantar, eso también sirve. Nombrar las cosas es sano; arrancárselas una de dentro para que se ventilen y no se pudran. Expresarse salva o condena. Si tú lo dices, Cordelia, será verdad. Claro que lo digo. Te lo pido por favor, Magnes, di algo. No te quedes ahí de brazos caídos, agazapado. Te lo suplico, di algo. Por lo que más quieras, di algo. Por una vez en tu vida, una sola vez, no es mucho pedir, di algo. Voz, calor, hasta cuándo.

*

El horóscopo me dice que estoy sola. No es que me importe, claro. Prefiero no quedarme con el tirador de la puerta en la mano. Otra vez, no.

Si hubiese gritado. También podría haber gritado antes, frente al vuelo de la libélula clonada. Si no hablas tú, hablaré yo por los dos. Alguien tiene que hacerlo. Será como hablar sola. Eres todo un personaje, Magnes. Empezar cuesta trabajo, lo admito, es lo más difícil de todo, después las cosas mejoran. Se va encontrando el ritmo, la sonoridad.

*

Tú antes no eras así de callado, Magnes, tú antes hablabas, hablabas mucho, me lo contabas todo, ¿recuerdas? Eso me gustaba de ti, que no te parecieses a los demás hombres, huraños y distantes, parapetados en sus

despachos, en sus máquinas de musculación, detrás de sus ventanillas blindadas. Ausentes.

Tú no te reprimías. Contigo sí se podía hablar, antes; no te guardabas nada. Contigo daba gusto. Incluso tendías a monopolizar las conversaciones. Eras un poco parlanchín, chismoso, algo comediante, te cegaba el entusiasmo, a veces tenía que frenarte, pedirte basta ya, por favor cállate, para que me dejaras en paz con mis pensamientos y no violaras mi santuario. Necesitaba practicar a solas el clavicémbalo. Qué soso eras de joven, Magnes. Parecías un caballo. Tan peripuesto. Tuve que ir puliéndote poco a poco, no me quedó más remedio que limarte las aristas, hasta dejarte liso. Eso te pasaba por.

*

Éramos felices sin saberlo, yo creo que sí lo éramos, teníamos sol de invierno todo el año y un cobertizo con plantas, bastantes libros, tu colección de insectos con alas, vivíamos allí, en los suburbios, ni bien ni mal, enfrente de esos cubos de hormigón apilados unos encima de otros. Yo también era un cubo, me sentía como un cubo. ¿Cuántos años calculas tú que tendríamos, Magnes? Es difícil precisarlo. Menos de veinte, seguro. Teníamos los mismos años que cubos. Juventud. Antes eras detallista, tierno. Dulce como el monstruo de Frankenstein.

Traducías del chino por encargo, Magnes, figúrate. A tanto el folio. Al final de la tarde nos relajábamos jugando al tenis, o al bádminton, ya no recuerdo, con aquella otra pareja de hermanos, ella morena y él rubio, los dos eran zurdos, daba gusto verlos.

Era eso que se juega con una especie de salerito flotante, que hay que golpear con una raqueta flexible que parece un matamoscas; siempre los confundo. Me dijeron que el salero se llama volante y que está fabricado con dieciséis plumas –fíjate en esto: dieciséis plumas– del ala izquierda de un ganso.

*

Todos los atardeceres había alguna fiesta, algún ponche, alguna competición deportiva, algún concurso de disfraces o tiro al blanco, celebrados entre la claridad menguante de las encinas, y esas reuniones sociales entre vecinos en bañador y veraneantes alcoholizados solían terminar mal, con bromas de mal gusto, peleas y patadas, llantos, disparos, gritos de socorro e intervención policial, que era algo que ocurría con cierta frecuencia en aquellas fiestas del atardecer.

*

Vivíamos sin lujos, nos conformábamos con lo mínimo, el salario base, el economato, las ofertas. El envase ahorro. Dos colchones por el precio de uno. Pulpo a la brasa los domingos. No le hacíamos daño a nadie. Lo único que sobraban eran palabras, Magnes. Eso es lo que no entiendo. ¿Qué nos está sucediendo? ¿En qué nos hemos convertido? ¿Nosotros somos esto? Cuesta

admitirlo.

*

Tú has cambiado, Magnes. Resulta difícil reconocerte ahora. La primera vez que te vi desnudo, de frente, me pareció que llevabas puesto un delantal de pelo.

Pelo por todas partes.

Ahora llevas el sexo depilado, anoche te lo vi mientras dormías. Me desvelé y te lo miré. Me fijé mucho. No podía apartar la mirada de esa cosa pálida y tragicómica que os cuelga entre las piernas como la aldaba de una puerta y que también sirve para llamar, para sondear, para que te abran o encierren. La infinita dulzura de esa raíz húmeda, flácida o erecta.

Te la estudié durante media hora, lo menos, a ver si así me dormía. Pero no, no surtió efecto.

¿Siempre has tenido esa cicatriz en la boca, Magnes? Me parece que no; me habría dado cuenta.

¿Por qué no me explicas quién te hizo esa cicatriz? Es una equis profunda, cambia de tonalidad según recibe la luz, se aclara o se oscurece, como una segunda sonrisa por debajo de tu sonrisa.

*

Cuéntame eso. Lo superaremos juntos. Te escucho. No te amuralles. Este silencio es, no sé. Me da miedo. Me está haciendo demasiado, muchísimo daño. Me parece tener metido un puño dentro de la boca, sácamelo.

Me araña aquí, en el pulso de las muñecas, en el origen del muslo, dentro del plexo solar, contra la vena aorta, me araña con el pico de su uña sucia: rik rik rik rik.

Llevo semanas así, Magnes, sintiéndome mal, rara con todo esto, todo el tiempo, sin poder dormir ni aunque te mire la…, bueno, eso, como borracha o dopada.

Estoy muy tocada ya, Magnes. ¿Cuánto tiempo llevamos encerrados aquí? ¿Un mes, una semana? Ya he perdido la cuenta, arrastrando esto, arrastrando, arrastrando, este peso, carcoma, odio, culpa, desde que pasó lo que.

*

Shsst, mejor no sigas por ese camino, te lo recomiendo, Cordelia. Es preferible olvidar, hacer como si nunca hubiese ocurrido. Borrarlo de nuestras mentes. Considéralo un mal sueño, nada más que un mal sueño, Cordelia.

No pasa nada, ya has despertado de la pesadilla. Estás bien. Estamos bien, ahora.

No te sugestiones. Nos quedaremos aquí hasta que te cures, ni un día más. Ya veremos después. Pronto disminuirá la fiebre, te bajará la regla. Te tiembla menos el párpado, eso es una mejora. ¿Quieres que enchufe el vaporizador? Suelta un brisa fresquísima. Aquí no te falta de nada.

Mandarinas. Consomé. Nadie nos molesta.

Puedes mirar los árboles de enfrente hasta hartarte, Cordelia, hay muchos y son frutales, a ti te gustan los árboles frutales, me lo dijiste una vez, hacía viento.

Siéntate en el recibidor y míralos. Disfruta de la brisa del vaporizador, qué suave es.

Este cielo es una bendición y una gloria, te pongas como te pongas, eso no me lo negarás. Después de tanto tiempo invisible. El marido de mi madre decía que era un cielo apetitoso. Lo llamaba así, apetitoso, igual que si fuese el canapé de una bandeja. Qué diferencia con el de la ciudad, tan contaminado, ahí, con su luna de plástico. No pienses más en ello, no merece la pena. Haz como yo. Como todas estas plantas. Vive. Igual que si estuviésemos de vacaciones. Así de claro.

*

¿De qué camino hablas, Magnes? Yo no distingo ningún camino, ojalá lo hubiera. Solo hay niebla, niebla, niebla por todas partes. Me está matando; no puedo más. Si de ti dependiera, terminaríamos comunicándonos por señas. Mujer, no digas eso, qué melodramática te pones. Tampoco es para tanto, Cordelia. Tranquilízate. Estás nerviosa, excitada, lo entiendo y te disculpo, tienes todo el derecho. Con lo que ha ocurrido no es para menos, aún sigues en estado de shock. ¿Te has tomado las pastillas, Cordelia? ¿Todas? ¿También las verdes? Hablar no va a solucionar nada, te lo aseguro, o muy poco, ya lo sabemos de otras situaciones parecidas. La doctora Rosemary-ann Gershwin, que es la profesional, prescribió dos en cada toma, dos, eso es. Dos. A veces incluso lo empeora. Es mejor aceptar, perdonar, reconciliarse, dejar que el tiempo pase y la química actúe. Los relojes nunca se cansan de señalar la hora. ¿Te has parado a considerar esto alguna vez, Cordelia? Mira, ya tienes tema de reflexión para darle vueltas y entretenerte mientras estemos aquí.

Los relojes.

*

Mientras estemos. Tú no tienes que preocuparte por nada, Cordelia, déjate hacer. Yo me ocuparé de todo, fíjate qué suerte tienes. Ponte en mis manos, ponme a prueba. Dentro de cincuenta minutos prepararé el almuerzo, qué te apetece comer. Aún es temprano, faltan cincuenta minutos. ¿Quieres que te fría un filete? Yo te lo frío. Es una hora tonta y cruel. Túmbate un rato, si quieres. ¿Te tiran los puntos? Una siesta previa a la comida te sentará bien, repondrás fuerzas, te servirá para asentar el estómago antes de recibir alimentos. Una buena digestión es la clave del bienestar, eso tengo entendido, dicho por nutricionistas. La salud humana no es una ciencia exacta, siempre se pueden presentar alteraciones, fisuras, pequeños derrumbamientos internos, revoluciones, dramas.

El cuerpo manda señales. Nos avisa. Hoy me duele esta pierna, noto

un escozor en la garganta, por qué estaré tiritando. El cuerpo, en el fondo, es menos idiota de lo que parece. Tiene sus trucos, sus filtros. Si no estamos presentes, nos deja su tarjeta de visita.

¡Vivir! ¿No es lo único que importa? ¿Qué puede haber más urgente? Sobre todo haz esto: ¡Acuérdate de vivir!

*

Dos. Dos. Dos. No tres: dos. Dos pastillas, sí, esa es la dosis que prescribió la doctora Rosemary-ann Gershwin, ella es la profesional. Túmbate un rato, Cordelia. No fumes tanto, es perjudicial, te lo tengo dicho. Renuévate los parches de nicotina. *Ponme como un sello sobre tu corazón,* ¿lo identificas? Relájate. Si quieres te preparo un baño, caliento agua y te bañas, te pongo sales perfumadas y todo, puedo darte unas friegas. La temperatura correcta del agua para un baño óptimo oscila entre los veintinueve y los treinta y siete grados, no es conveniente sobrepasarlos. Y no se recomienda bañarse más de veinte minutos.

¿Ves? Me acusas de no dirigirte la palabra pero sí que hablo, Cordelia. Te acabo de contar esto del baño, tú no lo sabías, no te quejarás de mí. Conmigo aprendes cosas nuevas, cada día es una aventura de la mente. El *Cantar de los Cantares,* en efecto. Buena memoria.

*

¿Un concentrado de piña? Te lo sirvo, si quieres. Es delicioso, está fresco, recién abierto, como a ti te gusta, directo desde el frigorífico. Riquísimo. Mira los árboles de enfrente hasta hartarte. Son frutales. Los frutales son alegres. Mirarlos mucho rato equivale a enjuagarte la boca con pippermint.

Es gracioso eso que has dicho antes sobre los cubos. Me ha parecido gracioso.

*

¿Te acuerdas de aquella ardilla que se coló en el tubo de ventilación y se quedó atrapada, Magnes?

Qué ruido hacía.

No podía salir, ni moverse, había caído en aquella trampa claustrofóbica, era imposible desmontar el mecanismo ni aunque quisiéramos.

Durante días estuvimos escuchando los chillidos de agonía de la ardilla, ese sucio rumor, la ardilla muerta, no muerta, a punto de morirse, emparedada.

Pasaban horas y no se oía nada, pensábamos que todo había acabado, por fin, que el sufrimiento del animal había cesado y podríamos respirar en paz, seguir a lo nuestro, cuando de pronto, a media tarde, de madrugada, volvíamos a escuchar desde dentro de la pared aquel roer espachurrado, cada vez más débil, más lento, con aquel rascar de uñas o de nudillos en la chapa metálica del tubo: rik rik rik rik.

Un estertor crispante, enloquecedor. ¿No sería una ardilla preñada, o

con crías? Imaginé aquel grumo de vida caliente y el espanto fue peor.

A ti se te ocurrió de pronto encender la chimenea, pese a que estábamos en pleno agosto, a lo mejor con el humo y el calor la ardilla moría antes, acortábamos su agonía, en el fondo le hacíamos un favor matándola. Yo qué sé.

Aquello duró varios días. El resto de su familia seguiría adelante sin ella, la dejarían atrás, olvidada. Una ardilla menos, quién va a notarlo.

El bosque retrocedió un paso. Parece mentira todo lo que puede resistir una criatura tan frágil, un par de ojos ciegos con su cola de antorcha, sin agua, sin nueces, sin luz, sin nada, tan solo su voluntad de sobrevivir y seguir cantando pese a todo, no sé por qué me acuerdo de esto.

Yo sí lo sé. En el fondo claro que lo sé, claro que lo sé, claro que lo. Dime, ¿por qué no nos escaparíamos antes, Magnes, cuando tuvimos la ocasión de hacerlo y todavía era posible?

Cuando pienso en lo fácil que habría sido largarse, en ese momento, mientras que ahora. Como chasquear los dedos. Podríamos haber empezado una nueva vida, lejos, de incógnito, qué importa dónde, sin. Seguro que no nos hubiesen encontrado. Somos más listos que ellos. Dos prófugos.

Bastaba con empaquetar lo imprescindible, sacar los billetes a escondidas y escaparnos sin mirar atrás. Nos habríamos ahorrado un montón de dolor, sobre todo yo, Magnes. Ahora, en cambio, hay una mancha roja en la pared que no se borra por mucho que la frotemos.

Yo tampoco pienso en nada, no creas. Casi nunca pienso en nada, para qué, en eso sí nos parecemos tú y yo. Solo en esa mancha de la pared, de vez en cuando. Si algún día somos libres para abandonar este búnker, Magnes, en un hueco de la casa quedarán incrustados los huesecillos de un pequeño esqueleto de ardilla.

*

En eso pienso. No pienso en mucho más. No me interesa pensar, para qué. Prefiero mirar los árboles y sentir.

No, no quiero más concentrado de piña, Magnes.

Estoy encharcada de líquido, ni que yo fuese el Titanic.

Tú todo lo solucionas con zumos. Necesito hablar hablar hablar. Contarte y que me cuentes. Que tú hables. Oír tu versión de los hechos. A ver si así aprendo algo de lo ocurrido y empiezo a encajar las piezas del puzle, me faltan muchas.

*

Antes me encantaba tu voz. La encontraba sex appeal, ya ves qué idiota.

¿Has llorado alguna vez en una discoteca, Magnes? Con toda esa música melodramática diluviándote a chorros en el pelo y aquella bola estroboscópica de reflejos destellantes que da vueltas y te rompe el corazón.

Nos habíamos escapado, esa noche, descolgándonos por la ventana

de la lavandería. Éramos unas seis o siete internas, todas menores de edad. El Club de las Amazonas, nos llamábamos.

*

La monja alemana encargada de custodiarnos se llamaba sor Frieda, pero nosotras la llamábamos Sofrita.

Su pelo era una especie de casco de cerámica y laca.

La primera vez que me susurraste al oído, en aquella discoteca hortera, a oscuras, ni siquiera distinguí tus rasgos, solo distinguí tu voz de túnel. Nada más.

Te acercaste a mí verde y azul y verde, te presentaste y me contaste no sé qué y no sé cuántos, azul y verde.

Mencionaste por sus nombres a una serie de desconocidos, como si te los sacaras de la chistera y yo tuviese la obligación de conocerlos, nada más lejos, no me sonaban de nada, figúrate: Ruytelán, Micaure, Stratos, Tioda, Caucas…

Pensé que eran amigos tuyos; o colegas del trabajo, no sé. Más tarde me enteré de que no existían y eran nombres de personajes de un oscuro novelista español.

Yo asentía a todo, era tímida y callada, luego cambié. Olías rico. Tenías manos fuertes, de labriego endomingado. Eso me gustó. Algún día tú y yo viviremos juntos, pensé sin querer.

Y eso que en aquel tiempo yo tenía un novio medio artista o medio escritor o medio algo que se llamaba Erizo.

Un día me avisaron de que había muerto, Erizo. A consecuencia de un accidente durante una expedición. Es todo cuanto sé. Que Erizo está muerto.

El narrador debe morir.

Ah ah ah.

*

Yo estaba en aquel viaje de estudios, con mis amigas internas del Club de las Amazonas, ellas se rieron de mí, éramos unas crías románticas, con faldas escocesas.

Habíamos burlado la vigilancia de Sofrita, saltando por la ventana de la lavandería.

Tú me sacaste a bailar con tanto entusiasmo que chocaste contra un camarero, menudo travolta estabas hecho. Volcaste la bandeja con las consumiciones, montaste el escándalo padre, qué vergüenza, el camarero trastabilló, perdió el equilibrio y se pegó un batacazo contra la columna de altavoces, casi se armó una pelea, bronca, cristales rotos, sangre, chillidos, la que liaste, Magnes, con tu torpeza de caballo.

Nuestra relación empezó con bronca y rajaduras, calcula tú.

A la larga el follón se calmó, igual que se calma el oleaje del mar picado, a ciertas horas, porque sí, era tardísimo, las olas se remansaron, las

chicas se marcharon sin despedirse al amanecer, por miedo a la represalia de Sofrita.

Nos quedamos los dos solos en ese paréntesis, la discoteca semivacía, tú y yo, con aquella música averiada, y yo era una cría romántica en la cubierta de un barco hundido o ya ni sabía quién era.

Sonaban los acordes machacones de la misma canción todo el rato, una y otra vez, la pinchaban repetida, un sonido de mareas y pájaros de ritmo. Lo haría el disc jockey desde su cabina por esnobismo o para aburrirnos y echarnos, supongo.

Subidas a unas plataformas, como al final de un sueño bajo el agua, se contoneaban gogós medio desnudas con altas botas blancas.

Al final de la noche bailamos, sí, pero no bailé contigo. Eso es lo que tú no sabes, Magnes. No sabes nada de nada. En realidad, Magnes, tú no estabas allí: bailamos tu voz y yo.

*

No me digas eso; vas a conseguir que me ponga colorada. ¿Lo dices en serio? No me lo creo. Esto no puede estar pasando. No. No. No. No. Eso tampoco. Bueno, tal vez sí. En eso tienes parte de razón, Magnes, te lo concedo. Igual es cierto. A lo mejor tú sí hablas y soy yo la dura de oído, la que está sorda o no sabe escuchar. ¿Cómo dices? Puede ser, no lo descarto. Quiero ser justa contigo. Prometo que voy a concentrarme y a pensar en ello. Ahora no puedo, no me siento capaz, no tengo calma para eso.

*

Niebla, niebla por todas partes. Y un pasillo largo lleno de una hilera de puertas amenazantes, algunas entornadas y otras no. De dentro sale música o carcajadas o resplandores. Ruidos quirúrgicos, agujas de tatuar, jeringuillas y espátulas. Y un olor peculiar, que me acompañará hasta la tumba.

No he venido, sino que me han traído. A la fuerza, en contra de mi voluntad, engañada, en una limusina negra, de noche, por una carretera de montaña, atravesando bosques sensacionalistas. Curvas y más curvas.

Me fijo en un indicador: «Las Canteras», no sé qué significa.

Se niegan a decirme adónde vamos, mi propia familia, date cuenta de su grado de histeria.

Los dedos amarillos de los faros van entreabriendo el follaje, escarbando árboles y rocas igual que se abre una carne.

Llegamos a un edificio de alcurnia, tipo seminario o centro de alto rendimiento, con un escudo de armas y una torre medieval envuelta en andamios y redes, las banderas a media asta.

Ese mismo día –o ayer, o cuando fuese– había muerto asesinado a tiros un jefe de estado, dominaba una atmósfera de luto oficial y plañideras.

Hubo redadas y antidisturbios, gases lacrimógenos, detenciones y secuestros, sobre todo de mujeres y niñas. Muchas.

A mí me arrancaron del colegio y no me dio tiempo a cambiarme de ropa. Y yo allí, con mis zapatillas de tenis. Eso lo tengo clavado. Intento encontrar alguna explicación para eso y no lo consigo, ayúdame tú, Magnes, ayúdame a entender. Es todo lo que te pido, que digas una sola palabra, sí o no, no es tan difícil. Sé que no tengo derecho a pedírtelo, y sin embargo es lo único que necesito saber. Lo único.

*

Una sensación rara, difícil de definir, como esos días en que no estás enferma aún, pero casi; ya estás incubando la enfermedad, notas los primeros síntomas, toses, te sientes imprecisa, revuelta, con algo insuficiente o falso o fuera de sitio en el hígado.

Ya me he perdido. Lo estoy contando mal. Tendría que volver al principio para explicar primero lo de las libélulas clonadas. Si no, no se entiende, ¿verdad?

Es importante saber contar bien las cosas. En su orden y todo eso, yo soy incapaz. Siempre se escapa alguna hebra, que suele ser la más importante.

Hubo dos, en días alternos, y eran réplicas exactas. Mutantes. O quizá fuese una sola libélula clonada muchas veces, no sé. Los tiempos aletean, ya no me acuerdo, se supone que el experto en insectos eres tú, Magnes, pero no hablas, te has quedado mudo de repente, te niegas a comunicarte y lo único que haces es tragar saliva y depilarte las ingles.

Eres un personaje, Magnes. Ya que tú no quieres hablar, hablaré yo por los dos, aun a riesgo de repetirme o de contarte algo que quizá ya sepas, o no sepas que sabes.

*

Alguno de vosotros –mamá, papá, los mellizos, tío Jaime, tú, tía Loris– debió de autorizar los formularios de ingreso, eso seguro.

Tardaron una eternidad en atendernos, conceder los permisos y validar las firmas, todo eso. Había muchos papeles para sellar, un paquete de folios.

La doctora Rosemary-ann Gershwin también asomó por allí para supervisarlo todo, con el abrigo sobre los hombros, las manos en los bolsillos, de perfil, encaramada a sus zapatones acorazados de hombre de negocios, con lengüeta y puntera, vieja y guapa, fumaba mucho.

Me acerqué para preguntarle qué ocurría. Y ella, en plan: «Sí, sí, no sé qué». Su mente me recordaba a un accidente de ferrocarril: con restos humanos esparcidos por todas partes.

Dicen que los prefiere niños, que tiene amantes adolescentes, menores de edad, niños, que le gusta enjabonarlos, atarlos a la cama, tomarse su tiempo, lavarlos primero. Eso se rumorea, cualquiera sabe si será verdad.

*

Otras caras me sonaban de algo, de haberlas visto antes, ¿dónde?,

¿cuándo?, tenían una vaga semejanza con algunos concursantes de la tele, o con actores famosos que salen en los anuncios.

Pasillos y más pasillos. Me conducen del brazo, escoltada por dos hombres fornidos con brazaletes negros, banderas a media asta, plañideras, luto oficial.

Nadie me explica nada, yo no explico nada a nadie, no podría ni aunque quisiera. Atravesamos un patio con charcos, una galería de tiro, enfrente hay un rincón con una mezcladora de cemento. Llegamos a otra ala donde de repente todo el mundo es muy simpático conmigo y eso me desespera, siempre son simpáticos y te sonríen antes de clavarte el cuchillo.

Una teoría evolutiva explica que nuestros antepasados de las cavernas empezaron a saludarse estrechándose la mano para demostrar al otro que no ocultaban ningún arma. No me extrañaría que fuese verdad. En este mundo, el mayor signo de amistad al que podemos aspirar es mostrar al prójimo que no pretendemos matarlo.

La gente nos ataca cuando siente miedo. Agredir es de cobardes. Las Canteras resultó ser un metabolismo frío; se tomaba su tiempo para reaccionar. La violencia, si la había, sucedía en otro plano, soterrada. Me instalan en una suite para mí sola, con dos camas gemelas y un plato de ducha. Estoy ahí tumbada, tiritando. Una arruga en el cobertor me produce dentera. Mi ropa está doblada en una silla, se mueve sola, parece dotada de vida propia. Sonido de pasos. Las voces en el corredor van y vienen. Al otro lado del papel pintado amarillo alguien murmura. ¿Qué le están haciendo? ¿Qué van a hacerme a mí? ¿Es que no lo oyes? ¿No oyes cantar a los niños?

Cantan con voces sublimes de escolanía, de repente se me ocurre que deben de ser niños ciegos de alguna congregación religiosa. Escucho toda la noche su música góspel y sus risas suaves de querubines, mientras espero temblando mi turno y que vengan a llamarme.

*

Un golpe. Una presencia, no sabes quién, fuma en las habitaciones desiertas. Una presencia camina en sueños y desplaza porcelanas. Una presencia levanta olas en una piscina sin agua. Dentro de su ataúd cerrado, alguien tose.

Es, no quieres pensar en ello y por eso mismo lo piensas con mayor ensañamiento, lo que está vivo de la muerte, su entraña cruda, que chilla.

*

Te digo que no lo soporto más, Magnes. ¿También esto lo estoy soñando? ¿Me estoy inventando a los cantores ciegos de góspel? Tú siempre me has reprochado que no tengo imaginación ni capacidad de inventiva, que soy una mujer prosaica, pegada a la tierra, agraria.

Cuántas veces me has repetido eso mismo, Magnes, tú eres una mujer agraria, pegada a la tierra, sin imaginación ni capacidad de inventiva, me lo has dicho.

Un millón de veces, por lo menos, te lo habré escuchado decir.

Sin ir más lejos, esta misma mañana, nada más levantarnos, durante el desayuno. Con los cereales, me lo has dicho con la caja de cereales. Durante los copos de avena. O fue ayer. ¿Me lo has dicho o no me lo has dicho, Magnes?

Ah, no me hagas quedar como mentirosa, no me relegues. Me lo has dicho, claro que sí. Tú mismo lo reconoces, ¡mira!, estás asintiendo con la cabeza, te he visto. Cómo he podido, en tal caso, inventarme esta historia sin sentido. La carretera. Los faros antiniebla. Las banderas a media asta. Los brazaletes negros. Eso no se improvisa. No es un sueño; hay que haberlo vivido. ¿Qué más necesitas, que te dibuje un croquis? No me digas que estoy loca, sobre todo no se te ocurra decirme eso. Ni lo pienses siquiera. No me digas que estoy loca, porque no lo estoy.

Magnes.

*

Eso, y llamarme princesa, es lo peor que puedes hacer. Ni se te ocurra, Magnes. Es una canallada muy vieja. Te funcionará en tus bares de fulanas, apuesto a que sí, pero no conmigo. Mira esta alfombra, Magnes: es inaguantable. La odio, con todos esos dibujitos y recovecos trenzados, quién se ha creído que es, la muy, ¿el tapiz de Bayeux?

Son arabescos, sí, ya lo sé, gracias por recordármelo.

Odio la palabra arabesco, me produce sarpullido. Ronchas en la piel. Me recuerda a un simio con gafas. A tu cola depilada.

Y este sofá, qué me dices de este sofá. ¿Qué le pasa ahora al sofá, Cordelia? ¿Qué tienes en contra del sofá? Yo lo veo normal, igual que siempre. Color camel, nos dijo el vendedor. Lo escogiste tú misma; antes te gustaba. En la tienda dijiste que te encantaba, me acuerdo, estaban a punto de cerrar cuando entramos.

Era caro, y tuvimos que pagarlo a plazos, endeudarnos, pedir un préstamo al banco, hacer números, horas extra, qué sé yo. Era enorme, se necesitaron dos forzudos para transportarlo, y aun así. Un camión de mudanza. Y ahora me saltas con que no te gusta el sofá color camel del que tú misma te encaprichaste, nada más verlo en el escaparate, a última hora, cuando estaban a punto de cerrar, y encima me lo echas en cara. Hay que ver, no hay quien te entienda, Cordelia. No puedes ser tan elástica. Un día esto y al día siguiente lo otro. Céntrate. ¿Qué te pasa? Yo no tengo la culpa de este sofá.

*

No me pasa nada. Estoy bien, centrada, voy mejorando, tú mismo lo has dicho antes. ¿Ves como te contradices? Te he cazado en una contradicción, no puedes negarlo. Ahí te equivocas, Magnes, te equivocas terriblemente, como de costumbre. Oh, cuánto te equivocas. No paras de equivocarte todo el tiempo, Magnes, eres increíble. Vives de error en error.

No es culpa tuya. Eres la quintaesencia de la equivocación. Y yo también, claro, soy la mujer equivocada, igual que todos nosotros. Todos somos seres equivocados y no importa que lo seamos, Magnes, eso es lo horrible y también lo más hermoso.

*

Para empezar, este sofá es insufrible, que lo sepas, solo mirarlo me parte el corazón. Me apuñala los ojos. El respaldo, los cojines, todo encaja a la perfección en su módulo. Fíjate, cómo se da aires de grandeza porque sabe que le estamos mirando, cuando hablamos de él saca pecho, se hincha de vanidad, se hace el interesante, el polifacético. Un hombrecito, con su gomina de estreno.

No es camel, no, qué va a ser camel, el vendedor nos timó con su cháchara de barraca de feria, los programan para eso, son zombies amaestrados, los atiborran de manual en los cursillos de formación y ellos lo regurgitan de carrerilla, es de un marrón vomitivo, este sofá, me produce grima y vergüenza. Me roba la esperanza, este sofá.

*

Lo peor de todo no te lo he contado nunca, Magnes, perdona. Esto es solo el preámbulo. El prólogo del prólogo, si lo prefieres. Se necesita un cepillito especial para limpiarlo, frotarlo con espuma seca, cómo puede ser seca una espuma, explícamelo si puedes, tú que eres coleccionista y políglota.

A ver, de toda la vida la espuma ha sido líquida. La espuma del mar es líquida, no es sólida, sí o no. De aquí parte todo el error y el malentendido, el pecado que desde ese momento contamina nuestras vidas con su tristeza.

Te digo que este sofá es perfecto como un coágulo, Magnes. Parece un ataúd. Está podrido por dentro, es un cadáver, le salen larvas y gusanos, mira cómo se retuercen y nos trepan por las piernas, hasta las rodillas.

*

Y este salón lleno de mondas de patata, ¿por qué está lleno de mondas de patata nuestro salón? No costaría nada barrerlo. Igual daría tener un lobo suelto en el comedor o una anaconda viva en el bidé.

Mire donde mire, todo me parece hueco, postizo, recortado con tijeras, vuelto a encolar, pegado de mala manera, Magnes. Me levanta dolor de cabeza, tanto salón tubérculo.

Y tú te quedas mudo ahí sentado en batín todo el día, con puñados de larvas saliéndote de los bolsillos, y solo me hablas de concentrado de piña, calcula.

Tú también me levantas dolor de cabeza, Magnes, con tu concentrado de piña y tu batín de Hugh Hefner y tu cola depilada. También estás remendado, tú, con esa cicatriz fruncida en la boca.

¿Qué tiene que ver el concentrado de piña con los tapices? ¿Es que tienen algo que ver? ¿Eh?

*

Vivir no es un cepillo, Magnes, no, no lo es. Nada tiene que ver con nada. La realidad son trozos. Estoy cansada de darnos segundas oportunidades. Y terceras, y cuartas. Tanta obsesión con la puntualidad y los relojes y al final resulta que siempre llegas con retraso, tú. Te presentas el último, cuando la fiesta ya ha terminado, te quedas solo en la sala, a oscuras, sin saber qué hacer con el confeti del suelo, soplando tu matasuegras, los ojos bajos, el invierno en la boca.

*

Di algo, lo que sea, anda. Háblame. Aquí dentro me asfixio, me va a dar algo, abre la ventana.

Ah, que ya está abierta.

Pues ciérrala, que me resfrío. A qué esperas. Acércame el cenicero. Ese no, aquel otro. No pongas esa cara. Te estoy oyendo pensar. Gracias, de nada, buenos días, buenas noches. ¡Si al menos pudiéramos discutir! Discutir ya sería algo. Una especie de avance, o de castigo. Pero no. Contigo no se discute, Magnes, ni se grita, ni se boxea, ni se llora, ¿verdad que no?, nunca perdemos la compostura, la educación ante todo, ¿un poco más de té?, contigo solo se bebe concentrado de piña y se tragan pastillas verdes de dos en dos de la doctora Rosemary-ann Gershwin, esa profesional con sus zapatones acorazados de hombre de negocios y sus amantes niños recién lavados.

*

Contigo se pelan patatas, Magnes. Se pelan en cuadrados perfectos mientras se traduce del chino al español, o viceversa.

Di algo, hombre, no te quedes pasmado. Antes no eras así. Cualquier cosa. Una cita del Corán. Plantéame una adivinanza, a ver si la acierto. Cuéntame un chiste. Háblame de política, a quién vas a votar en las próximas elecciones. Explícame cuál es la fórmula química de la espuma seca.

Libélula.

¿Eh? ¿Cómo dices, Cordelia? Disculpa, no te he escuchado bien, me he distraído un momento. Ha pasado una avioneta y con el estruendo del motor no te he. Libélula. Ese fin de semana vi una libélula dos veces, me llamó la atención. Una en el momento de subir a la limusina y otra en el aparcamiento de Las Canteras, a la mañana siguiente, cuando me liberaron.

Yo no veía nada, distinguía cosas reales o no, máscaras de Carnaval, restos de manifestaciones o de huelga general y al fondo de todo, entre la niebla, como para morirse de pena, un arbolito de pan.

*

No sabría decir si eran dos libélulas distintas o vi la misma libélula dos veces. Qué casualidad, ¿no? ¿Tú eres de los que creen en las casualidades, Magnes? ¿En el azar y todo eso? ¿O piensas como yo que todo está programado de antemano por el destino y resistirse es inútil? «Esta grabación se autodestruirá en cinco minutos», eso decían las películas de espías que

veíamos de niños en casa de tía Loris.

Quién podía imaginar que esa grabación, con el tiempo, seríamos nosotros.

Así está escrito. Nada puede modificarlo, nada. Pasará todo lo que tenga que pasar. Fatalista, eso es, así nos llaman, muy cierto. Pocos días después comenzó la plaga de anisópteros, cayó una gran cortina plateada que nos robó el sol y la alegría.

La gente comulgaba bichos, estornudaba antenas.

No nos habíamos recuperado aún del susto de la primera plaga, cuando se nos echó encima la segunda. Otros defendían que había habido tres plagas, no se ponían de acuerdo.

Vagones de metro cargados de mariposas muertas.

La epidemia se extendía a saltos inconexos. En los gráficos de los informativos que emitían por televisión, las plagas adoptaban la forma de una sierra circular que se desplazaba de un lado a otro de la pantalla con una lentitud coreográfica.

Y qué ridícula resultaba la idea de morir por culpa de una mariquita.

*

Sin embargo, no era imposible. Las autoridades decretaron el estado de emergencia. Nosotros nos burlábamos, desafiábamos la prohibición, salíamos a pasear con capuchas, nos juntábamos en los cafés.

No queríamos admitir que supusiera un peligro.

Lo tomábamos a broma, pese a la presencia constante de patrullas, controles militares y ambulancias.

Imagínate que sueñas con algo, Magnes. Lo que sea.

Y que el mismo sueño se repite idéntico, noche tras noche, a lo largo de semanas o incluso meses, sin cambiar nada, la misma escenografía, los mismos actores y diálogos, las mismas incongruencias en que visitas a tu novio muerto que ahora vive en una lavandería china y que llora lágrimas de pelo.

Con una voz tristísima te anuncia: «Todo es pared».

Que a continuación se transforma en un plató de televisión en el que se pelean perros contra lobos.

¿Cuánto tiempo crees que aguantarías antes de perder el juicio? Soportamos la desgracia con relativa entereza porque se renueva a diario, porque siempre es actual, fresca, moderna.

En caso contrario, no podríamos. La misma pesadilla, soñada tres noches seguidas, nos aniquilaría.

*

Tu novio muerto vive en una lavandería llorando lágrimas de pelo y tú vas a visitarlo.

Con solo empujar un poco con la punta de la lengua, se nos caen todos los dientes al suelo.

Nos despeñamos por un precipicio, sin llegar a tocar fondo.

Nos persiguen y no logramos mover lo suficiente las piernas para huir.

Una música suena a nuestras espaldas (nunca sabremos quién la interpreta).

Queremos gritar y no nos salen los gritos.

Volamos en habitaciones cerradas, esquivando lámparas, con la cara pegada a pocos centímetros del techo.

*

Siempre he querido pasar más tiempo dormida que despierta. Para que te hagas una idea, Magnes, hace años hubo un terremoto en México, puede que ni te acuerdes. Fue devastador. Miles de víctimas, edificios en llamas, escombros. Una calamidad completa. Todo arrasado.

En el periódico entrevistaron a una superviviente de la catástrofe que dijo: «Crujía bien feo».

No se puede decir de otra manera. No se puede hacer mejor resumen ni con palabras distintas. Cuando leí la noticia, lo entendí todo y me entendí. Se podría aplicar a tantas cosas, Magnes, a la plaga de anisópteros, a aquella ardilla agonizante, atrapada en el tubo de ventilación, o a esta vida silenciosa que llevamos aquí. Tres palabras.

Crujía. Bien. Feo.

*

Una siente, en ocasiones, nostalgia del cuerpo. Aquellas piernas, aquel culo. Echo incluso de menos la pesadez de los miembros y el cansancio feroz, irreversible, que me arrojaba a la cama doce horas seguidas, hasta que me dolía la barriga de tanto dormir.

El resto del tiempo vagaba por la casa dramáticamente, con la cara hinchada de aburrimiento, sin nada que hacer, esperando una jaqueca inminente o a que terminase el verano o tu voz en el teléfono. Algo.

*

¿Qué aspecto crees que tengo? ¿Estoy guapa? Mi pelo es un despropósito, ya lo sé, no hace falta que me lo digas. Dímelo. Me faltan cremas y mascarillas. Potingues. Sérum. Sin espejos es difícil arreglarse. Necesitaría vestidos nuevos. Que sean claros, alegres, de algodón estampado. Con muchas flores.

La felicidad es un vestido de fiesta.

Aclárate, Magnes. ¿Me quieres o no me quieres? Los hombres indecisos sois muy poco sex appeal. Hay momentos del día en que siento que sí me quieres. Otros, en cambio.

Qué pesado te pones, Magnes, siempre con tus extravagancias y arabescos. Antes no eras así. No te soporto. Antes me hacías gracia, lo admito. Tan soso, tan peripuesto, con tanto vello, tan tú. Fue necesario pulirte, limarte las aristas, llevó tiempo. Parecías un caballo. Rompías vasos en las discotecas.

Al menos eso era algo. Te amo, Magnes. Te amo y no te soporto.

*

El consomé estará listo en un minuto, Cordelia. Tengo previsto añadirle pan tostado cortado en cuadraditos. Con perejil. Para darle un toque de color.

Deberías escribir todo eso que me estás contando, Cordelia. Pasarlo a limpio. Quizá te sirva de distracción. O puede que le interese a alguien. A un editor, conozco a uno que a lo mejor.

¿Escribir, dices? No, gracias. Yo no quiero escribir. Lo intenté una vez. Buf. Qué pesadilla. Fue como perseguir patos. Una jaula de patos se abre, se escapan todos y tú tienes que atraparlos. Buf. Corren en direcciones opuestas, los patos, las ideas, es imposible, cuando agarras una frase se te escapa otra, no puedes. Patos y más patos. No, gracias. Escribir es eso, o peor. Como perseguir patos.

*

¿Seguro que tú eres Magnes? ¿Ese es tu verdadero nombre? Ahora tengo mis dudas.

El Magnes que yo recuerdo era muy distinto a ti, más alto, más delgado, pelo oscuro, hombros más anchos. Tú antes llevabas barba. Y gafas. Ahora te has afeitado la barba y quitado las gafas, las dos cosas a la vez, como si las dos fuesen juntas, unidas por una goma.

¿Cuándo te has operado la vista? No me he enterado. ¿Con rayos láser, para corregir la miopía?

Cuanto más te miro, más dudas tengo. ¿Estuviste en esa discoteca hortera, o no? ¿Estás seguro de que coleccionabas insectos con alas?

Si no fue así, eso lo cambiaría todo, claro. En fin, supongo que en el fondo los nombres dan igual, qué más dará un nombre u otro, todos son intercambiables, lo que importan son los cuerpos, las mentes.

Tendré que acostumbrarme a ti. Después de todo, puede que sí lo seas; no podemos descartarlo a la ligera. No saquemos conclusiones precoces.

Si tú no fueras Magnes, yo tampoco sería Cordelia, y esto sería un delirio de identidades cambiadas. ¿Qué mentira soy yo? ¿A qué estamos jugando? Ya no sé ni quiénes somos ni cómo nos llamamos ni en qué día vivimos.

*

Quizá te confundo con otro; quizá tú me confundas con otra y todo sea un galimatías.

No eres único, ha habido otros Magnes que han acampado en mi cama, durante una sola noche o todo un año, han metido su cara entre mis muslos con mi consentimiento, bastantes, diría yo.

Hubo Magnes antes de ti y también los habrá después.

No son Magnes los que faltan, en este planeta loco hay Magnes a puñados, para aburrir. En todas partes hay Magnes: en las escaleras del metro,

en las gradas de los estadios deportivos. Todo saturado de Magnes, ya no cabe uno más. Es difícil distinguirlos. Hay el triple de gente en la mitad de espacio.

*

En todas partes busco la solidez del agua, la fragilidad del hierro. ¿Me convierte eso en mala persona?

Qué culpa tengo yo de haber encontrado una nueva felicidad que no está basada en los pequeños detalles, sino en las generalidades.

Vale, vale, no te pongas nervioso; retiro lo dicho. Qué susceptible te has vuelto.

No hace falta enfurruñarse ni que vayas a buscar tu pasaporte. Me fiaré de ti, qué remedio. Aunque no estoy convencida, fingiré que tú eres Magnes y yo seré Cordelia, por conveniencia. No te preocupes, que todo volverá a ser como antes. Por costumbre seguiré llamándote Magnes, Magnes.

*

Tú eres las ocho menos cinco de la mañana: una hora no demasiado intempestiva, pero molesta.

*

Qué oxígeno tan puro hay aquí, casi resulta opresivo. Noto, cada vez que respiro, entrar como alfileres en los pulmones, correr y despeñarse por el torrente sanguíneo. Pequeños latigazos en la laringe y en la punta de la lengua.

¿A ti no te ocurre lo mismo? Seré yo sola.

Minúsculos, así, como pinchazos eléctricos. ¿Nada?

Cosquillas dolorosas. Cristalitos en las amígdalas. Asesinatos momentáneos.

Me duele un poco al tragar, eso es todo.

*

Este cielo es fantástico, lo admito, no queda más remedio que rendirse a la evidencia. Y las cordilleras de alrededor, hechas de circonio, talladas. ¿Cómo has dicho que llamaba el marido de tu madre a este cielo?

Después de tanto tiempo sin verlo, entran ganas de zambullirse en su abismo turquesa, o rosa. La mirada lo vuelve todo líquido. Apetitoso, eso es. Es una pantalla desmesurada, un cine absoluto.

Resulta casi intimidatorio. Fulgura demasiado. ¿Cómo has dicho que se llama este lugar? Ah, no me lo has dicho. No lo recuerdas. Ya.

*

Se aprovecha de mí, claro. Todos se aprovechan de mí. Si yo te contara. Saben que no voy a denunciarles porque una es buena y eso.

Que si no. El día en que yo me harte.

*

¿De qué te ríes? No te estarás riendo de mí, ¿verdad? Eso sí que no lo consiento. Sal de aquí, Magnes. Márchate. Fuera. Vete a burlarte a otro sitio.

Que seas tan peludo no te da derecho a tratarme así. Ya me has hartado. Si no me explicas la diferencia entre la espuma seca y la espuma líquida, para qué me sirves. Para qué sirven los hombres. Más vale que te marches y me dejes sola, libre, hundida en mi soledad hasta el cuello, donde no hago pie, en la parte honda de la piscina, donde más cubre. Donde los niños que no saben nadar se ahogan y ya no cantan más.

Yo sí sé nadar, no me ahogaré, cantaré hasta perder la voz.

Sé cómo cuidar de mí misma, gracias, no necesito tus sales de baño. ¿Lo dices en serio, Cordelia? Irme, ¿yo?, adónde quieres que me vaya. Quién va a cuidar de ti, prepararte el desayuno, el almuerzo. Quién coserá los botones que se te caen, tú siempre vas perdiendo botones. Quién te pondrá el colirio en los ojos para tu conjuntivitis. Quién comprará en el almacén del pueblo la carne y las verduras. Quién recogerá tus caprichos del estanco y la farmacia, revisará el correo atrasado. Media hora de ida y media hora de vuelta, con el agravante de tener que cargar a cuestas con la mochila. Antes de tomar ninguna medida desesperada, piénsatelo bien, Cordelia. No seas niña. No te vaya a ocurrir como con el sofá, que primero te gustaba y ahora no y quizá mañana vuelva a gustarte. O quizá no, nadie lo sabe, es un enigma. Te pasas la vida jugando al bádminton con nosotros, así es, corres y nos golpeas con tu raqueta de un lado a otro.

¿De verdad quieres que me marche? Pues me marcho. Como comprenderás, ningún problema, mejor para mí, una atadura menos. Pero tú vas a salir escaldada, te lo aseguro. Te vas a arrepentir dentro de poco.

Tú sabrás lo que haces, Cordelia. Tú no estás bien. No me obligues a tomar medidas drásticas, a telefonear en contra de mi voluntad.

Prefiero no adelantar acontecimientos. No me dejas elección. Si tengo que actuar, actuaré, por mucho que me duela. Así de claro. El consomé. Ya está listo, come cuanto quieras, cuando tienes hambre te pones de mal humor. En cuanto comes se te pasa, lo tengo comprobado, el consomé está en la mesa, lo he calentado mucho, está hirviendo, cuidado no te quemes.

Fuera, fuera, vete. Descuida que no me quemaré, Magnes, soplaré antes. Lo que quiero es que te vayas. Lejos. Lo digo en serio. A cualquier parte, Magnes, a cualquier parte. Donde yo no te vea, ni siquiera por el rabillo del ojo. Fuera del radio de mi mirada. Sin tu voz cerca, todo es más fácil. La vida es casi discreta, casi alegre, casi posible.

La vida sin ti, mi querido Magnes, mi odiado Magnes, es como un castillo de arena en la playa. Se hace, se deshace, es divertido. No duele. Lo que hace daño es la voz, o su ausencia. Tú ya te has marchado, Magnes. Reconócelo, no estás aquí. Te has marchado dejándome en herencia una cicatriz rosa y una camisa planchada.

*

No hay castillo, ni almenas, ni foso. Te miro y no te reconozco. Qué viejo estás, me das pena. Te abultan las ojeras. Los años se te han volcado

encima todos de golpe. Ya no me hablas, ni me besas, ni me chupas los pezones. Eres peor que un fantasma, Magnes. Eres el fantasma de un fantasma, el muñeco de un ventrílocuo, una cosa horripilante y mezquina que vive encogido en unos urinarios públicos, incrustado contra la cisterna en el semisótano de unos grandes almacenes.

O algo peor aún: un forúnculo en el culo de un mandril. ¿Eres tú mi enfermero, mi esclavo, mi secuestrador, mi verdugo, mi cocinero, mi guardaespaldas, mi psicoanalista, mi carcelero, mi exmarido, mi hermano?

¿Quién eres tú, Magnes?

Me pregunto cuánto te paga mi familia por desempeñar todos esos papeles. Confío en que te lleves un buen porcentaje, te lo has ganado.

Si de verdad me quisieras, me ayudarías a escapar de aquí, de esta celda color camel.

Explícame quién eres tú, Magnes, para saber quién soy yo.

Hazme un último favor, anda, dame un respiro y desaparece, para que pueda odiarte tranquila, sin interferencias.

Recoge tus cosas y vete.

Considéralo un ascenso.

Al salir deja tus llaves sobre el felpudo. Esta grabación se autodestruirá en cinco minutos. Ponme como un sello sobre tu corazón.

Voy a dejar de hablar para no oírte.

*

¿Te has ido ya, Magnes? Me parece que sí, ya no te siento. Está oscuro, el día acaba. Las sombras invaden el recibidor. Qué alivio estar sola. Espero que no me guardes rencor por esto, Magnes. Adiós. Tampoco yo soy la misma de antes. Necesito hablar, con tu permiso o sin él, aunque tú no estés aquí para escucharme.

Hoy me noto distinta, más sex appeal. Tú te lo pierdes. Se necesitan agallas para callar, y a mí siempre me ha faltado esa clase de valor.

Ah ah ah.

Mira, después de todo, al final puede que sí escriba esto. Afilo mis lápices. Sé lo difícil que es rajar el silencio, arrancar cuesta trabajo, ojalá mejore después. Tengo miedo de contarlo mal. Tres, dos, uno. Respiro hondo. A ver por dónde empiezo.

Cárpatos

Uno: el puente

Me recomendaron que no me asomara al vacío, que no hiciese preguntas y que me abstuviese de hablar con los demás integrantes del grupo. «Nada de tonterías, ya os darán explicaciones ahí abajo», nos instruyeron. Caminábamos en fila india, en paralelo a la catarata que vertía como edredones de agua hinchada, por un quebradizo puente hecho de palitroques de madera que salvaba una garganta bastante honda entre desfiladeros, éramos un grupo de unos quince hombres uniformados con cortavientos de poliéster, todos iguales, con las capuchas puestas, sin cara o con caras sucias de sueño o incompletas.

La consigna era avanzar, avanzar, avanzar en línea recta sin detenernos, abrirnos paso en la selva, una vez comenzada la expedición no había ninguna posibilidad de desviarnos o retroceder, arrepentirse quedaba descartado. Me preocupaba saber dónde estaría Manison, en el revuelo lo había perdido de vista, desde que tuvimos que dejar a medias nuestra partida, con medio tablero arrasado, un campo de batalla artificial entre alfiles y torre amenazando a su dama pálida, no estaba claro cómo iba a zafarse esta vez de mi suave emboscada.

Todo quedó en suspenso a partir de la llamada nocturna a través de la emisora de radio, la frase breve y compacta del oficial del que solo sabíamos que se llamaba Garay, dicha en tono de reproche, la orden de desalojar la cabaña de troncos de inmediato con nuestras pertenencias dentro, literas revueltas, platos sucios en el fregadero, bolsas de plástico, una zapatilla volcada, da igual, no hay tiempo para preguntas, vamos, vamos, miré con pesadumbre aquel remedo de hogar, los dos solos, para una noche que estaba a punto de derrotar o casi derrotar a Manison, te echaré de menos, aquellos quince días a solas con Manison en la cabaña de troncos durante los cuales por primera vez en mi vida había logrado el milagro de sentirme ni feliz ni desgraciado.

La llegada fue traumática. Pasé los dos primeros días con vómitos y fiebre. No sé qué habría sido de mí sin los cuidados de Manison. Después todo mejoró. Pensaba en ello cuando le dije al oficial que estábamos ocupados, si no sería posible… Manison me tiró de la manga.

–Déjalo, Erizo, no ves que no atiende a razones. Seguro que es Capricornio con ascendente en Tauro.

Sangre. En el suelo del puente había salpicaduras de sangre formando chorreones jacksonpollock o sería café vertido o algún otro fluido humano o químico. La humedad iba en aumento, la idea de enfermar no era descabellada. Malaria o corte de digestión. Alfil negro a g7, una estrategia

algo comprometida. ¿Me arriesgo o no me arriesgo? Mi mano quedó congelada en el aire, no concluyó el movimiento.

Empezaba a arrepentirme de haber firmado aquel contrato que ni siquiera recordaba haber firmado, sin leer la letra pequeña, mareante de cláusulas por las dos caras, páginas y más páginas de una fuente tipográfica minúscula unidas por un clip. Si lo llego a saber me traigo mis pastillas, nunca están de más con este clima, a veces soy tan idiota, dónde tengo la cabeza, mira que me lo tengo dicho, Erizo, las prisas.

Tendrás que acostumbrarte al vértigo. No mires abajo. De vez en cuando se oía un grito, o lo que parecía un grito, ahogado bajo capas de aquel edredón acuático, mullidas alas de espuma que sepultaban toda posibilidad de comunicación o llanto. No íbamos, sino que nos llevaban, a lo largo del desfiladero de rocas de un negro pusilánime, aceitosas de musgo. Resbaladizas.

No era imposible que alguien, perdido el equilibrio, cayese al foso y se despeñase, resultaba difícil mantenerse sobrio debido a la imprecisión de la hora, los zarandeos de congoja del puente, los puntos movedizos de personas y espinos contra los ojos y punteros láser y los estragos del hambre.

Había helechos por todas partes, un paroxismo de hojas resentidas y bárbaras. No me habría venido mal un termo de coñac o un cigarrillo o una barrita energética.

Mi estómago pataleaba, no habíamos ingerido nada sólido desde el mediodía, cuando nos habían repartido un táper para cada uno con una pata de pollo fría, una onza de chocolate belga, un kleenex a modo de servilleta y medio gramo de K-rosydhol –también denominada «droga caníbal»– para combatir los síntomas del cansancio.

Dos: la mina

Entramos en el túnel de una antigua mina, qué alivio. El suelo estaba seco. Durante un trecho pudimos librarnos de los bofetones de lluvia, que ahora en cambio arreciaba fuera aparatosamente hueca e inofensiva, como un televisor desprogramado en casa del vecino. Un zumbido blanco.

La desventaja era la oscuridad, caminábamos en un filo, a tientas, montón de ciegos sin sus bastones, había que estar muy atento a dónde metías el pie, el codo, los dedos, no fueras a arrollar al de delante o ser arrollado por el de detrás o resultar herido tú mismo.

Ni rastro de Manison, cuánto lo estaba echando de menos, yo mismo estaba asombrado, pequeñas cosas sin importancia, su voz, la alegre brusquedad de las mañanas, el sonido de la ducha cuando él ocupaba el seno de la bañera tarareando siempre la misma canción aprendida en su infancia, su favorita, esa que empieza diciendo na-na-na-ni-ni-na-na, la que habla de un glaciar y me parece que también de una chica y de la importancia de amarse

pese a todo y de que al final un día, de un modo u otro, todo se arreglará y volveremos a ser felices juntos. Algo así.

Espanté este recuerdo de mi cabeza mientras avanzábamos por la galería de la mina entre aleteos de murciélagos y vagonetas arrumbadas para evitar la pena que notaba ensancharse en mi tórax en oleadas peores aun que el verde tóxico de los helechos.

Cuatro instructores (los denomino instructores, sin la menor garantía), vestidos con monos de faena y cascos de motorista, con mastines adiestrados, nos vigilaban de cerca con un portapapeles con hojas, sujetas por una pinza metálica, donde evaluaban algo, ¿nuestro comportamiento?, valoraban algún tipo de destreza que juzgaban en nosotros (¿pero cuál?), si seríamos válidos o no, quizá nos puntuasen del 1 al 10. Un examen sorpresa.

La pesadilla de repetir curso, otra vez, ya pasé por eso mismo antes, de niño, en el pasado, por culpa de un desajuste en la edad y un supervisor demasiado estricto. Tu primera foto.

Uno de los instructores nos filmaba con su cámara de vídeo. Las pupilas se acostumbraban a la noche naranja y pastosa, qué remedio, y al final hasta resultaba que el túnel de montaña no era tan malo, en general prefiero las paredes al vacío, la fiesta al silencio, el techo a la intemperie.

Tres: el disparo

Un disparo de revólver no es nada. Pum. Se parece a descorchar un tapón de champán durante una celebración familiar en el pabellón de veraneo. Una efusiva detonación caliente, ya está. Un signo de admiración bajo los toldos, las pérgolas y los emparrados cargados de racimos de uva chinchilla.

Un estornudo de Dios.

En esta vida hay cosas más divertidas de las que ocuparse, ya lo creo que sí, estamos de vacaciones, no me vengas con historias, Erizo, joder, sírvete otra. El taponazo apenas se advierte, confundido entre muchas otras risas, otros veranos del pasado y otros chapuzones de cuerpos desnudos de nadadores en la piscina de aguas turquesa.

Pum. ¿Lo habéis oído? Nadie se inmuta ni te hace caso, nadie oye nada, no hay prisa, Erizo, la sobremesa se estira hasta el atardecer, los adultos chismorrean, los niños juegan en los columpios, los adolescentes se aburren, la hierba sigue meciéndose a rachas en el jardín sombreado de hojas de ginkgo biloba.

Mientras tanto, la muerte, inadvertida, ha entrado de refilón en nuestra morada, ya ha empezado a repartirse los espejos. Nuestras mejillas cambian de colores al ritmo de las horas, pasan del rosa al azul y de este al verde. La paz desciende desde lo más alto. Y a otra cosa.

En total, ya solo quedábamos una docena de hombres, al menos tres habían desaparecido de nuestra vista fundidos con la pizarra o reventados por

la soledad y el viento, soy fan del viento.

Si hubiese leído aquel contrato antes de firmarlo, ay, más te valdría. Cláusulas y más cláusulas escupidas de la impresora. Demasiada letra pequeña por las dos caras, me mareo, apelotonada entre gráficos y fórmulas algebraicas, páginas y más páginas unidas por un clip sobre el mostrador de zinc de aquel sótano con bebidas.

Qué hago aquí, si en realidad yo solo buscaba una farmacia de guardia.

Me dejé llevar por el entusiasmo, siempre me pasa lo mismo. De ello deduje que estábamos inmersos en algún tipo de prueba de supervivencia o eliminatoria laboral cuyas normas desconocíamos, temblé por Manison, oh Manison, era tan dulce y de manos tan delicadas cuando movía peones en nuestra cabaña de troncos, tan poco competitivo, él, insistía en cocinar siempre, con un delantal de rayas atado a su estrecha cintura, conocía recetas, steak tartar con pimienta negra y mostaza, el olor de las especias impregnándolo todo, hasta el cabello, y una vez Manison apareció porque sí con unas ramas de wisteria moradas y amarillas que recogió del valle de Cydro y amasó un centro de mesa.

Alimentó de leña la chimenea. Encendió una vela. Rezó sus plegarias. Se persignó. Había algo franciscano en su mirada, en su voz y en su silencio. Sonrió con somnolencia.

Grande y pesado. Algo. Algo brillaba en la oscuridad del túnel. Dos faros encendidos. ¿Quién era? A lo lejos, allí, destacaba algo, inmóvil y fantasmal, una aparición o estatua o bestia. ¿Viva o muerta?

Un estremecimiento sacudió la fila. Nos acercábamos a la Cosa. Al aproximarnos lo distinguimos. No cabía duda. Era un alce. Estaba vivo. Apenas bramaba, parecía exhausto, sin fuerzas ni para respirar. No hacía nada. Estaba allí de pie, contemplando el suelo, sin agitar las palas de su cornamenta de las que colgaban harapos de piel muerta. Movió las ancas.

Nunca antes había visto a un alce tan de cerca, reconozco que me impresionó. Era enorme. Pasamos a su lado con cautela, para no asustarlo, nos rozó el aliento de su hocico húmedo. Una bocanada breve y templada, una rosa de oxígeno.

Eso era, un alce plateado y solo en mitad del túnel. No estaba atado, podía irse cuando quisiese. Era libre de escapar y sin embargo.

Por un momento temí que nos ordenaran sacrificar al alce. Matar y descuartizar. Para ponernos a prueba. Ignoro cómo habríamos reaccionado el medio gramo de K-rosydhol o yo en tal caso. Nunca había matado nada, si exceptuamos moscas y alguna cucaracha y demás bichos pequeños. De niño, en la granja de mis abuelos donde me crié, cacé lagartijas y les corté los rabos para experimentar la emoción de ver cómo sobrevivían separados del cuerpo, con impulso propio, acelerados por una vida misteriosa, eléctrica.

Eso era todo, mi historial de matarife no llegaba más allá. Por suerte

nadie nos pidió que eliminásemos al alce, seguimos nuestro camino y lo dejamos atrás. «Quizá a la vuelta», pensé, porque todavía pensaba en términos de «ida» y «regreso». Qué equivocado estabas, Erizo, qué ingenuo eras, ni sospechabas cuánto.

Las paredes del yacimiento lloraban, el agua descendía en trenzas. Había un gorgoteo rítmico de tetera hirviendo. De tanto insistir en gotear y gotear por un mismo desagüe, durante siglos, el chorro de agua había erosionado un canal que tornasolaba el color de la roca, que vacilaba entre la oxidación y el oro. Apestaba a almizcle.

El corredor de la mina se bifurcó, el camino se dividió en dos brazos como los pasillos de un multicine, a izquierda y derecha, sala 1 y sala 2, la linterna del acomodador con su brillo de luciérnaga y el olor a maíz tostado, nosotros también nos dividimos, el grupo de encapuchados se desgarró, la mitad de nosotros se internó por un pasillo y al resto nos tocó proseguir por el otro, cualquiera sabría por qué.

Cuatro: el castillo

Alrededor de una hora más tarde emergimos de la cueva del Minotauro, nos agredió un relente de cámara frigorífica en el pasillo de congelados del híper.

Entre el interior y el exterior no había una diferencia tan clara.

Nos conté. Ya solo éramos cinco.

Cinco bultos encapuchados, de los cuales, me pareció, ninguno era Manison (¿o sí?), y yo empecé a odiarle un poco, de mentira, por haberse ido tan pronto y no dar señales de vida y no estar presente ahora, Manison, pelo rapado y rastrillo entre las manos, frente abombada, flores en la barba, el sol le había puesto en los hombros un golpe de pecas, nos llamábamos por nuestros nombres a voces de un cuarto a otro de la cabaña de troncos, él llevaba los auriculares puestos a todas horas, no se los quitaba ni para dormir, qué manía, siempre enchufado a su música, atado a aquel hilo de sueño o de belleza electrónica, con ropa deportiva o sin ropa, eso duró un tiempo, dos semanas de vacaciones a solas en la cabaña de troncos, hasta la orden en radiofrecuencia del oficial Garay que lo cambió todo, nos expulsó a la noche tropical y embalsamó a los renos con sus cuernos de cuchara.

Arriba, la luna serena. Llovía menos. La otra cara de la montaña ofrecía un espectáculo distinto, la mancha forestal escaseaba, agrietada por un paisaje con alambradas de púas y paredes con pinturas rupestres, signos tribales con huellas rojas de manos o bisontes en la arcilla todavía fresca del paleolítico superior, alguna silueta temblorosa que sugería asentamientos o espirales de galaxias bajo el agua, el trabajo colectivo de toda una sociedad empeñada en crear algo importante, artístico, una civilización o un vaso.

Algún gracioso había adherido, encima de una pintura rupestre, una

pegatina publicitaria de la discoteca *Andrómeda.*

No entendía las pinturas, no entendía el cielo hecho a base de erratas, no entendía mi vida, no entendía esta tierra, que estaba rota y mojada y agujereada por cráteres o trincheras. ¿Estaríamos en guerra? ¿Contra quién? No me había enterado del comienzo de las hostilidades. El contrato, la letra pequeña, ay. Aquel momento. Con docenas de notas a pie de página y fórmulas aritméticas. Firme aquí, aquí y aquí. Aquel sótano con bebidas en lugar de una farmacia de guardia. Había empezado siendo un juego pero se les fue de las manos. Yo ya estaba viejo para esto.

Aquellos montes y aquellas simas eran incomprensibles para mí, puñetazos de los dioses, del mismo modo que para un monje cisterciense encorvado en el escritorio de su monasterio medieval resultaría incomprensible la frase:

–Vamos a hacer una cosa: métete en la aplicación.

Tuve un atisbo de idea, creo. Se me ocurrió que tal vez nuestro viaje no era en el espacio, sino en el tiempo. Lo que nos señalaban los guías era alguna clase de posible mapa futuro, una serie de imágenes alternativas, a su manera elegantes, de los descartes rotos del porvenir.

No estoy muy seguro de que esta última frase sea verdad. Tampoco estoy seguro de lo contrario. Me hallo en tierra de nadie, indeciso, dudando entre dos extremos, empapado y hambriento, sin Manison.

Juraría que por aquí hemos pasado ya antes, me parece reconocer esa roca aplastada en forma de enchufe. ¿O estoy equivocado? ¿No estaremos caminando en círculos alrededor del castillo de sillares faraónicos? ¿Será nuestro destino el origen?

Mi sentido de la orientación era vacilante. Una barra en la nuca. Presión arterial en aumento. Ritmo cardíaco acelerado. Hiperventilación. Visión periférica defectuosa. Opresión en el pecho. Arritmia. Posible febrícula. Nervio óptico amotinado. Todos ellos efectos secundarios del K-rosydhol, aquella droga caníbal desaconsejada por la literatura farmacológica, de efectos imprevisibles, que ahora bailoteaba en mi sangre.

A ratos el K-rosydhol me dejaba insensible, indiferente a todo, libre de angustia, conforme con la vida. De ahí que fuese tan peligroso.

En otro momento resurgieron mil terrores infantiles, impropios de mi edad mental, monstruos de Halloween, castigos corporales, amenazas de azotes, pellizcos con retorcimiento de carne, palmetazos en los nudillos, eso es pecado, te advierto, te prohibo, te aconsejo, mejor no hagas esto ni lo otro, no te acerques a aquello, no mires esto, no toques eso, ni se te ocurra, ya verás como se enteren.

Si hubiese tenido a mano mi antigua cámara de fotos, qué rabia. El cielo era un salvapantallas. El perfil quebrado de los árboles tenía forma de gráfico de empresa. En las montañas veía iluminarse ventanas, gente trabajando en mangas de camisa, edificios de oficinas y campos de golf.

Fiestas de disfraces en medio de ruinas romanas. El graznido de los cuervos sonaba muy parecido al que emite un cortacésped. No podía ser; todo el tiempo esta confusión entre lo natural y lo artificial, era incapaz de distinguirlos, empezaba a resultar alarmante.

Una liebre aparcada en doble fila.

Me atormentaba no haber podido despedirme de él. O al menos escribirle una carta. Querido Manison. De esas antiguas y floreadas, con su caligrafía secreta de contracurvas en folios verjurados. Un desahogo, lo que nunca me había atrevido a contarle a nadie. Depositaría mi confesión íntima sobre una piedra, colocaría encima otra piedra que haría las veces de pisapapeles y me sentaría a esperar la respuesta a solas en mi dormitorio, en el vagón restaurante, en medio del campo de soja, recostado contra una bala de heno cilíndrica mientras tocaba la armónica.

O recibir una carta suya por sorpresa, un día, muchas décadas después, querido Erizo, ha pasado tanto tiempo, ahora los dos somos viejos y estamos retirados, llenos de achaques, quizá ya ni te acuerdes de mí.

Y debajo, ocupando media página, un tablero de ajedrez mal dibujado y un movimiento de dama: d5.

Cinco: la cripta

Volví la vista atrás: yo era el último de mi fila. Delante de mí se tambaleaban aún tres bultos más. Detrás de mí, nadie: solo el vacío. Era de suponer que los restantes miembros del grupo habrían caído eliminados, uno tras otro, bolos humanos, sin un alarido o queja, con esa promiscuidad hacia la resignación ante el destino y ese abandono bovino frente el espanto cuando este es cierto e inevitable, perdida ya toda esperanza.

La fatalidad de salir de noche, con ganas de beber, y encontrarlo todo cerrado.

Aquel último bar abierto, en los confines de la ciudad, no muy lejos del aeropuerto, cuando yo iba buscando una farmacia de guardia.

Aquella última copa solitaria. ¿Por qué no? El rodeo ideal de la noche antes de rendirte y caer acribillado por la clarividencia de los lunes, los perfiles nítidos y las corbatas a juego con doble nudo windsor. La barricada de los desesperados.

Rótulo rojo de neón, zumbando con un brillo rabioso. Tenía nombre de cadena montañosa o castillo fortificado del conde Vlad Tepes. A ver qué tal. Otro bar último, cuántos van ya, he perdido la cuenta.

Para acceder a esa cripta había que bajar cuatro peldaños sin caerse. Uno, dos, tres. Prueba superada.

Tu mano descorrió la cortina de lentejuelas. Te dio la bienvenida una celosía con rombos de colores vivos. Arco iris de botellas alineadas con

sentido estético y luz de flúor verdoso como de nave espacial. Madera oscura, cromados, música ambiental de *bossa nova* procedente del jukebox, un cierto aire retro de club náutico británico. En el techo, las aspas de un ventilador desacelerándose.

Aquí estamos. Me instalo para siempre. Te acodaste en el mostrador, optimista, varonil y mastroianni, apuntalado en un taburete, decidido a apurar la suerte hasta el fondo, no importaba a qué precio.

Barman, sírvame un dry martini. El sabor punzante en el paladar. El reflujo gástrico. La alegría verde de la aceituna ensartada en el palillo. Eras el último cliente, señor, no son horas, estamos a punto de cerrar, lo siento, te han atendido por compasión, te das cuenta de eso.

En el extremo del mostrador abultaba el caparazón negro de un casco de motorista, unos cuantos folios con letra de impresora, que no entendiste, unidos por un clip. Clipados. ¿Existe el verbo clipar? Me parece que no, habrá que investigarlo.

Barman, sírvame un dry martini. Al despertarte al día siguiente, ni siquiera recordarás haber firmado nada. Yo no he firmado nada. No he clipado nada. Un trago rápido y a dormir, te lo prometo. Dos tragos.

–¿Sabe usted qué hora es?

Lo dijo con una voz oscura, que parecía proceder de las entrañas de un perro.

–Ná. Si quisiera saberlo, amigo, no habría entrado aquí. ¿Tienes algo?

–Es tarde, no debería…

–Escucha: ¿tienes algo, sí o no?

El barman exageró su extrañeza. Puso cara de jaula. Tenía ojos saltones, una cicatriz en el cuello, recosida como un balón de fútbol. Se alejó y volvió cabeceando, más viejo y peor.

Manipuló alguna cosa bajo la barra. Al fin, abrió un maletín como de joyero, forrado de terciopelo negro. Allí estaban. En fila. Y te ofreció lo que tenía.

–¿Una dosis o dos?

Reservado el derecho de admisión. Las grandes dudas existenciales, formuladas a partir de un posavasos o el fondo vacío de una copa, sin más que un chorrito de angostura. La vida es esa sombra que se escapa. No tenías claro si querías vivir así o asá, de este modo o de aquel otro, ateniéndote a un plan estricto o improvisando día a día, según fuesen variando las circunstancias y la configuración de las nubes.

Firme aquí, aquí y aquí. Así, perfecto. La firma del presente contrato supone la entera aceptación de las condiciones legales expresadas a pie de página.

Pasó un rato, te permitieron quedarte en el club. En el sótano no había nadie más. Aquel barman belalugosi y tú. Un espejo hiperrealista en el

que cabe agazapado el bar entero. Dentro del espejo, en una esquina, una nuca. Ah, no te habías fijado antes. Eso te hace reír, o la risa venía ya contigo desde más atrás, desde la carretera desierta y el viento mecánico de los descapotables rojos.

Era una risa antigua, moderna. Traías la risa puesta, una risa masticada entre dientes, vocalizada.

La nuca se volvió y te miró, era un muchacho, una muchacha de aspecto andrógino, cuánto le debo. La caja registradora cantó su sonsonete de monedas agitadas. Propina eufórica en el platillo, que no se diga.

El otro se levantó al mismo tiempo que tú. Los dos, casualidades de la vida, eráis de la misma estatura. Salisteis sincronizados del bar, los dos juntos, tú primero, no, tú, tú primero, por favor, no, de ninguna manera, insisto, os cedisteis el paso el uno al otro con educación versallesca de beodos.

Había dejado de ser tarde y empezaba a ser temprano. O era al revés. En la calle, el frío del amanecer en las piernas enfundadas en tela vaquera. El gemido decreciente de una sirena de ambulancia a lo lejos, apenas audible.

En ese momento, las letras rojas de neón de la fortaleza de Vlad Tepes con el nombre del local se fundieron, el edificio enmudeció, dejando la acera ensordecida, en una penumbra hueca. Una hoguera menos.

Os quedasteis cara a cara, el muchacho o la muchacha y tú, bajo un sol de mantequilla, junto a una tapia de ladrillo recocido con desconchones y carteles desgarrados de propaganda electoral; una pasta sonriente de caras de enemigos políticos –reformistas, conservadores, democracia cristiana– mezclados en una pesadilla ideológica. Desenvainaste las llaves. A ti te pareció conveniente sacarlas del bolsillo y agitarlas en el aire.

–Tengo el coche aparcado aquí mismo, puedo acercarte a cualquier sitio, si quieres, no es molestia.

El muchacho o la muchacha te miró sin sorpresa. En la oreja tenía perforado un colgante en forma de interrogación y un comienzo de canción en los dientes. Sonrió con somnolencia.

–Café con hormigas –te pareció distinguir que dijo.

–¿Perdón? No entiendo.

–A ti te pega ser Piscis con ascendente en Géminis o… –aventuró.

Fue lo primero que dijo, su manera de tantearme, o quizá de intrigarme con acertijos de órbitas, numerología, limpieza del karma y cartas astrales. El seductor influjo de planetas y satélites. La bola de cristal de la echadora de cartas, figuras del Tarot extendidas sobre el tapete verde, escoge la que quieras. Veamos. Alguien especial entrará en tu vida, emprenderás un largo viaje a un lugar exótico, recibirás un premio por tus esfuerzos. Así nos conocimos tú y yo hace dos años o menos. Manison.

–Abracadabra.

La ropa ilusionada de los primeros días. La fuerza y la verdad de los primeros días juntos, de las primeras semanas. Eso que ocurre antes de que la magia se coagule en costumbre y la costumbre en óxido. La oxidación de palabras y gestos, el té enfriándose en la taza, tardes de lluvia y pianos, discos de vinilo en el suelo, el juego de adivinar coincidencias y extraerlas de un pasado biográfico común.

Yo también veraneaba en esa misma cala de niño, tuve un jersey idéntico al tuyo, cómo odiaba las clases de gimnasia en el instituto, era bueno en latín y malo en matemáticas. La boca, ansiosa por detener el tiempo, sin embargo lo reafirma y acelera. No hacía tanto que me había descubierto en el espejo del baño mi primera cana.

Sí, se puede creer en dios, pero no merece la pena.

Seis: la playa

Comenzaba a clarear. Del horizonte colgaba un resplandor tenue y elástico. El viento contraatacó e hinchó velámenes. Algo en la morfología del terreno sugería que podía tratarse de una isla, nunca lo habría imaginado.

O un conjunto de islas, un archipiélago desconocido.

Descendimos por un terraplén hasta un paisaje de dunas, arrastrábamos los pies. Entre el mar y el cielo no existía línea divisoria. Cuando alcanzamos la costa, quedábamos tan solo dos supervivientes y un único instructor, o lo que fuese, con su casco de motorista y la cámara de vídeo en funcionamiento. Exhaustos.

¿Dónde estaba mi recompensa después de tantos años de sacrificio? Mi vista abarcó los restos de un navío a medio hundir; se apoyó en una joroba. Despojos de carcasas de proyectiles entre la arena. Tablas de surf destrozadas. Cáscaras de naranjas y envoltorios de caramelos. California quedaba lejos. ¿Este era el premio que me predijo la vidente? No creo.

A pocos metros se abombaba la respiración del mar, un suspiro alienígena de escamas y gaviotas sobre un friso grisáceo de espuma. Apetecía apoyar la cabeza y descansar allí, en ese pecho silbante de padre, todo rumor y campanas, entre novelas de naufragios, cofres del tesoro pirata y relojes de bolsillo enterrados.

Por costumbre, miré a ambos lados antes de cruzar la calle. Olvidé que aquí ya no había calle, ni lados, ni semáforos, ni cruce. Toda precaución sobraba. Agotados, nos empujaron a los dos dentro de un ¿ascensor?

Ya ni me extrañó que hubiese un ascensor en la playa. Me metí sin protestar, decidía por mí el K-rosydhol, aquella droga obsoleta e imprevisible,

desaconsejada por la literatura farmacológica.

Eché un último vistazo a todo, las nubes de arena, las banderas desgarradas, los montículos donde a lo mejor vendrían a desovar y a enterrar sus huevos cientos de galápagos.

Las puertas del ascensor se cerraron. Era todo de cristal, paredes, suelo y techo transparentes, sin estructura metálica externa, solo sujeto por cables y poleas. Un gran obra de ingeniería, para qué tantas molestias.

El ascensor arrancó primero en horizontal, se detuvo unos segundos, bailoteando en el cable, un par de metros por encima del oleaje, y a continuación se zambulló en el océano llevándonos a nosotros dos dentro.

Empezamos a descender en esa profundidad amarilla y lenta, con ojos sin pestañas que nos observaban desde fuera con absoluta indiferencia, éramos ranas en un acuario, criaturas submarinas, tentáculos disueltos en sal yodada, el ascensor caía en picado, pedir socorro era inútil, quién nos auxiliaría.

Bajábamos más y más entre esqueletos de cachalotes y columnas de hueso, aceleramos catedrales góticas de medusas, coliseos de esporas, corales de yeso, formas ovaladas de claridad ovárica, era invierno y verano al mismo tiempo, yo sudaba y tenía escalofríos, era joven y viejo, hombre y mujer, sano y enfermo, en este momento daba comienzo nuestro verdadero viaje.

Ahora no recordaba si habíamos dejado las luces de la cabaña encendidas o apagadas, y en realidad ya no importaba. En lo que a mí respecta, Manison, se han quedado encendidas.

Confirmación del susurro

Querida Marianne:

Qué nombre darle a esto. Ni siquiera estoy seguro de que sea una carta de despedida. Puede que no sea nada. Una bola de papel arrugado que cruje y se destensa bajo mi mesa. Un grito de expiación o socorro o un borrador para futuras canciones.

La confirmación del susurro.

Ya me conoces. Soy bueno con las palabras. Solo soy bueno con las palabras. A veces soy bueno con las palabras. Solo a veces.

Querida Marianne: recito mi plegaria. Acato las reglas. Ordeno mi dormitorio, que es otra forma de aplacar a la fiera. Froto mis botas con sebo. Prendo una vela en el altar. Dispongo mis útiles para escribir. Afino la guitarra. Medito. Barro el suelo. Pelo patatas. Lloro un poco. Medito. Estiro el cobertor de la cama.

La llamo cama para hacerme el integrado, pero es más bien un jergón. Un catre de monje en un castillo normando. Me someto a una disciplina ferroviaria que me agota, todos mis días están pautados con la misma salvaje rigidez que las casillas de un casillero.

Es perfecto. No podría ser peor.

Nada de sexo.

Aquí me tratan como uno más, sin distinciones. No puede afirmarse que reciba algún privilegio. Tampoco lo contrario. Ningún portero me impide salir, las puertas del recinto están abiertas, soy libre de irme a casa en cuanto se me antoje. Pero he decidido perseverar en mi reclusión voluntaria de Mount Baldy, de espaldas al siglo, por voluntad propia, con el fin de atemperar el ego, ejercitar la paciencia, fortalecer el músculo del espíritu y afilar la ironía.

En ocasiones especiales de un rincón aparece una araña, o desaparece, y por nada del mundo quisiera interferir en sus planes, boicotear el núcleo original de su destino o en un descuido quebrar por culpa de mi torpeza de humano una de sus delicadísimas patas.

La fragilidad de esta hermosura diaria me conmueve. La araña y yo somos uno. De la percha del armario cuelga mi único traje, de raya diplomática. Es mi ficción preferida. El disfraz que vestiré cuando me marche de aquí, algún día. Me favorece. En todas partes me hace sentir el hombre más extranjero del mundo.

Mi sombrero y mi reloj, en cambio, están guardados en la maleta. La maleta está cerrada con llave, debajo de la cama. Mejor así.

No quiero mentirte, Marianne: en Mount Baldy también disfruto de algunos lujos. Un cepillo de dientes para mí solo. Cuchillas de afeitar. Un peine. Una manopla de arpillera exfoliante para el baño. Un par de tizas. Una

toalla.

A esa clase de lujos me refiero. El lujo del espacio y la soledad sin límites. Tiempo para pensar, para no pensar. Para todas las posiciones intermedias.

La noche se extiende ante mí, como un cable ante un desierto. La noche durará lo mismo que esta carta. Un rectángulo de cielo es mi televisor. El diorama de las nubes. Estrellas distraídas. Ni siquiera necesito cambiar de canal. Ella sola renueva su vértigo cada pocos minutos.

La disciplina de admirar me corta el aliento. Lo mejor de todo es que al ingresar aquí he perdido hasta mi nombre y apellidos. Entre estos muros me han rebautizado Jikan, lo cual significa que soy parco en palabras. ¿No te hace gracia, Marianne?

Estos son ahora mis negocios. Lavo mis pecados de *songwriter*. Desde fuera, puede dar la impresión equívoca de que estoy esperando algo. ¿Espero algo en concreto? ¿Un milagro? ¿Un golpe de inspiración? ¿Una verdad revelada? ¿Un nuevo desembarco de los marines en el arenal de Omaha Beach contra la esvástica? No sé qué contestarte a eso, querida Marianne, buena pregunta.

La respuesta es demasiado retórica para decirla en voz alta. Me dedico a acariciar nuestra historia, quizá, ahora que todavía puedo, antes de que sea otro quien emprenda esa labor de salvación, que solo a mí corresponde.

A qué viene esto, te preguntarás. Después de tantos años de aeropuertos, cocinas, giras de conciertos (con su bosque de manos alzadas), relaciones abiertas, pruebas de sonido, intercambio de parejas, bises, norias de adulterios y sexo en grupo, espantadas, embarazos no deseados, dolor y culpabilidad, psicodramas en platós de televisión y tentativas de reconciliación o suicidio.

Fue un cúmulo de cosas. Ni yo mismo estoy seguro, Marianne. Tal vez sea por eso mismo. Las razones son aleteos inconstantes, hojas de un otoño sin viento. Aparecen y desaparecen, lo mismo que esta araña que ahora escala la pared, a la altura de mis ojos.

Los dos estamos acercándonos a la edad, cada uno desde su extremo de la corteza terrestre. Tenemos las respiraciones contadas. Cada minuto que pasa nos queda menos oxígeno. Hay un número específico de la guía telefónica que nunca volveremos a marcar. Cada taxi puede ser el último taxi.

La manzana que miras al despertarte no es la misma manzana que contemplaste al ocaso. Tiene una estrella dentro. Otra textura. Una punta de podredumbre se clava y agrieta su pulpa de sidra.

No pienso en ti a menudo. Durante largas temporadas ni existes. Existen otras cosas: la televisión, el futuro. Y de pronto un día, una noche, sin venir a cuento, reapareces. Te veo. Estás delante de mí. Me miras. Eres la misma que se sacudía con lentitud la arena del pelo en la playa o aquella otra

que me hablaba, diciéndome que si no sé qué, que si no sé cuántos. Y yo tengo que hacer algo al respecto.

No es necesario caerse desde las alturas para saber que el suelo está duro.

Marianne, una vez, hace mucho, en otra vida, fuiste una voz rubia y un telegrama joven desde los Alpes: «Ven stop te espero». Tú tomaste la iniciativa, tú dirigiste la escena. Modificaste las luces. No fuiste esa mujer que se deja impresionar con facilidad o se sienta en el salón de su casa a esperar pasivamente una llamada, mientras alisa una arruga del sofá o mordisquea el dedo de un guante, abierta a la obscenidad.

No necesitabas a nadie que te rescatase del incendio. Sabías cómo rescatarte tú sola.

Cuando te alcancé en aquel muelle de la costa del mar Egeo, eras seria, alta, muy responsable, profunda, elegante, maravillosamente viva, qué poco te reías. «Seria como una novia», te provocaba yo, Marianne.

Y tú me tendiste la mano.

Y tú me abriste tus muslos.

Y yacimos juntos de noche.

Pero en cada risa tuya, tan escasa, podía adivinarse al niño de los columpios. Y con eso era suficiente. De ese pan ácimo nos alimentábamos tú y yo durante semanas y meses, hasta saciar el apetito de nuestros cuerpos y decir basta. De esa levadura macerada, íntima, brotaron muchos poemas y cosas.

Nuestra casa olía a bulbo de cebolla. Las ramas de la higuera que tú plantaste proyectaban juegos de títeres en la caja de la escalera. Cine de animación. Las paredes encaladas, de una blancura de hostia bendecida que era casi azul.

El agua procedía de un pozo artesiano, había que venerar cada gota, porque cada gota era única y sagrada, diferente de todas las demás gotas. La lluvia se agolpaba en un aljibe que nos servía de playa particular y también de lavadora.

Cada dos o tres semanas tú me cortabas el pelo. Mediante aquel ritual renovabas al partisano de la gabardina. Los rizos caídos en las baldosas del patio componían los signos de tinta de un ideograma.

Masticábamos en silencio bajo el emparrado de la pérgola la cena a base de pulpo y aceitunas kalamata que nosotros mismos habíamos cocinado en nuestro horno de leña, empujada por una botella de Retsina. Y un flan de postre.

Colocaste una gardenia en mi escritorio, gracias. Consagrábamos el *shabat*. Encendimos velas a dioses prematuros. El amor que nos hicimos. Trabajábamos en casa, cada cual en lo suyo, con la energía de los esclavos. Los dos éramos animales piadosos, hermanados en esta bella calamidad de estar vivos.

Nos entraban ataques de risa o de fontanería.

Comencé a cavar una zanja en nuestro huerto pero pronto desistí y dejé el hoyo a medias. Durante todo el verano aquel hueco me dirigió su mirada acusatoria. Todos mis intentos por dejar de fumar acabaron en fracaso. Lavábamos los platos, tendíamos nuestra ropa interior de un alambre en la azotea. Todo ese prodigio lo fabricaste tú con tus manos, Marianne. Eso era algo real.

Alguien grafiteó en un muro: «Las canciones brotan de las órdenes incumplidas».

Tú me contaste que la filosofía nació un día debajo de un olivo. Entre las ruinas del templo pastaban las ovejas. A lo lejos se elevaban las notas ácidas de una flauta tocada por el pastor.

Sucedió durante el solsticio de verano, con el sol explotando en lo más alto, en un mundo pagano de sátiros, dioses, túnicas y ánforas.

Era un momento tan válido como cualquier otro para empezar a plantearse preguntas.

En ese mismo emplazamiento, ahora mismo, maniobran dos petroleros. Los he visto. Ejecutan una especie de danza mastodóntica, entre chorros de espuma y bramidos animales. A su manera, es hermosa.

Si no ocultase algún secreto en mis bolsillos, Marianne, aquí dentro me volvería loco de remate. Una vez sostuve un revólver en mis manos. Pesaba, era espeso y eléctrico. Un pedazo de carne y tornillos con un maullido dentro.

Nunca te lo he contado. Ahora es el momento.

Había un reportero que me perseguía a todas partes con su cámara de fotos, Marianne, era implacable. Un tal Morfo.

Merodeaba mi casa y el colegio de mis hijos. Husmeaba mi basura, disfrazado de *homeless*. Fisgaba mi correspondencia. Espiaba mis llamadas. Vigilaba mis entradas y salidas. Importunaba a mi perro, lo que precipitó su muerte.

Morfo sobornó a mi asistente, para sonsacarle algún escándalo sobre mí con el que enlodazar sus chillonas exclusivas, confeccionadas con medias verdades y medias mentiras.

Lo tenía encima todo el día, toda la noche. Morfo. He conocido a proctólogos más despegados que él. Yo estaba cada vez más nervioso. ¿Cómo darle un escarmiento?

No se debe jugar con alimañas, Marianne. Muy peligrosas. No se dejan adiestrar. Su conformidad es solo aparente. Aguardan la ocasión propicia. No tienen prisa ni escrúpulos. Disimulan, fingen que son tus amigos o tus amantes, se acercan a ti, te adulan, se te insinúan, olisquean tu bragueta, se fuman tus mejores puros, arrasan tu bodega, se instalan en tu sofá, estudian tus movimientos para deducir cuáles son tus puntos débiles. Aprovechan cualquier resquicio para colarse y morder.

Y luego siguen mordiendo.

Por su apariencia, pueden confundirse con seres humanos, pero en realidad son *spam*.

Gente con sangre en el ojo. Mala sombra.

Pude haber abierto fuego contra el reportero Morfo, o contra cualquiera. Contra mí mismo. No era nada personal, te lo aseguro.

Ni siquiera me fijé bien en su cara. Conozco bien a esa clase de hombres; afeito a uno cada mañana.

Yo estaba fuera de control y a la vez muy tranquilo gracias a una generosa dosis de Mandrax, muy frío, determinado al crimen del derramamiento de sangre.

Atravesaba una mala racha. Mi invierno del descontento. Llevaba tiempo sin recibir noticias tuyas, Marianne. No estábamos ni separados ni juntos. Todo un cúmulo de cosas. Había mucho dolor en juego. Mi carrera profesional era un éxito, por fin despegaba, mis discos triunfaban y llenaba los aforos. Las localidades se agotaban en pocas horas. El dinero fluía a mi cuenta bancaria. Saldé mis viejas deudas y contraje deudas nuevas.

No paraba de viajar. Me sentía ajeno y enfermo, con unas décimas de fiebre. Mi dentista acababa de extraerme una muela del juicio durante un episodio particularmente brutal. Deambulaba por Tottenham Court Road con aquella cavidad entre las encías acorchadas que la punta de la lengua no identificaba como propias.

Empezó a diluviar, lo que me faltaba. Odiaba mi voz, por cierta cualidad autocompasiva que me reprochaban algunos detractores. Aún no conocía la sentencia de Frank Zappa según la cual «escribir sobre música es como bailar sobre arquitectura».

Estaba tan agotado que no conseguía dormir, ni siquiera con pastillas. Ni siquiera sin pastillas. En aquellos días tardaba un cuarto de hora en decidir si debía o no ponerme la gorra cuando salía de casa. Y media hora en decidir si debía o no quitarme la gorra cuando regresaba. Me veía vivir desde fuera y eso era todo.

Me asomé al Mar Rojo tan solo para comprobar que, en efecto, no era rojo.

Los grandes hoteles solo me gustan por sus grandes toallas. Ah esos enormes lienzos de lavandería, sudarios de algodón y fibra, acogedores, tibios, que al salir de la ducha extienden sus alas y te abrazan como para siempre, hechos no tanto de blancura como de siglos de cortesía, buenos modales en la mesa y fuera de ella, altos torreones feudales y jabón de glicerina.

Toallas. A mí dadme una toalla limpia y quedaos con vuestros templos, cuarteles y seminarios.

Mientras tanto, pasaba la vida, con su suave abrir y cerrar interminable de paraguas.

La vida, que es mitad magia y mitad espanto.

Al camarero que me atendió en la barra le faltaba un brazo, el derecho.

Era un veterano de guerra. Eso no le impedía ejecutar sus tareas con prontitud y solvencia. Aquel brazo único se multiplicaba por seis para servir descorchar moler batir mezclar flambear.

No podía apartar la vista de él. Me quedé allí durante largo rato, sorbiendo mi café mutilado.

A mi espalda, la silueta inseparable. Su aliento en mi nuca.

La televisión llenó el aire con su alegre vulgaridad. Imágenes de patinaje artístico. Una familia de gacelas, temerosas a la hora de cruzar un río del Serengueti infestado de cocodrilos. Llegó el turno de los imitadores de Elvis. El hongo atómico de Hiroshima. La elección de Miss Universo. Godzilla contra Al Capone. Tercera noche consecutiva de revueltas en los suburbios: saqueos a comercios, automóviles vandalizados, escaparates rotos a pedradas, contenedores en llamas. El fuego en primer plano.

Ya basta. Vacié mi petaca. Soplé la llama del encendedor. Allané el camino.

En esas circunstancias, apretar el gatillo delante de testigos parecía la única opción razonable.

Apunté.

El tiempo contuvo la respiración. Al espejo le entró hipo.

Corregí el tiro. A esa distancia, era imposible fallar. Como fusilar a un espantapájaros.

Consideré que era legítima defensa. Cualquier tribunal popular me absolvería. Algo me forzaba a comportarme así.

En el último momento decidí que la bala que alojaba en el tambor llevaba el nombre de otro.

Aquello desatascó todo. Bajé el brazo muy despacio. Mi pulso era firme, sereno. Respiré hondo. Noté un pellizco ligero del nervio óptico.

¿Qué hacía toda aquella gente encogida debajo de las mesas, temblando de pánico?

De haber disparado contra Morfo, aquel tipo de la cámara Rolleiflex y yo habríamos quedado unidos por un hilo rojo irrompible. Un nexo aún más fuerte que el amor nos habría atado de por vida. Nuestros nombres se imprimirían juntos en los artículos, indisolubles como los de Chapman y Lennon, Lennon y Chapman. Hermanos siameses, hasta más allá de la tumba. Eso era lo último que deseaba.

Arrojé lejos de mí aquel trozo de materia negra.

El agente de policía que me tocó en suerte fue amable. Comprensivo. No quiso exagerar el drama. Sus abuelos eran griegos, yo pasaba largas temporadas en Grecia, esa casualidad me favoreció.

El policía griego entendió que el signo de nuestro tiempo era el desenfreno y el caos. Todos abusábamos de diferentes sustancias, no siempre

ilegales. Me tomó declaración sin comentarios. Me hizo deletrear mi apellido. Se limitó a transcribir cada una de mis palabras y me dejó ir.

–Ve uno cada cosa –me dijo.

–Llegará lejos –le felicité.

Y ya no volvió a pasar nada.

Las trompetas del Juicio Final no sonaron para mí.

Cuando abrieron la jaula y por fin volé libre, era noche cerrada, más o menos igual que hoy: media luna árabe entre nubes, los árboles compungidos, el halo de santidad de las farolas, el firmamento estrellado y sólido, el frío punzante de principios de diciembre ametrallaba el aire.

Mi mánager me recogió en su Porsche y me depositó en el Hotel Hudson, en la calle 58. Sin sermones, por favor. Olía a tapicería nueva y hachís. Yo notaba la garganta seca, restos de alfileres en las papilas gustativas.

Tosí sin ganas, por hacer algo.

Había parado de nevar hacía poco, después de varios días de tormentas. La nieve acumulada en los bajos de los edificios de oficinas se había helado y formaba toboganes blancos. Todo tan Manhattan.

Recordé aquellos versos de mi poeta favorito:

Cuando empiece el tumulto de la guerra

dejaré un pedazo de queso para tu perro en la oficina.

En el aparcamiento, dos semiborrachos en tirantes vapeaban de la misma boquilla por turnos, sentados en el capó de un viejo Pontiac LeMans. A uno lo conocía de vista, de un día en que fui a comprar corbatas a un mercadillo. Las corbatas eran feas, demasiado chillonas, no sé en qué estaba pensando cuando las compré.

Está bien que las cosas tengan sentido, pero si no lo tienen resulta mejor aún.

Unos metros más allá, una pareja abrazada bailaba sobre las puntas de sus pies, meciéndose con cierto nerviosismo, siguiendo el compás de un ukelele invisible, sin música.

¿Qué había que entender? Nada. Nunca hay nada que entender. Con suerte, se vive y eso es todo. Cuando se puede o nos lo permiten.

La vida está creada de tal manera que es imposible alcanzar conclusión alguna. No puede haber moralejas. Es lícito suponer que algún Donald o Trevor o Andy o Phil ha heredado mi muerte solo para que yo sobreviva. Cuando pienso en ello, Marianne, no siento nada.

Ni culpa ni arrepentimiento. Un desconocido cargará con esa losa. Y yo, a mi vez, cargaré con la losa de algún otro enemigo. Es la ley que gobierna el universo. Somos destellos de humanidad y números: diecinueve, once, catorce.

Alguien tiene que llevar las cuentas.

Meses después me enteré de que el reportero aquel que me acosaba se tumbó una noche sobre las vías del tren. Morfo usó de almohada los raíles.

Un infierno de velocidad y acero le pasó por encima. Un trueno le trituró.

A quince metros de las vías encontraron un pie blanco, solo, intacto, con las uñas perfectas.

Lo recogieron con una de esas pinzas que parecen de barbacoa pero que no lo son y lo introdujeron en una bolsa forense, para añadirlo al informe de la autopsia.

Murió Morfo. Me lo comunicó mi mánager en su despacho, una tarde que pasé por allí a firmar por triplicado no se qué documentos legales.

No hay que llorar sobre la leche derramada.

Saberlo no me alegró. Tampoco me entristeció. Pensé que, después de todo, aquella bala no disparada de mi revólver, de alguna forma indirecta y tortuosa, desplazándose a través del aire a cámara lenta, milímetro tras milímetro, apartando capas de oxígeno, durante días y meses, al final había terminado por alcanzar su objetivo.

–Envié una corona a tu nombre –dijo mi mánager–. A su viuda. Y a sus dos hijos menores. ¿He hecho bien?

El corazón es un trapo sucio.

No volví a pensar en ello. Demasiada información atascada en las neuronas. Me tocaba lidiar con mis propios fantasmas.

Aparté el rostro de la ventana y la calle se desintegró poco a poco en fragmentos de perspectiva. Un trocito de tejado quedó pegado a mi codo. Un campanario se inmiscuyó entre mis pestañas. Me incliné hacia mis juguetes. Traté de poner orden en mis asuntos.

¿Dónde está la gente cuando se la necesita? La locura se presenta ante nosotros vestida de frac. El horror tiene buenos modales. La muerte nos ofrece té con pastas, impecable, envuelta en efluvios de *aftershave*.

No me fío de mí.

Una semana más tarde solicité mi ingreso en Mount Baldy.

Una amiga me advirtió:

–Lo tuyo, en el fondo, no es más que una huida hacia adelante.

–Esas son las mejores huidas.

Rellené los formularios con mi letra morada de escribir canciones de amor para ti y para otras.

Superé dos entrevistas. Sabía a lo que venía y, sin embargo, me sorprendió su dureza. Me admitieron y aquí estoy desde hace más de un año. Sentado en mi camastro –o mejor dicho: recostado–, junto a esta araña que vela junto a mí.

¿Cómo dices? ¿Que en qué empleo mi tiempo? A ver cómo te lo explico.

Vimos juntos esa película italiana en blanco y negro, ya no recuerdo su título, que tanto te impresionó, en que un grupo de amigos se reunía en el salón de una villa en el campo para escuchar grabaciones de sonidos de la naturaleza: la lluvia, el trueno, el viento entre los árboles, los pájaros. ¿Sabes

a cuál me refiero?

La paradoja residía en que habrían bastado unos pocos pasos para salir al aire libre y disfrutar directamente de todos esos sonidos. Pero no; ya no. Uno comprendía que dar esos pocos pasos estaba fuera del alcance de sus fuerzas de ciudadanos occidentales. Era demasiado tarde para romper el hechizo del encierro. No había escapatoria. Se quedaban dentro, entre los pliegues de su selva arrugada.

Si pudieses verme ahora, Marianne. Estoy acordándome de Judith y su mantra tan peculiar de alargar mucho las erres cuando estaba enamorada y se le marcaba una vena de la sien. De Deborah y su obsesión por coleccionar abanicos, de los que atesoraba más de doscientos. De Christine en la sauna con sus tetas imperceptibles. De Janis y su perfil de estatua; de la mañana en que apareció en el vestíbulo del hotel cojeando, con muletas, después de que unas avispas le picaran en el pie derecho. De Rebecca, que nunca dejó de mascar chicle y me brindó una enseñanza fundamental: «Los zapatos son ropa interior». De las fiestas privadas en el invernadero de Carol, entre hojas de col y sasafrás, y de su hermana gemela, que tuvo que ausentarse temprano, porque había dejado la Yamaha mal aparcada y que ya no volví a ver. *De Heather, a quien le entró un ataque de estornudos en el momento más inoportuno, después de comernos unos hongos en una estación de esquí. De Mudena, que tocó el piano de Lorca en la Huerta de San Vicente, Granada, una mañana de mayo. De Helena de Troya con su maravillosa nariz rota.* De Lady Macbeth empolvándose el escote justo antes de recibir a sus huéspedes en su fortaleza. De la madre de Hitler envolviendo con cintas de colores una cometa de regalo para su pequeño Adolf, en las navidades bávaras. De Juana de Arco, *triste hasta morir. De María Antonieta rodeada de caballos.* De Simonka, que una noche colgó su vestido estampado en mi armario vacío y de inmediato el armario se inundó de sol. De Nico, cuyas respuestas esotéricas me dejaban maravillado y confuso; no podía apartar mi pensamiento de lo que esta mujer me decía. Nadie tampoco me había escuchado con tanta atención. Hasta que una noche en el reservado de aquel club nocturno pintado de granate me confesó la verdad: era sorda, y a cualquier cuestión respondía con la primera frase que cruzaba su pensamiento. De todas las mujeres. Una por una.

De aquella que ladeó la cabeza y metió su pelo en el cuenco de sopa.

La cantidad de felicidad y desgracia que hay esparcida por el universo es siempre la misma, o muy similar. Nos corresponde repartirla entre todos, por turnos. Una porción para ti, otra para mí. Y mañana será distinto. Un nuevo giro de la rueda, y yo seré el policía que toma declaración al sospechoso. O el reportero suicida.

Nuestras alegrías y penas son todas intercambiables. Un delgado tabique separa el funeral de la fiesta.

Puestos juntos sobre el mantel, resulta difícil identificar cuál es el

montón de azúcar y cuál es el montón de sal.

Dios no está en su sano juicio. Dios vive en una máquina. Dios padece insomnio crónico. El dinero ha vuelto a salvarme, aleluya. Yo soy solo una versión desactualizada de mí mismo.

Soy más feliz fingiendo que soy feliz que siendo feliz de verdad.

Dicen que hay una bombilla en un cuartel de bomberos de California que lleva parpadeando sin interrupción desde 1901. Más de un siglo de titubeos. Si esta noticia es verdadera, no hay mucho más que añadir con respecto a la durabilidad o permanencia de los anhelos humanos. El mundo –que somos tú y yo– no merece esa bombilla, ni tampoco el amor, una de las cosas eternas que menos tiempo dura.

Querida Marianne: mañana, si lo deseas, te contaré otra historia. Cómo abracé a un extraterrestre en la cubierta de un ferry.

Te anticipo que pasé a su lado sin advertir su presencia. Estaba encogido en la sombra, la cabeza hundida entre los hombros, sin cuello, gimoteando. Detrás de un rollo de sogas, planchas de madera, siluetas de maquinarias inacabadas.

Le oí sollozar tan bajito que tuve que sentarme a su lado a consolarle, no me quedó más remedio.

Pero no será hoy. Por hoy ya hemos agotado nuestra provisión de narrativa.

Como dicen que dijo la esposa del pianista de jazz Bud Powell, después de oírle tocar: «Tengo la oreja llena de lágrimas».

Me ha gustado escribirte, Marianne. Voy a corregir este texto línea por línea, todas las veces que haga falta, hasta obligarlo a que se parezca a mí. Ya me conoces: soy lento con las palabras.

Cuando empiezas a escribir un libro, eres un niño; cuando acabas, un adulto.

Mi felicidad es impar. Estoy mejor cuando estoy solo.

Comienza a clarear un nuevo día. Martes, si no me equivoco. Ha desaparecido la araña, atareada en sus quehaceres. El horizonte de Mount Baldy se despereza y balbucea. Hay una bruma mojada entre las ruinas del cielo, con coágulos de nubes revueltas entre luminosidades y sombras, y un pico de violeta aquí y allá y una gota de sangre en medio del amarillo.

Un poco de luz, como un platito de leche.

A mi izquierda distingo el damero –negro con puntos blancos– de los paneles solares, inclinados en diferentes ángulos, igual que mesas de dibujo para gigantes.

Pronto sonará el gong que divide la tiniebla de la mañana con una raya de música.

Recojo mis papeles. Camino de puntillas, para no perturbar lo que nace. Me dirijo al refectorio. Es tiempo de cortar leña y calentar agua en el caldero donde hiervo el huevo del desayuno.

Guardo silencio. No quiero morirme en voz alta.

Pero antes, fiel a mi rito matinal, me detengo en una reverencia, como cuando estaba sobre el escenario, frente a miles de oyentes fantasmales, igual que entonces, al final de un largo concierto, mientras mi garganta susurra a nadie en especial, a todos, al universo entero: «Gracias, gracias por la tristeza».

Table of Contents